

Amama 90

SVD-AMERICAN



1895

BR

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

Es propiedad de EL SIGLO ILUSTRADO

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

PARA EL AÑO

1895



Buenos Aires

EL SIGLO ILUSTRADO

CERRITO, 170 Y 174

Montevideo

ANDRÉS RIUS

SORIANO, 157



SEÑORAS

Carolina Freyre de Jaimes, Juana
Manuela Gorriti, Lastenia Larriva
de Llona, Clorinda Matto de Tur-
ner, Nieves Xenas.

SEÑORES

Acosta, Ambrogí, Bahamonde, Bares, Bolet
Peraza, Calcaño, Camposamor, Castellanos
(J.), Castellanos (Moisés N.), Cordero, Cor-
leu, Dario, Diaz, Diaz Mirón, Domínguez,
Egózcue, Facio, Fellu y Codina, Fernández
Juncos, Garcia, Gómez Restrepo, Granada,
Gras y Elias, Grillo, Guido Spano, Gutiérrez
Nájera, Gutiérrez Coll, Herrera, Huco,
Isaacs, Jordán, Koch, Latzina, López, Ló-
pez Benedito, López Penha, Llona, Martel,
Martinto, Matta, Mayorga, Mendes, Mera,
Olaguibel, Ossorio y Gallardo, Pa-
lacio (Ernesto O.), Palma, Payró,
Pelliza, Picón (G.), Prieto, Quesada,
Roeber, Roxlo, Rueda, Sánchez,
Sánchez Pesquera, Soto (Juan J.),
Soto (León A.), Soto y Calvo, Soto
Hall, Tomás Salvany, Valmar, Ve-
ga Belgrano, Villalobos, Zuviria.

ARTISTAS

Cabrinety, Llovera, Apeles Mestros, Pellicer, Picolo, Ross

ÍNDICE LITERARIO

Acosta (Vicente). — Mignonet, poesía.	68
» » Sport, poesía.	184
» » Primavera, poesía.	207
Ambrogio (Arturo A.). — Es el señor poeta.	67
» » Mística.	112
Bahamonde (M.). — EL ARTE EN AMÉRICA. — Della Valle.	182
Bares (Manuel A.). — HOMENAJE. — Francisca Peralta de Bares.	38
Bolet Peraza (Nicanor). — Un falso ataque.	48
» » El entierro del Sol.	82
» » Mal por bien.	204
Calcaño (Julio). — La última rosa, poesía.	172
Campoamor (Ramón de). — Cabeza y corazón, poesía.	114
» » El amor y el interés, dolora.	218
Castellanos (Joaquín). — Á C. LL., poesía.	37
Castellanos (Moisés Numa). — Crepúsculo, poesía.	252
Cordero (Luis). — Autolatría, poesía.	74
Coroleu (José). — Fragmento de una obra inédita.	139
Darío (Rubén). — VIÑETAS: Visiones de Boeklin.	56
Díaz (Leopoldo). — El tormento del avaro.	154
» » Nydia, poesía.	245
Díaz Mirón (Salvador). — Sursum, poesía.	86
Dominguez (Silverio). — El barbero de mi pueblo.	115
Egózcue (Carlos M.). — La hija de las flores, poesía.	177
Facio (Justo A.). — Mármol griego, poesía.	263
Felín y Codina (José). — La Dolores (fragmento).	61
Fernández Juncos (Manuel). — Sátira contra vicios y malas costumbres actuales.	146
Freyre de Jaimes (Carolina). — Un hombre feliz.	198
García (Luis). — Mendigo de porvenir, poesía.	132
Gómez Restrepo (A.). — Viaje á Grecia, poesía.	249
Gorriti (Juana Manuela). — Mama Dolores.	188
Granada (Daniel). — Cristianos é indios.	239
Gras y Elías (Francisco). — El mes de mis glorias.	75
Grillo (Maximiliano). — Nostalgia, poesía.	121
Guido Spano (Carlos). — Musgo, poesía.	36
Gutiérrez Nájera (Manuel). — El blanco, poesía.	72
» » Amor, poesía.	81
Gutiérrez Coll (Jacinto). — Eros, poesía.	88
Herrera (Darío). — Claro de luna, poesía.	234
Hugo (Victor). — JOYAS OLVIDADAS. — Et nox facta est.	23
Isaacs (Jorge). — Pro patria, poesía.	119
Jordán (Vicente R.). — Riquezas bien adquiridas, poesía.	164
Koch (Mauricio). — Manuel Larravide.	32
Larriua de Llona (L.). — El primer diente cariado, poesía.	235
Latzina (F.). — Calaveradas de una mente vagabunda.	233

López (Lucio V.). — Monsieur Levant.	159
López Benedito (Fernando). — Nota, poesía..	66
López Penha (Abrahán Z.). — Cíterea, poesía.	73
» » » Ritmos, poesía.	158
» » » Nupcial, poesía..	202
Llona (Numa Pompilio). — Sonetos.	52
» » Las abejas, soneto.	196
Martel (Julián). — El pequeño departamento.	265
Martinto (D. D.). — Despedida, poesía.	151
Matta (Guillermo). — Aspiración, poesía.	180
Matto de Turner (Clorinda). — La promesa.	102
Mayorga Rivas (J. M.). — Friné (fragmento).	27
Mendes (Cátulo). — Aventura caballeresca.	246
Mera (J. Trajano). — Pelar la pava, poesía.	79
» » Rima.	106
» » Las gotas de agua, poesía.	134
Olaguibel (Francisco M. de). — Romanza de primavera, poesía.	137
» » Rondeles, poesía..	221
Ossorio y Gallardo (C.). — Lágrimas, poesía.	30
» » En un abanico, poesía..	238
» » . . . , poesía.	264
Palacio (Ernesto O.). — Soneto.	262
Palma (Ricardo). — Filigranas, poesías.	131 y 242
» » Caridad y prudencia episcopales..	222
Payró (Roberto J.). — Mujer de artista.	173
Pelliza (Mariano A.). — Rosas, poeta.	168
Picón (Gonzalo). — Paisaje, poesía.	157
Prieto (Casimiro). — Génesis del goce, poesía.	25
» » Cantares..	35
» » El mejor rival, poesía.	43
» » El papá de Ninón.	89
» » En el club y en la calle, poesía..	107
» » Gentes molestas.	124
» » Aminta, poesía.	170
» » Ley sabia, poesía.	187
» » La enamorada del Sol, poesía.	208
» » Cuestión de besos, poesía..	219
» » Las distracciones de don Arquímedes.	253
Quesada (Ernesto). — La noche de Ituzaingo.	212
Roeber (Christián). — ¡Jesús!, poesía..	98
Roxlo (Carlos). — Ritmos, poesía..	226
Rueda (Salvador). — FERIA DE VALENCIA: Los Juegos Florales, soneto.	66
Sánchez (Ricardo). — ¿Por qué estás triste? poesía.	194
Sánchez Peasquera (M.). — El cocuyo, poesía.	244
Soto (Juan José). — A mis Ana X., poesía.	244
Soto (León A.). — Misterio, poesía.	176
Soto Hall (Máximo). — Última cita, poesía.	224
Soto y Calvo (Francisco). — Colores, poesía.	186
» » Lejos de tí, poesía.	227
Tomás Salvany (Juan). — ¡Anda! poesía.	96
Valmar (Joaquín). — En primavera, poesía.	195
Vega Belgrano (Carlos). — Pensamientos.	136
Villalobos (Ricardo). — Serenata, poesía..	111
Xenes (Nieves). — Día de primavera, poesía.	166
» » La felicidad, poesía..	210
Zuviria (Alfredo). — Al sol, poesía.	192

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (F.)

Noches de verano (variedad).	26
En la peluquería (variedad)..	113
Caridad y prudencia episcopales (ilustración).	222

LLOVERA (J.)

En la ópera (variedad).	145
---------------------------------	-----

MESTRES (Apeles)

Los meses del año.	Del 9 al 20
Año nuevo.	21
Joyas olvidadas (ilustración).	23
Musgo (inicial).	36
A C. I.I. (ilustración).	37
HOMENAJE. — Francisca Peralta de Bares (alegoría).	38
El mejor rival (ilustración).	43
VIÑETAS: Visiones de Boeklin (ilustración).	56
La Sirena, cuento sano.	69
Los matabeles (variedad).	74
Pelar la pava (ilustración).	79
El primo Severo (variedad)..	85
Sursum (inicial).	86
El papá de Ninón (ilustración).	89
¡Jesús! (ilustración)..	98
CONTRASTES: La Poesía. — La Prosa.	101
La promesa (inicial).	102
Los sóffas (variedad).	106
En el club y en la calle (ilustración)..	107
Mística (inicial).	112
Indumentaria doméstica (variedad)..	120
Nostalgia (ilustración).	121
Gentes molestas (ilustración).	124
Romanza de primavera (ilustración).	137
Buen remedio (variedades).	152
El tormento del avaro (inicial)..	154
Paisaje (ilustración).	157
Monsieur Levant (ilustración)..	159
La hija del boticario (variedad).	166
La hija de las flores (ilustración)..	177
CONTRASTES: La Salud. — La Enfermedad.	185
Colores (inicial).	186
Mama Dolores (ilustración)..	188
Las abejas (ilustración).	196

Nupcial (ilustración).	202
La enamorada del Sol (ilustración).	208
Cuestión de besos (ilustración).	219
El cuchillo, cuento vivo.	228
El primer diente cariado (inicial)	235
Nydia (inicial).	245
Viaje á Grecia (ilustración)..	249
Las distracciones de don Arquímedes (ilustración).	253
Himno de verano (variedad).	262

PELLICER (J. Lúis)

Sonetos (ilustración).	52
Aminta (ilustración).	170
Cristianos é indios (ilustración).	239

PICOLO (M.)

Friné (ilustración).	27
Mal por bien (ilustración).	204
Aventura caballeresca (ilustración).	246

ROSS (Paclano)

D. Manuel Larravide.	31
Francisca Peralta de Bares.	38
Sr. D. Nicanor Bolet Peraza.	47
D. Fernando López Bénédicto.	65
Christián Roeber.	97
Sr. D. Carlos Vega Belgrano.	135
Sr. D. Mariano A. Pelliza.	167
D. Angel Della Valle.	181
Sra. D. ^a Carolina Freire de Jaimes.	197
Dr. D. Ernesto Quesada.	211
Sr. D. Arturo Berutti.	225
Sr. D. Juan José Soto.	243

La Coquetería, copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicolau Cotanda.	22
EL ARTE EN AMÉRICA: Combate del Tonelero, copia del cuadro del distinguido artista uruguayo don Manuel Larravide.	33
TIPOS POPULARES DE AMÉRICA: Chola peruana.	81
EL ARTE EN AMÉRICA: El Malón, copia de un cuadro del distinguido pintor argentino don Angel Della Valle.	183
BELLEZAS AMERICANAS: Limeñas.	193
Una chula, copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicoláu Cotanda.	261

ENERO

- 1 M. ✠ LA CIRCUNCISION DE N. S. J.
- 2 M. S. Isidro, obispo y mártir.
- 3 J. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
- 4 V. Stos. Gregorio y Tito, obispos.

☾ cuarto creciente á las 3 y 34 m. de la mañana.

- 5 S. Stos. Telesforo, papa y mártir, y Eduardo, rey.
- 6 D. LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
- 7 L. S. Julián, mártir. - ÁBRENSE LAS VELACIONES.
- 8 M. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.
- 9 M. S. Fortunato, y sta. Basilia, mártires.
- 10 J. Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.
- 11 V. Stos. Higimio, papa, y Salvio, mártires.

☾ luna llena á las 3 y 33 m. de la mañana

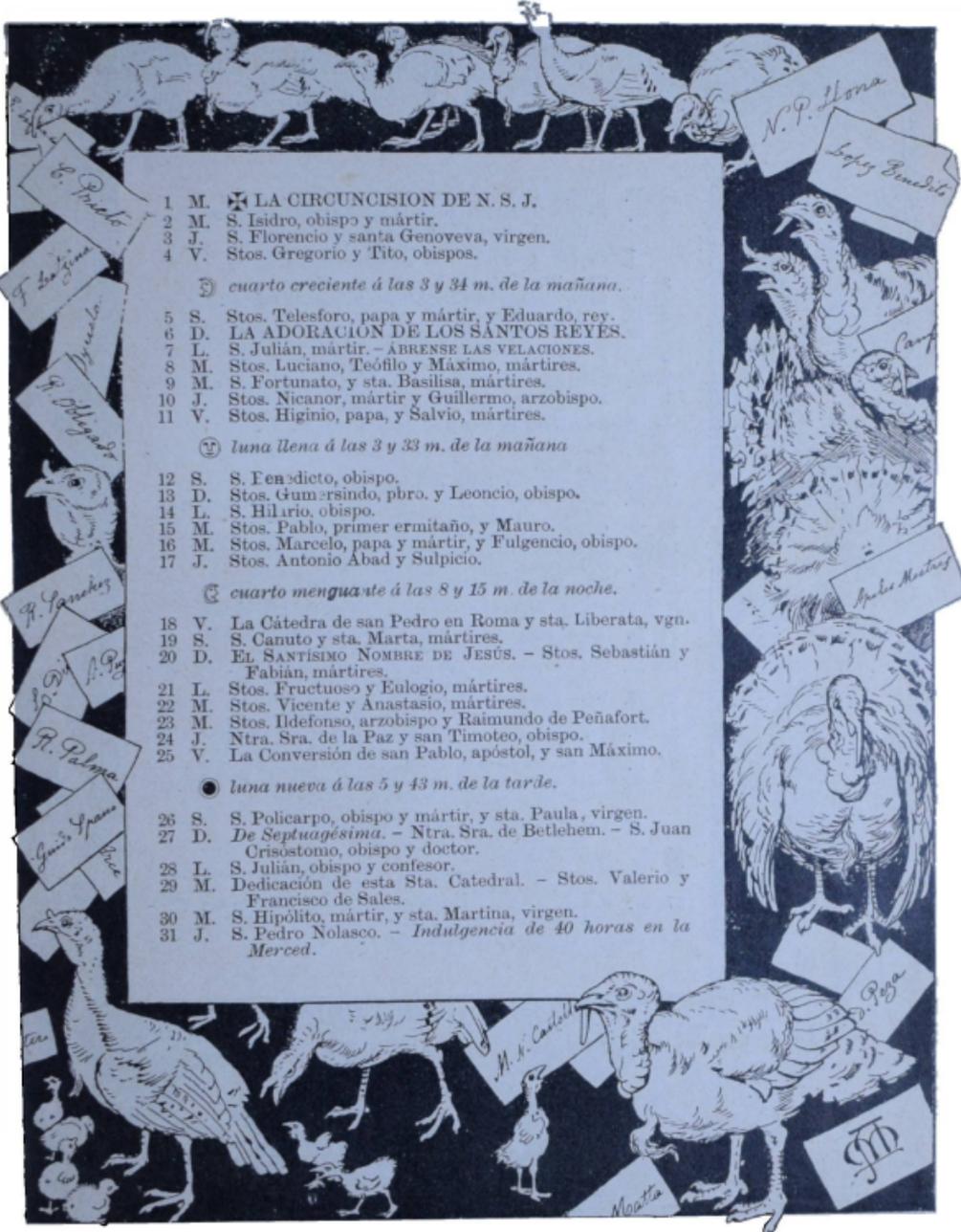
- 12 S. S. Feodicto, obispo.
- 13 D. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, obispo.
- 14 L. S. Hilario, obispo.
- 15 M. Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro.
- 16 M. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.
- 17 J. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.

☾ cuarto menguante á las 8 y 15 m. de la noche.

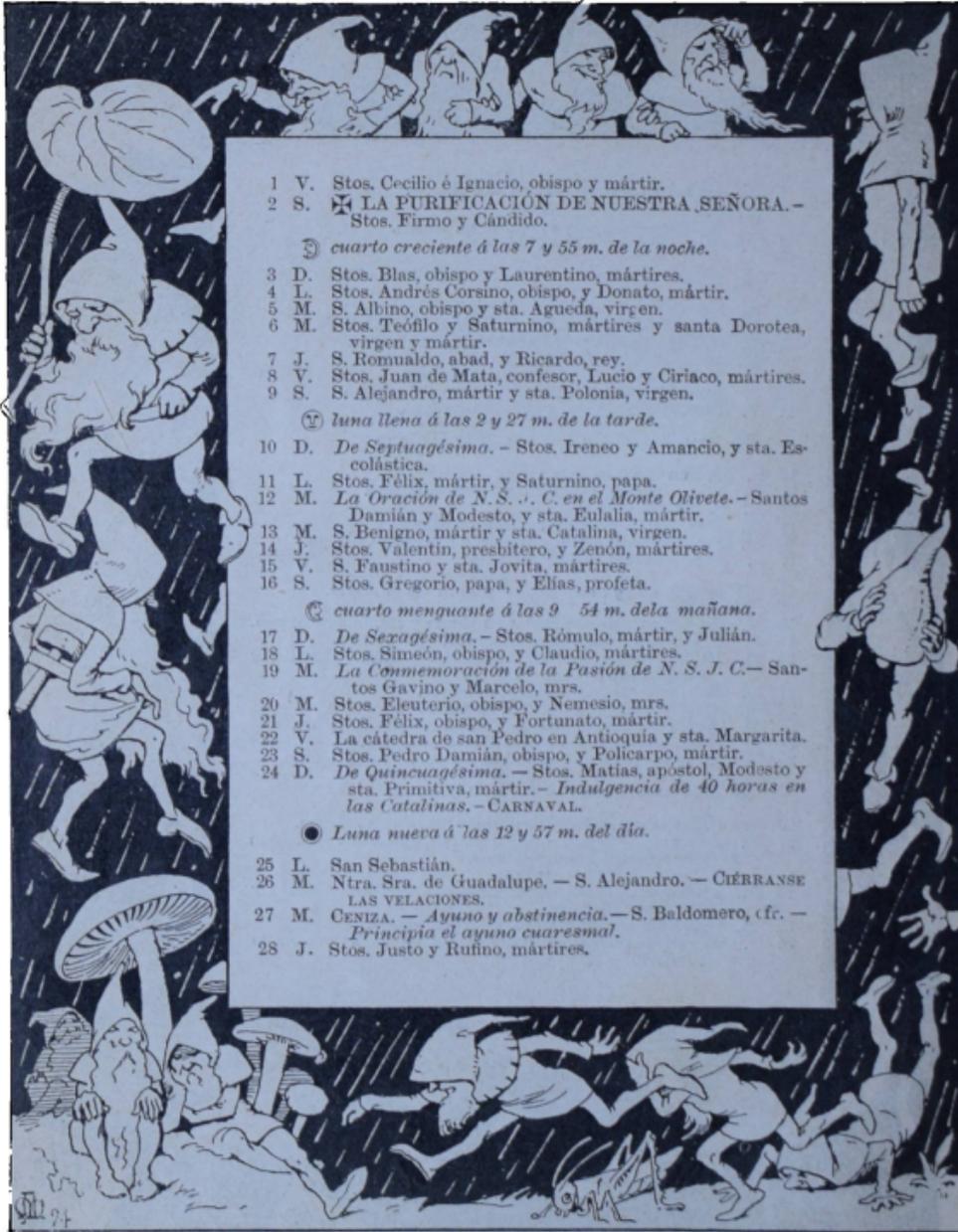
- 18 V. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, vgn.
- 19 S. S. Canuto y sta. Marta, mártires.
- 20 D. EL SANTISIMO NOMBRE DE JESÚS. - Stos. Sebastián y Fabián, mártires.
- 21 L. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
- 22 M. Stos. Vicente y Anastasio, mártires.
- 23 M. Stos. Idefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.
- 24 J. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
- 25 V. La Conversión de san Pablo, apóstol, y san Máximo.

● luna nueva á las 5 y 43 m. de la tarde.

- 26 S. S. Policarpo, obispo y mártir, y sta. Paula, virgen.
- 27 D. De Septuagésima. - Ntra. Sra. de Betlehem. - S. Juan Crisostomo, obispo y doctor.
- 28 L. S. Julián, obispo y confesor.
- 29 M. Dedicación de esta Sta. Catedral. - Stos. Valerio y Francisco de Sales.
- 30 M. S. Hipólito, mártir, y sta. Martina, virgen.
- 31 J. S. Pedro Nolasco. - Indulgencia de 40 horas en la Merced.



FEBRERO

- 
- 1 V. Stos. Cecilio é Ignacio, obispo y mártir.
2 S. ✠ LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA. — Stos. Firmo y Cándido.

☾ cuarto creciente á las 7 y 55 m. de la noche.

- 3 D. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.
4 L. Stos. Andrés Corsino, obispo, y Donato, mártir.
5 M. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
6 M. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y santa Dorotea, virgen y mártir.
7 J. S. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 V. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mártires.
9 S. S. Alejandro, mártir y sta. Polonia, virgen.

☾ luna llena á las 2 y 27 m. de la tarde.

- 10 D. *De Septuagésima.* — Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
11 L. Stos. Félix, mártir, y Saturnino, papa.
12 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.* — Santos Damián y Modesto, y sta. Eulalia, mártir.
13 M. S. Benigno, mártir y sta. Catalina, virgen.
14 J. Stos. Valentin, presbítero, y Zenón, mártires.
15 V. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
16 S. Stos. Gregorio, papa, y Elias, profeta.

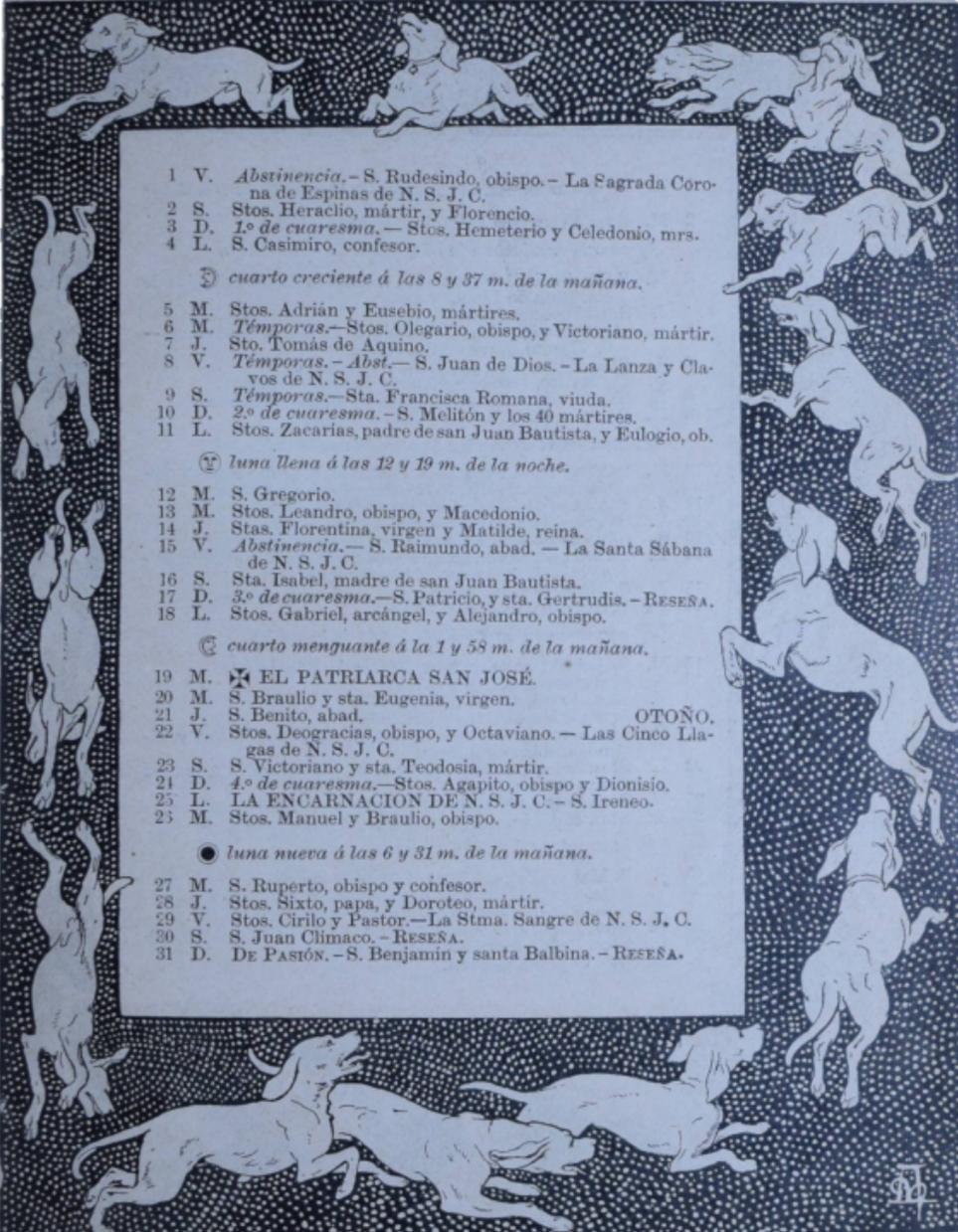
☾ cuarto menguante á las 9 54 m. de la mañana.

- 17 D. *De Sexagésima.* — Stos. Rómulo, mártir, y Julián.
18 L. Stos. Simeón, obispo, y Claudio, mártires.
19 M. *La Commemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — Santos Gavino y Marcelo, mrs.
20 M. Stos. Eleuterio, obispo, y Nemesio, mrs.
21 J. Stos. Félix, obispo, y Fortunato, mártir.
22 V. La cátedra de san Pedro en Antioquia y sta. Margarita.
23 S. Stos. Pedro Damián, obispo, y Policarpo, mártir.
24 D. *De Quincuagésima.* — Stos. Matias, apóstol, Modesto y sta. Primitiva, mártir. — *Indulgencia de 40 horas en las Catalinas.* — CARNAVAL.

● Luna nueva á las 12 y 57 m. del día.

- 25 L. San Sebastián.
26 M. Ntra. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro. — CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
27 M. GENIZA. — *Ayuno y abstinencia.* — S. Baldomero, cfr. — *Principia el ayuno cuaresmal.*
28 J. Stos. Justo y Rufino, mártires.

MARZO

- 
- 1 V. *Abstinencia*.—S. Rudesindo, obispo.—La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
 - 2 S. Stos. Heracio, mártir, y Florencio.
 - 3 D. *1.º de cuaresma*.—Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
 - 4 L. S. Casimiro, confesor.

☾ *cuarto creciente á las 8 y 37 m. de la mañana.*

- 5 M. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
- 6 M. *Témporas*.—Stos. Olegario, obispo, y Victoriano, mártir. Sto. Tomás de Aquino.
- 8 V. *Témporas*.—*Abst.*—S. Juan de Dios.—La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
- 9 S. *Témporas*.—Sta. Francisca Romana, viuda.
- 10 D. *2.º de cuaresma*.—S. Melitón y los 40 mártires.
- 11 L. Stos. Zacarías, padre de san Juan Bautista, y Eulogio, ob.

☾ *luna llena á las 12 y 19 m. de la noche.*

- 12 M. S. Gregorio.
- 13 M. Stos. Leandro, obispo, y Macedonio.
- 14 J. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.
- 15 V. *Abstinencia*.—S. Raimundo, abad.—La Santa Sábana de N. S. J. C.
- 16 S. Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
- 17 D. *3.º de cuaresma*.—S. Patricio, y sta. Gertrudis.—RESEÑA.
- 18 L. Stos. Gabriel, arcángel, y Alejandro, obispo.

☾ *cuarto menguante á la 1 y 58 m. de la mañana.*

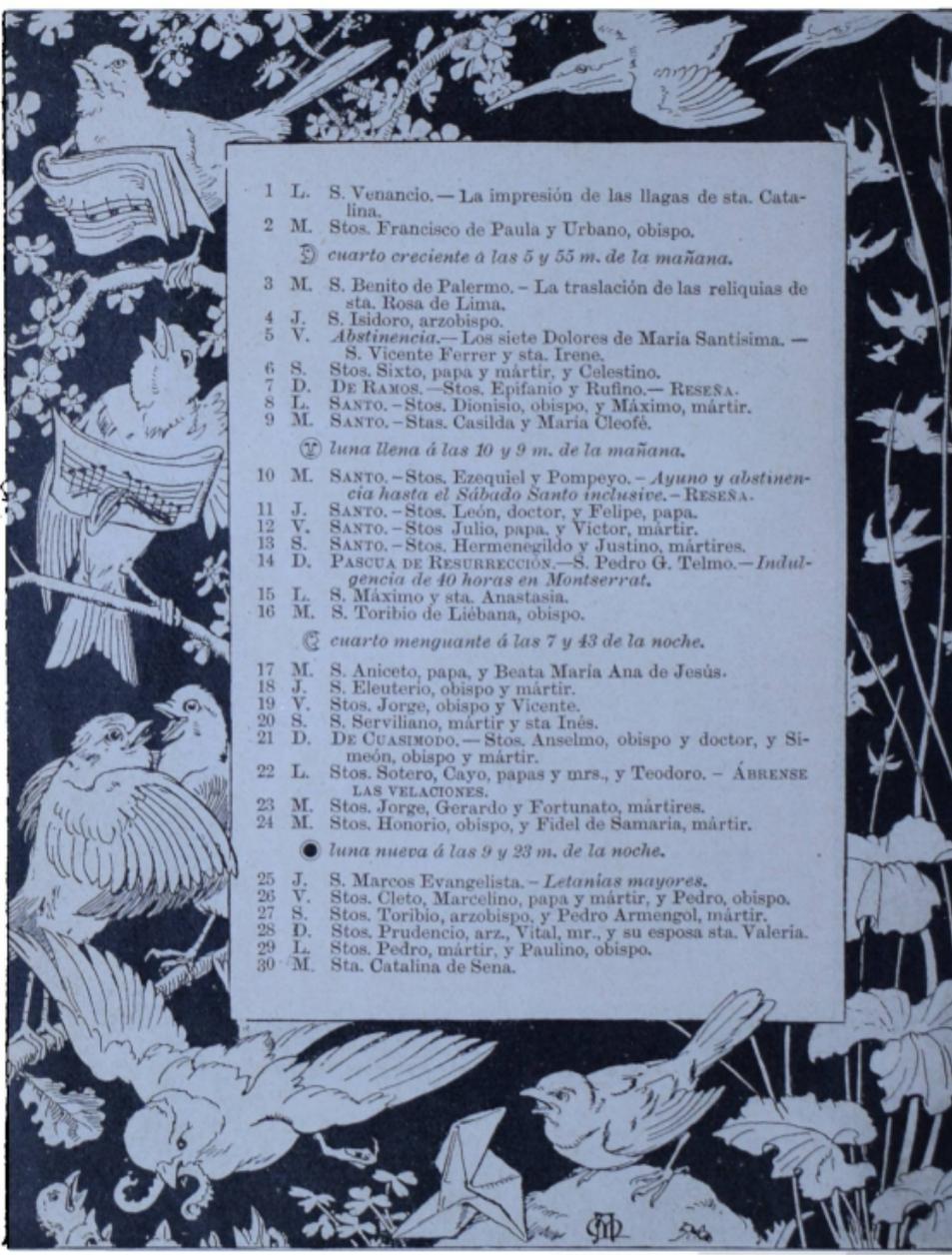
- 19 M. ✠ EL PATRIARCA SAN JOSÉ.
- 20 M. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.
- 21 J. S. Benito, abad.
- 22 V. Stos. Deogracias, obispo, y Octaviano.—Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
- 23 S. S. Victoriano y sta. Teodosia, mártir.
- 24 D. *4.º de cuaresma*.—Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
- 25 L. LA ENCARNACION DE N. S. J. C.—S. Ireneo.
- 26 M. Stos. Manuel y Braulio, obispo.

OTOÑO.

● *luna nueva á las 6 y 31 m. de la mañana.*

- 27 M. S. Ruperto, obispo y confesor.
- 28 J. Stos. Sixto, papa, y Doroteo, mártir.
- 29 V. Stos. Cirilo y Pastor.—La Stma. Sangre de N. S. J. C.
- 30 S. S. Juan Climaco.—RESEÑA.
- 31 D. DE PASIÓN.—S. Benjamin y santa Balbina.—RESEÑA.

ABRIL

- 
- 1 L. S. Venancio. — La impresión de las llagas de sta. Catalina.
 - 2 M. Stos. Francisco de Paula y Urbano, obispo.

☽ cuarto creciente a las 5 y 55 m. de la mañana.

- 3 M. S. Benito de Palermo. — La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
- 4 J. S. Isidoro, arzobispo.
- 5 V. *Abstinencia.* — Los siete Dolores de María Santísima. — S. Vicente Ferrer y sta. Irene.
- 6 S. Stos. Sixto, papa y mártir, y Celestino.
- 7 D. DE RAMOS. — Stos. Epifanio y Rufino. — RESEÑA.
- 8 L. SANTO. — Stos. Dionisio, obispo, y Máximo, mártir.
- 9 M. SANTO. — Stas. Casilda y María Cleofé.

☾ luna llena a las 10 y 9 m. de la mañana.

- 10 M. SANTO. — Stos. Ezequiel y Pompeyo. — *Ayuno y abstinencia hasta el Sábado Santo inclusive.* — RESEÑA.
- 11 J. SANTO. — Stos. León, doctor, y Felipe, papa.
- 12 V. SANTO. — Stos. Julio, papa, y Victor, mártir.
- 13 S. SANTO. — Stos. Hermenegildo y Justino, mártires.
- 14 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. — S. Pedro G. Telmo. — *Indulgencia de 40 horas en Montserrat.*
- 15 L. S. Máximo y sta. Anastasia.
- 16 M. S. Toribio de Liébana, obispo.

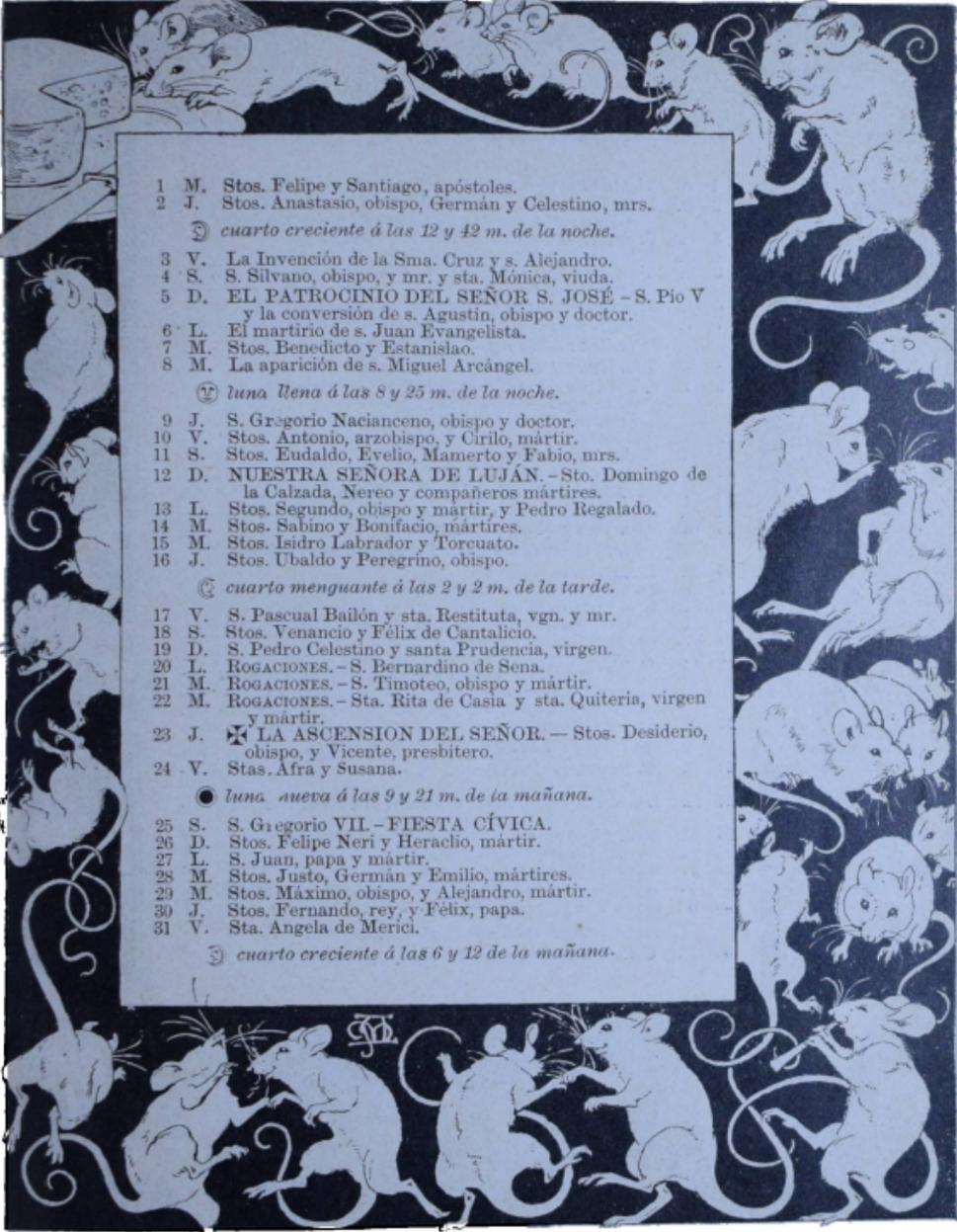
☽ cuarto menguante a las 7 y 43 de la noche.

- 17 M. S. Aniceto, papa, y Beata María Ana de Jesús.
- 18 J. S. Eleuterio, obispo y mártir.
- 19 V. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
- 20 S. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.
- 21 D. DE CUASIMODO. — Stos. Anselmo, obispo y doctor, y Siméon, obispo y mártir.
- 22 L. Stos. Sotero, Cayo, papas y mrs., y Teodoro. — **ÁBRENSE LAS VELACIONES.**
- 23 M. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mártires.
- 24 M. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mártir.

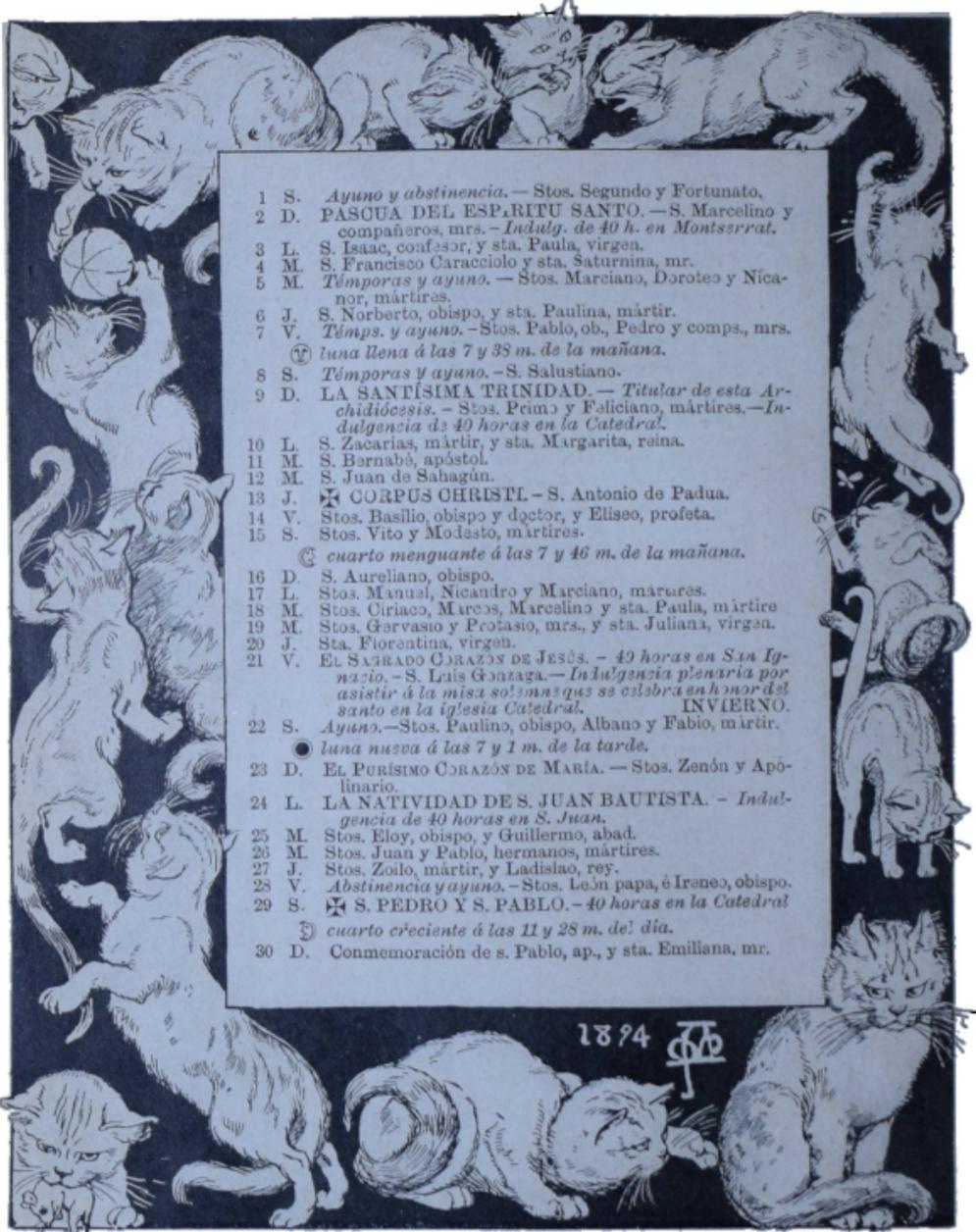
● luna nueva a las 9 y 23 m. de la noche.

- 25 J. S. Marcos Evangelista. — *Letanias mayores.*
- 26 V. Stos. Cleto, Marcelino, papa y mártir, y Pedro, obispo.
- 27 S. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mártir.
- 28 D. Stos. Prudencio, arz., Vital, m., y su esposa sta. Valeria.
- 29 L. Stos. Pedro, mártir, y Paulino, obispo.
- 30 M. Sta. Catalina de Sena.

MAYO

- 
- 1 M. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 J. Stos. Anastasio, obispo, Germán y Celestino, mrs.
☾ *cuarto creciente á las 12 y 42 m. de la noche.*
- 3 V. La Invencción de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 S. S. Silvano, obispo, y mr. y sta. Mónica, viuda.
5 D. **EL PATROCINIO DEL SEÑOR S. JOSÉ** - S. Pio V
y la conversión de s. Agustín, obispo y doctor.
6 L. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 M. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 M. La aparición de s. Miguel Arcángel.
☾ *luna llena á las 8 y 25 m. de la noche.*
- 9 J. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
10 V. Stos. Antonio, arzobispo, y Cirilo, mártir.
11 S. Stos. Eudaldo, Evelio, Mamerto y Fabio, mrs.
12 D. **NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN**. - Sto. Domingo de
la Calzada, Nereo y compañeros mártires.
13 L. Stos. Segundo, obispo y mártir, y Pedro Regalado.
14 M. Stos. Sabino y Bonifacio, mártires.
15 M. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
16 J. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.
☾ *cuarto menguante á las 2 y 2 m. de la tarde.*
- 17 V. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
18 S. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 D. S. Pedro Celestino y santa Prudencia, virgen.
20 L. **ROGACIONES**. - S. Bernardino de Sena.
21 M. **ROGACIONES**. - S. Timoteo, obispo y mártir.
22 M. **ROGACIONES**. - Sta. Rita de Casia y sta. Quiteria, virgen
y mártir.
23 J. ✠ **LA ASCENSION DEL SEÑOR**. - Stos. Desiderio,
obispo, y Vicente, presbitero.
24 V. Stas. Afra y Susana.
● *luna nueva á las 9 y 21 m. de la mañana.*
- 25 S. S. Gregorio VII. - **FIESTA CÍVICA**.
26 D. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
27 L. S. Juan, papa y mártir.
28 M. Stos. Justo, Germán y Emilio, mártires.
29 M. Stos. Máximo, obispo, y Alejandro, mártir.
30 J. Stos. Fernando, rey, y Félix, papa.
31 V. Sta. Angela de Merici.
☾ *cuarto creciente á las 6 y 12 de la mañana.*

JUNIO

- 
- 1 S. *Ayuno y abstinencia.* — Stos. Segundo y Fortunato.
 - 2 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO. — S. Marcelino y compañeros, mrs. — *Indulg. de 40 h. en Montserrat.*
 - 3 L. S. Isaac, confesor, y sta. Paula, virgen.
 - 4 M. S. Francisco Caracciolo y sta. Saturnina, mr.
 - 5 M. *Témporas y ayuno.* — Stos. Marciano, Doroteo y Nicánor, mártires.
 - 6 J. S. Norberto, obispo, y sta. Paulina, mártir.
 - 7 V. *Témps. y ayuno.* — Stos. Pablo, ob., Pedro y comps., mrs.
 luna llena á las 7 y 33 m. de la mañana.
 - 8 S. *Témporas y ayuno.* — S. Salustiano.
 - 9 D. LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — *Titular de esta Archidiócesis.* — Stos. Primo y Feliciano, mártires. — *Indulgencia de 40 horas en la Catedral.*
 - 10 L. S. Zacarías, mártir, y sta. Margarita, reina.
 - 11 M. S. Barnabé, apóstol.
 - 12 M. S. Juan de Sahagún.
 - 13 J. ✠ CORPUS CHRISTI. — S. Antonio de Padua.
 - 14 V. Stos. Basilio, obispo y doctor, y Eliseo, profeta.
 - 15 S. Stos. Vito y Modesto, mártires.
 cuarto menguante á las 7 y 46 m. de la mañana.
 - 16 D. S. Aureliano, obispo.
 - 17 L. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mártires.
 - 18 M. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mártires.
 - 19 M. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., y sta. Juliana, virgen.
 - 20 J. Sta. Florentina, virgen.
 - 21 V. EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. — *40 horas en San Ignacio.* — S. Luis Gonzaga. — *Indulgencia plenaria por asistir á la misa solemnizque se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
 - 22 S. *Ayuno.* — Stos. Paulino, obispo, Albano y Fabio, mártir.
 luna nueva á las 7 y 1 m. de la tarde.
 - 23 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA. — Stos. Zenón y Apolinario.
 - 24 L. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. — *Indulgencia de 40 horas en S. Juan.*
 - 25 M. Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
 - 26 M. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.
 - 27 J. Stos. Zoilo, mártir, y Ladislao, rey.
 - 28 V. *Abstinencia y ayuno.* — Stos. León papa, é Ireneo, obispo.
 - 29 S. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO. — *40 horas en la Catedral.*
 cuarto creciente á las 11 y 28 m. del día.
 - 30 D. Conmemoración de s. Pablo, ap., y sta. Emiliana, mr.

JULIO

- 1 L. Stos. Secundino y Casto, obispos, y Julio, mártir.
- 2 M. Ntra. Sra. de los Desamparados. - *Indulg. de 40 horas en S. Nicolás de Bari.* - San Martiniano, mártir.
- 3 M. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
- 4 J. S. Laureano, arzobispo.
- 5 V. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón san Martín, ob. s. Miguel de los Santos y sta. Filomena.
- 6 S. S. Rómulo, obispo, el santo profeta Isaias y sta. Lucía.

☾ *luna llena á las 8 y 21 m. de la noche.*

- 7 D. La Santísima Sangre de N. S. J. C. - Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinfiriano, mrs.
- 8 L. Sta. Isabel, reina de Portugal.
- 9 M. S. Cirilo, ob., y sta. Natalia, vgn. - FIESTA CÍVICA.
- 10 M. Stos. Enero, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mártires, hijos de sta. Felicitas.
- 11 J. Stos. Pio, papa, y Cipriano, mártires.
- 12 V. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mártir.
- 13 S. S. Anacleto, papa y mártir.
- 14 D. Stos. Buenaventura, obispo y doctor, y Cirilo, mártir.

☾ *cuarto menguante á las 11 y 48 m. de la noche.*

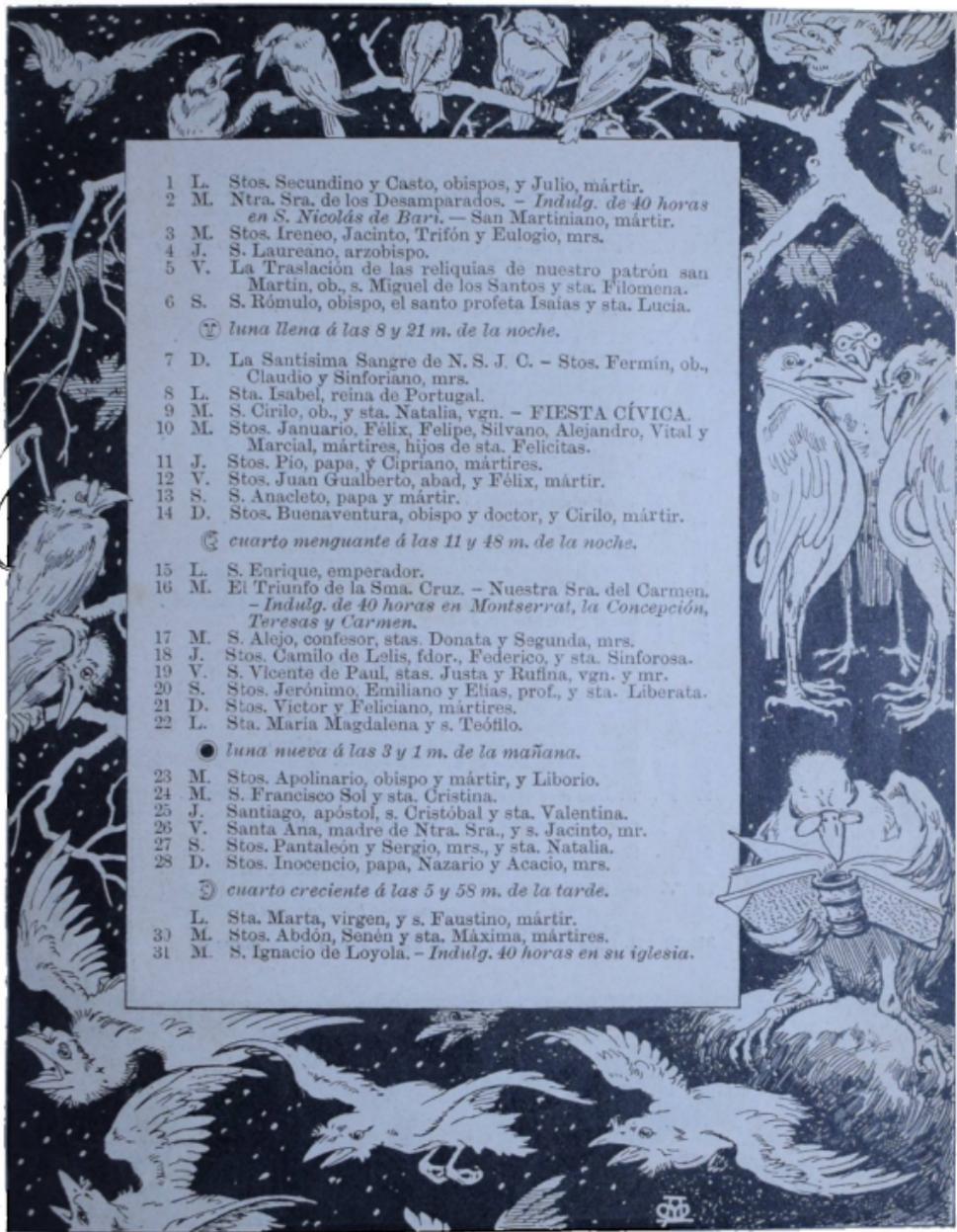
- 15 L. S. Enrique, emperador.
- 16 M. El Triunfo de la Sma. Cruz. - Nuestra Sra. del Carmen. - *Indulg. de 40 horas en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.*
- 17 M. S. Alejo, confesor, stas. Donata y Segunda, mrs.
- 18 J. Stos. Camilo de Lelis, fidor, Federico, y sta. Sinfrosina.
- 19 V. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, vgn. y mr.
- 20 S. Stos. Jerónimo, Emiliano y Ehas, prof., y sta. Liberata.
- 21 D. Stos. Victor y Feliciano, mártires.
- 22 L. Sta. Maria Magdalena y s. Teófilo.

● *luna nueva á las 3 y 1 m. de la mañana.*

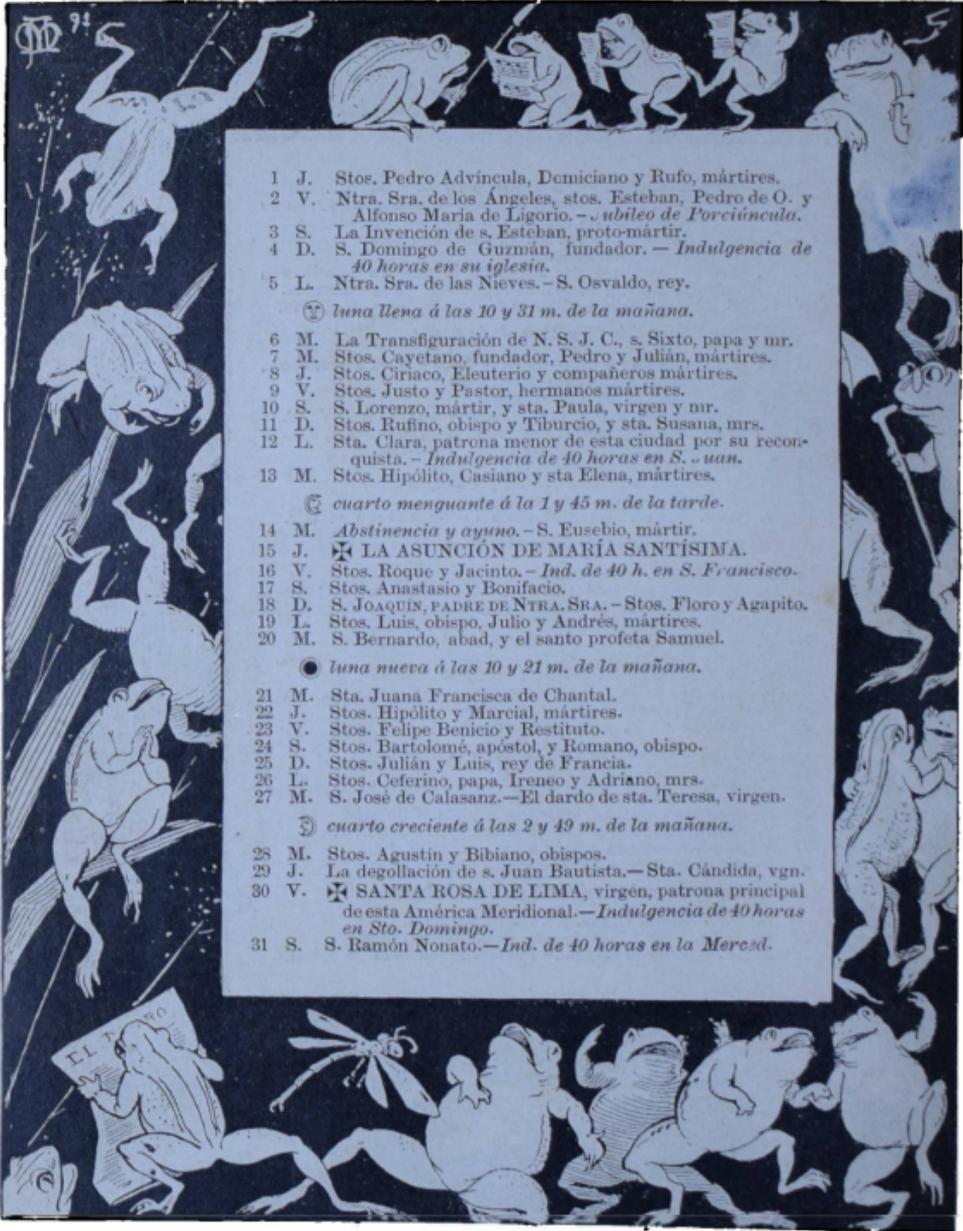
- 23 M. Stos. Apolinario, obispo y mártir, y Liborio.
- 24 M. S. Francisco Sol y sta. Cristina.
- 25 J. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valentina.
- 26 V. Santa Ana, madre de Ntra. Sra., y s. Jacinto, mr.
- 27 S. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs., y sta. Natalia.
- 28 D. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mrs.

☾ *cuarto creciente á las 5 y 58 m. de la tarde.*

- L. Sta. Marta, virgen, y s. Faustino, mártir.
- 30 M. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, mártires.
- 31 M. S. Ignacio de Loyola. - *Indulg. 40 horas en su iglesia.*



AGOSTO

- 
- 1 J. Stos. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo, mártires.
 2 V. Ntra. Sra. de los Ángeles, stos. Esteban, Pedro de O. y Alfonso María de Ligorio. — *Ubileo de Porciúncula.*
 3 S. La Invención de s. Esteban, proto-mártir.
 4 D. S. Domingo de Guzmán, fundador. — *Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
 5 L. Ntra. Sra. de las Nieves. — S. Osvaldo, rey.

☾ *luna llena á las 10 y 31 m. de la mañana.*

- 6 M. La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, papa y mr.
 7 M. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mártires.
 8 J. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mártires.
 9 V. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.
 10 S. S. Lorenzo, mártir, y sta. Paula, virgen y mr.
 11 D. Stos. Rufino, obispo y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
 12 L. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. — *Indulgencia de 40 horas en S. Juan.*
 13 M. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena, mártires.

☾ *cuarto menguante á la 1 y 45 m. de la tarde.*

- 14 M. *Abstinencia y ayuno.* — S. Eusebio, mártir.
 15 J. ✠ **LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.**
 16 V. Stos. Roque y Jacinto. — *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
 17 S. Stos. Anastasio y Bonifacio.
 18 D. S. JOAQUÍN, PADRE DE NTRA. SRA. — Stos. Floro y Agapito.
 19 L. Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mártires.
 20 M. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.

● *luna nueva á las 10 y 21 m. de la mañana.*

- 21 M. Sta. Juana Francisca de Chantal.
 22 J. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
 23 V. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
 24 S. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.
 25 D. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
 26 L. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
 27 M. S. José de Calasanz. — El dardo de sta. Teresa, virgen.

☾ *cuarto creciente á las 2 y 49 m. de la mañana.*

- 28 M. Stos. Agustín y Bibiano, obispos.
 29 J. La degollación de s. Juan Bautista. — Sta. Cándida, vgn.
 30 V. ✠ **SANTA ROSA DE LIMA**, virgen, patrona principal de esta América Meridional. — *Indulgencia de 40 horas en Sto. Domingo.*
 31 S. S. Ramón Nonato. — *Ind. de 40 horas en la Merced.*

SEPTIEMBRE

- 1 D. Stos. Sixto, obispo, y Gil, abad.
- 2 L. Stos. Antonino, mártir, Esteban, rey, y sta. Máxima, mr.
- 3 M. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mártires.
- 4 M. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, virgen, y san Silvano, mártir.

☾ luna llena á las 2 y 13 m. de la mañana.

- 5 J. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.
- 6 V. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
- 7 S. S. Juan, mártir, y sta. Regina, virgen y mártir.
- 8 D. LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA. — *Indulgencia de 40 horas en S. Juan, San Francisco y en Montserrat.*
- 9 L. S. Jerónimo, mártir, y sta. María de la Cabeza.
- 10 M. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.
- 11 M. S. Emiliano, obispo y mártir.
- 12 J. Stos. Serapio y Leoncio, mártires.

☽ cuarto menguante á la 1 y 32 m. de la mañana.

- 13 V. Stos. Eulogio, obispo, y Amaro, abad.
- 14 S. La Exaltación de la Santísima Cruz. — *Indulgencia de 40 horas en el Socorro.*
- 15 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA. — La Aparición de santo Domingo de Guzmán, en Soria. — Sta. Melitona.
- 16 L. Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
- 17 M. S. Pedro de Arbués.
- 18 M. *Témporas y ayuno.* — Sto. Tomás de Villanueva y santa Sofía, mártir.

● luna nueva á las 6 y 1 m. de la tarde.

- 19 J. S. Genaro y compañeros mártires.
- 20 V. *Témporas y ayuno.* — S. Eustaquio.
- 21 S. *Témp. y ayuno.* — S. Mateo, ap. y evang. PRIMAVERA.
- 22 D. La Conmemoración de los Dolores de la Sma. Virgen. — S. Mauricio y compañeros mrs.
- 23 L. Stos. Lino, papa y mártir, y Constancio, obispo.
- 24 M. Ntra. Sra. de las Mercedes. — *Indulg. de 40 horas en su iglesia.* — S. Gerardo, obispo y mártir.
- 25 M. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).

☾ cuarto creciente á las 3 y 4 m. de la tarde.

- 26 J. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
- 27 V. Stos. Cosme y Damián, hermanos, mártires.
- 28 S. S. Wenceslao, mr., y el beato Simón de Rojas.
- 29 D. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40 horas en su iglesia.*
- 30 L. Stos. Jerónimo, doctor, Honorio y sta. Sofía, viuda.

OCTUBRE

- 1 M. S. Remigio, obispo.
- 2 M. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mártir.
- 3 J. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.

☾ luna llena á las 6 y 49 m. de la tarde.

- 4 V. S. Francisco de Asis, fundador. — *Indulg. de 40 horas en su iglesia.*
- 5 S. S. Froilán, obispo.
- 6 D. *Jubileo.* — *Ntra. Sra. del Rosario.* — S. Bruno, fundador.
- 7 L. S. Marcos, papa, y sta. Justina, virgen y mártir.
- 8 M. S. Demetrio, mártir, y sta. Brigida, viuda.
- 9 M. S. Dionisio, obispo y mr., y el sto. Patriarca Abraham.
- 10 J. Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán y Paulino.
- 11 V. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín. — *Indulg. de 40 horas en Santo Domingo del Sro. Rosario.*

☾ cuarto menguante á las 11 y 25 m. del día.

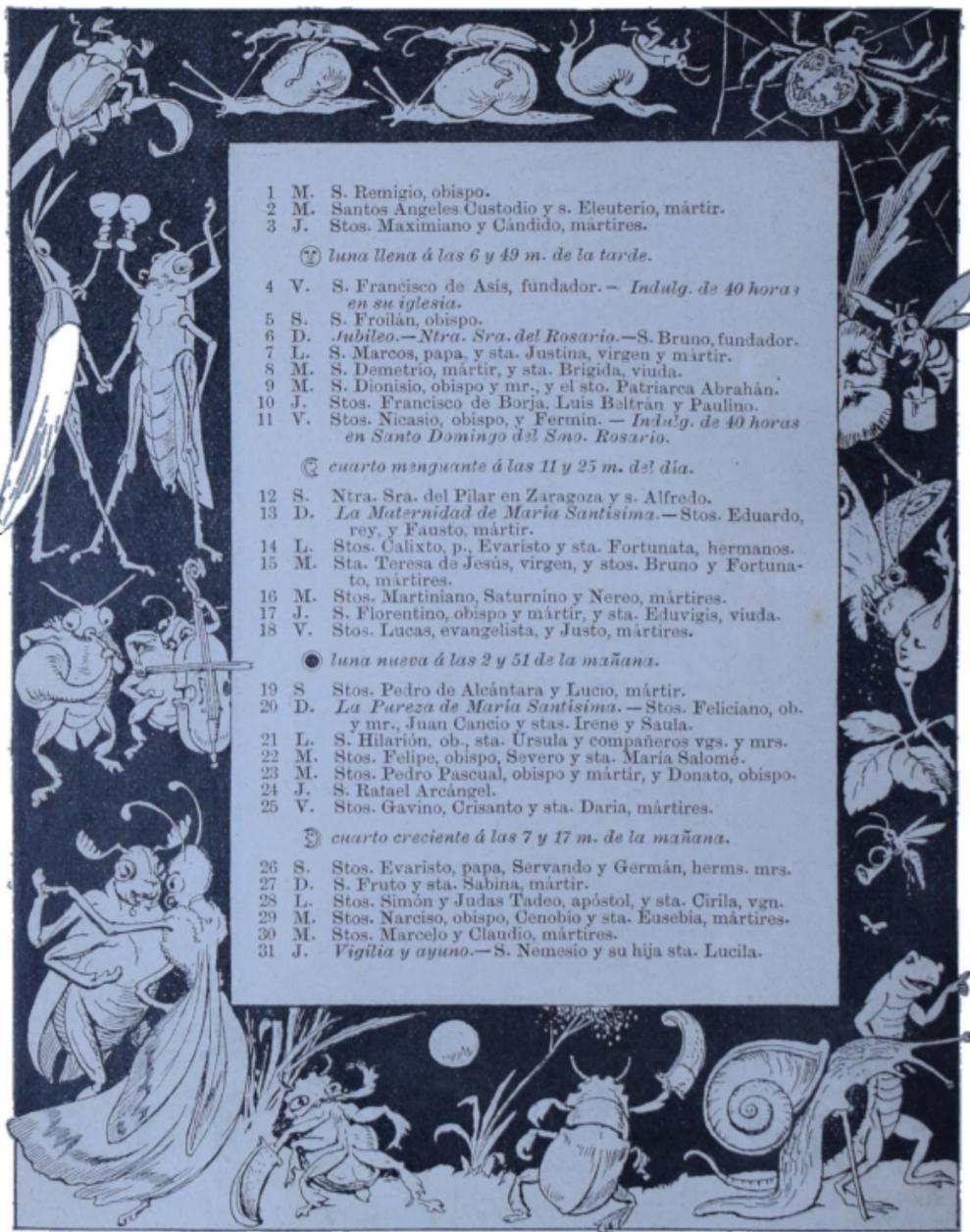
- 12 S. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y s. Alfredo.
- 13 D. *La Maternidad de Maria Santisima.* — Stos. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.
- 14 L. Stos. Calixto, p., Evaristo y sta. Fortunata, hermanos.
- 15 M. Sta. Teresa de Jesús, virgen, y stos. Bruno y Fortunato, mártires.
- 16 M. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mártires.
- 17 J. S. Florentino, obispo y mártir, y sta. Edivigis, viuda.
- 18 V. Stos. Lucas, evangelista, y Justo, mártires.

☉ luna nueva á las 2 y 51 de la mañana.

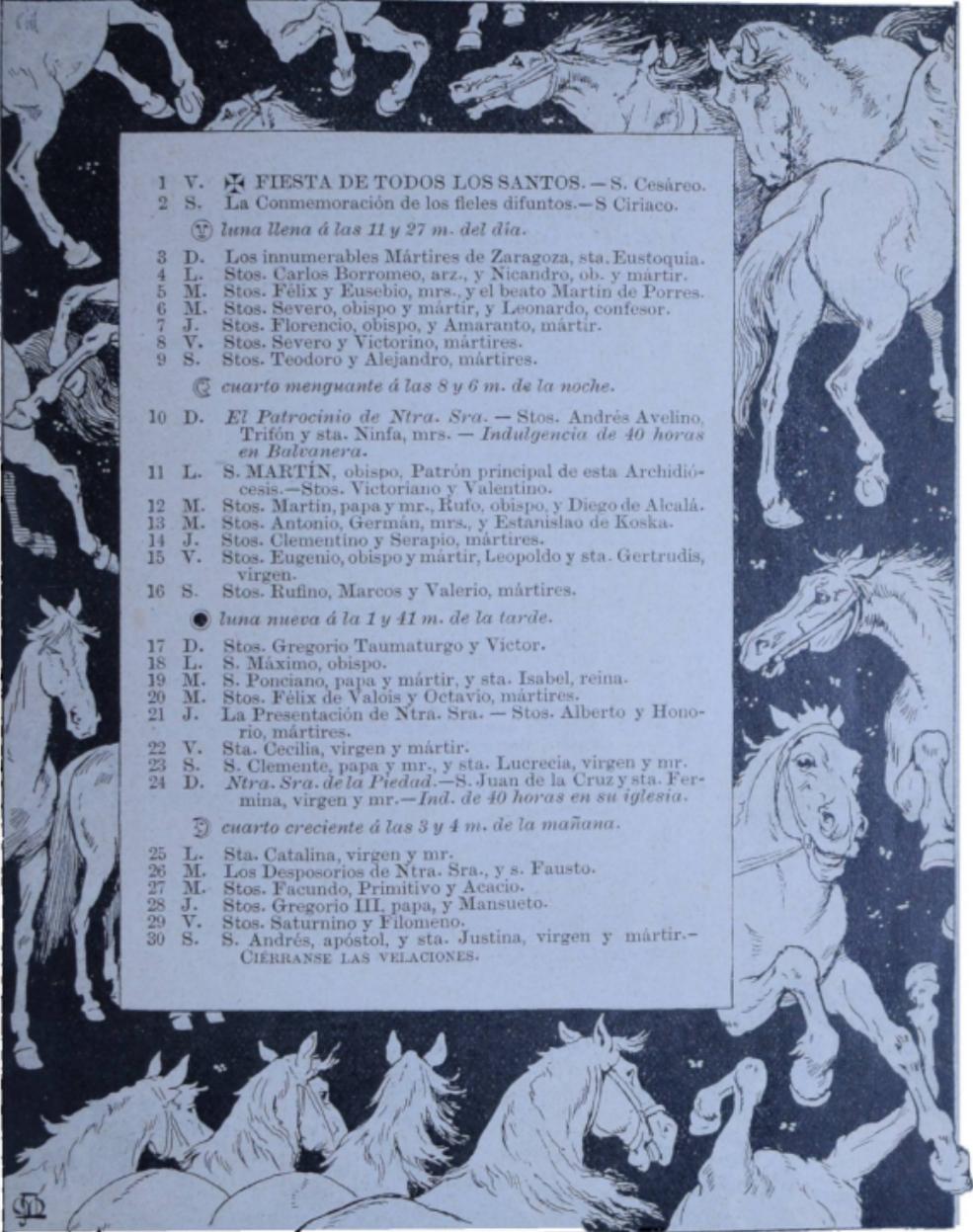
- 19 S. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mártir.
- 20 D. *La Pureza de Maria Santisima.* — Stos. Feliciano, ob. y mr., Juan Cancio y stas. Irene y Saula.
- 21 L. S. Hilarión, ob., sta. Úrsula y compañeros vgs. y mrs.
- 22 M. Stos. Felipe, obispo, Severo y sta. Maria Salomé.
- 23 M. Stos. Pedro Pascual, obispo y mártir, y Donato, obispo.
- 24 J. S. Rafael Arcángel.
- 25 V. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria, mártires.

☾ cuarto creciente á las 7 y 17 m. de la mañana.

- 26 S. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, herms. mrs.
- 27 D. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
- 28 L. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol, y sta. Cirila, vgn.
- 29 M. Stos. Narciso, obispo, Cenobio y sta. Eusebia, mártires.
- 30 M. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
- 31 J. *Vigilia y ayuno.* — S. Nemesio y su hija sta. Lucila.



NOVIEMBRE

- 
- 1 V. ✠ FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. — S. Cesáreo.
2 S. La Commemoración de los fieles difuntos.—S Ciriaco.

☾ luna llena á las 11 y 27 m. del día.

- 3 D. Los innumerables Mártires de Zaragoza, sta. Eustoquia.
4 L. Stos. Carlos Borromeo, arz., y Nicandro, ob. y mártir.
5 M. Stos. Félix y Eusebio, mrs., y el beato Martin de Porres.
6 M. Stos. Severo, obispo y mártir, y Leonardo, confesor.
7 J. Stos. Florencio, obispo, y Amaranto, mártir.
8 V. Stos. Severo y Victorino, mártires.
9 S. Stos. Teodoro y Alejandro, mártires.

☾ cuarto menguante á las 8 y 6 m. de la noche.

- 10 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.* — Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs. — *Indulgencia de 40 horas en Balcanera.*
11 L. S. MARTÍN, obispo, Patrón principal de esta Archidiócesis.—Stos. Victoriano y Valentino.
12 M. Stos. Martin, papa y mr., Rufo, obispo, y Diego de Alcalá.
13 M. Stos. Antonio, Germán, mrs., y Estanislao de Koska.
14 J. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 V. Stos. Eugenio, obispo y mártir, Leopoldo y sta. Gertrudis, virgen.
16 S. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.

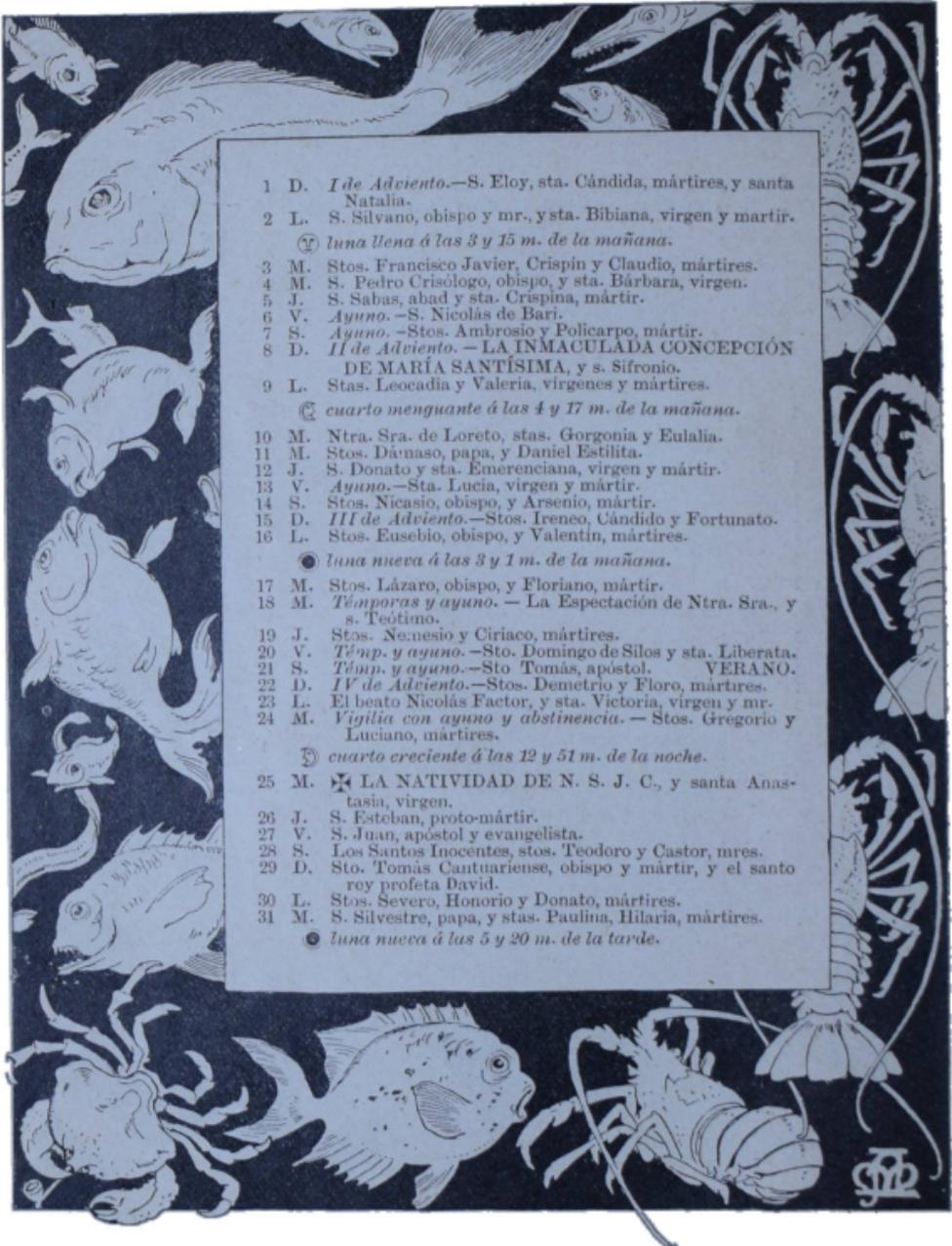
● luna nueva á la 1 y 41 m. de la tarde.

- 17 D. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 L. S. Máximo, obispo.
19 M. S. Ponciano, papa y mártir, y sta. Isabel, reina.
20 M. Stos. Félix de Valois y Octavio, mártires.
21 J. La Presentación de Ntra. Sra. — Stos. Alberto y Honorio, mártires.
22 V. Sta. Cecilia, virgen y mártir.
23 S. S. Clemente, papa y mr., y sta. Lucrecia, virgen y mr.
24 D. *Ntra. Sra. de la Piedad.*—S. Juan de la Cruz y sta. Fermína, virgen y mr.—*Ind. de 40 horas en su iglesia.*

☽ cuarto creciente á las 3 y 4 m. de la mañana.

- 25 L. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 M. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
27 M. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.
28 J. Stos. Gregorio III, papa, y Mansueto.
29 V. Stos. Saturnino y Filomeno.
30 S. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mártir.—
CIÉRRANSE LAS VELACIONES.

DICIEMBRE

- 
- 1 D. *I de Adviento.*—S. Eloy, sta. Cándida, mártires, y santa Natalia.
 - 2 L. S. Silvano, obispo y mr., y sta. Bibiana, virgen y martir.
☾ luna llena á las 3 y 15 m. de la mañana.
 - 3 M. Stos. Francisco Javier, Crispin y Claudio, mártires.
 - 4 M. S. Pedro Crisólogo, obispo, y sta. Bárbara, virgen.
 - 5 J. S. Sabas, abad y sta. Crispina, mártir.
 - 6 V. *Ayuno.*—S. Nicolás de Bari.
 - 7 S. *Ayuno.*—Stos. Ambrosio y Policarpo, mártir.
 - 8 D. *II de Adviento.*—LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA, y s. Sifronio.
 - 9 L. Stas. Leocadia y Valeria, virgenes y mártires.
☽ cuarto menguante á las 4 y 17 m. de la mañana.
 - 10 M. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
 - 11 M. Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.
 - 12 J. S. Donato y sta. Emerenciana, virgen y mártir.
 - 13 V. *Ayuno.*—Sta. Lucía, virgen y mártir.
 - 14 S. Stos. Nicasio, obispo, y Arsenio, mártir.
 - 15 D. *III de Adviento.*—Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato.
 - 16 L. Stos. Eusebio, obispo, y Valentin, mártires.
● luna nueva á las 3 y 1 m. de la mañana.
 - 17 M. Stos. Lázaro, obispo, y Florianio, mártir.
 - 18 M. *Témporas y ayuno.*—La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
 - 19 J. Stos. Nemesio y Ciriaco, mártires.
 - 20 V. *Témp. y ayuno.*—Sto. Domingo de Silos y sta. Liberata.
 - 21 S. *Témp. y ayuno.*—Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
 - 22 D. *IV de Adviento.*—Stos. Demetrio y Floro, mártires.
 - 23 L. El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, virgen y mr.
 - 24 M. *Vigilia con ayuno y abstinencia.*—Stos. Gregorio y Luciano, mártires.
☽ cuarto creciente á las 12 y 51 m. de la noche.
 - 25 M. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y santa Anastasia, virgen.
 - 26 J. S. Esteban, proto-mártir.
 - 27 V. S. Juan, apóstol y evangelista.
 - 28 S. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor, mres.
 - 29 D. Sto. Tomás Cantuariense, obispo y mártir, y el santo rey profeta David.
 - 30 L. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.
 - 31 M. S. Silvestre, papa, y stas. Paulina, Hilaria, mártires.
● luna nueva á las 5 y 20 m. de la tarde.

AÑO NUEVO



—¡Un año más! .

—¡Hija, no!

Yo, uno *menos*; tú, uno *más*.

—Contando así, llegarás
á ser más joven que yo.



LA COQUETERIA

Copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicolau Cotanda
(De fotografía de los señores Freitas y Castillo)



JOYAS OLVIDADAS

ET NOX FACTA EST

I

Cuatro mil años llevaba cayendo en el abismo.

Todavía no había podido sentar el pie, ni levantar una vez siquiera su frente desmesurada. Se hundía en la sombra y la bruma; azorado, solo, y tras él, en las noches eternas, caían lentamente las plumas desprendidas de sus alas.

Cayó fulminado, melancólico, silencioso, triste, abierta la boca y los pies hacia los cielos, impreso el horror del abismo en su semblante lívido. Y gritó:—¡Muerte!—tendiendo los puños hacia la sombra. Más tarde esta palabra fué un hombre y se llamó Caín.

Descendía. De repente una roca le golpeó la mano; aferróse á ella y se detuvo. Alguien le gritó de arriba:—¡Cae; las estrellas se extinguirán en torno tuyo, maldito!—Y la voz se perdió en el horror inmenso. Satanás, pálido, miró hacia la eterna aurora. Los soles estaban lejos, pero todavía bri-

llaban; Satanás enderezó la cabeza y dijo levantando los brazos:—¡Mientes!

Más tarde esa palabra fué el alma de Judas.

Semejante á los dioses de bronce, de pie sobre sus zócalos, Satanás esperó mil años con los ojos fijos en los astros. Las estrellas estaban lejos, pero brillaban aún. El rayo rugía en los mismos cielos, ríos y soles. Satanás rióse y escupió hacia el trueno. Esa saliva más tarde fué Barrabás.

Un soplo que pasó le hizo caer más abajo.

II

La caída del condenado comenzó de nuevo. Terrible, sombrío y atravesado de agujeros como una criba, veía cómo el cielo lleno de estrellas se alejaba; la claridad temblaba, y el gran precipitado, desnudo, siniestro y arrastrado por el peso de su crimen, caía, y como una cuña, su cabeza abría el abismo. ¡Más abajo, más abajo, siempre más abajo! Todo le huía: ningún obstáculo de que poder agarrarse, ni un monte, ni una roca inclinada, ni una piedra: nada, la sombra.

Cerró los párpados espantado.

Cuando los abrió, brillaban solamente tres soles, los demás estaban muertos.

III

Una roca salía de la bruma, negra como un brazo que se extiende. Satanás la agarró y sus pies tocaron las cimas.

Entonces meditó el ser espantoso que se llama *Jamás*. Su frente cayó en las manos criminales. Los tres soles, de lejos, semejantes á tres pupilas, le miraban, pero él no los miraba. El espacio semejaba á las llanuras de la tierra, cuando, en la tarde, el horizonte se hunde retrocediendo asombrado á los ojos del crepúsculo. Largos rayos llegaban hasta los pies del gran desterrado. A sus espaldas su sombra llenaba el infinito. Las cimas del caos se confundían unas con otras.

De pronto sintió que le nacían unas alas horribles. Comprendió que se volvía monstruo y que en él el ángel espiraba, y el rebelde experimentó mayor amargura. Sentía sus espaldas, luminosas en otro tiempo, estremecerse al odioso frío de su ala membranosa; cruzando los brazos, alzando la frente, el bandido, solo en las profundidades llenas de ruina, miró fijamente la caverna de la sombra.

Las tinieblas crecían sin ruido en la nada. La opaca obscuridad cerraba el cielo aterrador, y haciendo más allá del último promontorio una triple abolladura á aquella especie de vidrio negro, tres soles confundían sus tres irradiaciones.

Hubiérase dicho que eran las tres ruedas de un carro de fuego, quebrado después de un combate en los altos firmamentos. Los montes salían fuera de la bruma como proas. — ¡Y bien! exclamó Satanás; ¡sea! ¡Aún puedo vencer! Él tendrá el cielo azul; yo tendré el cielo negro. ¿Cree Él acaso que yo iré á sollozar á su puerta? Le odio. Tres soles me bastan. ¡Qué me importa! ¡Yo odio el día, el azul, el fulgor, el perfume!

De pronto tembló. No quedaba más que un sol.

VÍCTOR HUGO.

GÉNESIS DEL GOCE

Cuando hizo el Señor á Adán,
bien sabido se tenía
que el hombre siempre sería
de condición haragán.
— Aunque esté como un alambre, —
se dijo, — por no tener
el trabajo de comer,
se dejará morir de hambre.
Verá un día la belleza
de Eva, su gentil consorte,
y antes que hacerle la corte,
se rendirá á la pereza.
Y para avivar su ardor,
Dios, en su inmenso poder,
convirtió en goce el comer
y en un placer el amor.

CASIMIRO PRIETO.

NOCHES DE VERANO



—Pidan ustedes, por Dios,
pues de refrescar se trata.

—Que me traigan una horchata.

—A mí un helado.

—¡A mí dos!

—¿Y usted, señora Ruperta?

—Cualquier cosa... un pollo tierno

¿y usted, mi querido yerno?

—Yo voy á tomar... ¡la puerta!

MADRIGAL

Si os anima y os mueve
tan dulce magia,
que una sonrisa breve
dichas presagia,
¡divinos labios!
¿por qué pagáis mi afecto
con sólo agravios?

J. L. MERA.



FRINÉ

(FRAGMENTO)

Á CELIA DE NICCL

Cendal ligero descendía tenue
del cuello ebúrneo de Friné. Sus hombros
medio velaban pliegues de alabastro
sujetos con desgaire voluptuoso;
las morbideces blancas
de su seno redondo
ondulan, como la onda que acaricia
del cierzo matinal el blando soplo;
entrelazadas las pequeñas manos

y lánguidos los brazos escultóricos,
 baja la frente pensativa, y suelta
 la cabellera que guarnece el dorso;
 la comisura de sus labios, pálida,
 y pálido también, mas siempre hermoso,
 sonriente, iluminado,
 el olímpico rostro;
 húmedos y radiantes
 é inmóviles los ojos,
 rielando en sus pestañas seductoras
 luz inefable y claridades de orto;
 los enarcados pies, desnudos, breves,
 en el suelo descansan temerosos,
 cual si se hallaran cerca
 del borde de un abismo obscuro y hondo.
 Por único atavío
 en las manos y pies, ajorcas de oro,
 y el nítido cendal cubriendo apenas
 los nevados contornos...

¡Ella es Friné! la griega
 estatua blanca, que en el tibio fondo
 del pecho columbino,
 oculta el rudo batallar pasmoso
 de ansias horribles en revuelto enjambre
 con desalientos del placer insobrio.

.

¡Vedla ahí! ahí está junto al Areópago
 que ha de salvar ó condenar austero
 la falta ó el oprobio.

.

Ya van á resonar en el inmenso
 augusto tribunal, solemnes votos.
 Es el fallo postrero que condena
 á una mujer culpable.

. Mas de pronto

Hipérides airado
 yergue la frente altiva, de sus ojos
 irradian chispas, se lacera el pecho,
 agita la cabeza como un loco,
 lanza un grito que suena con pavora
 de la alta torre en el inmenso dombo,
 y al lado de Friné mueve las manos
 cual si hablando estuviera.

Luego el rostro

levanta de Friné; descíñe trémulo
el nítido cendal, y en los contornos
de aquella estatua sollozante y viva
al beso de la luz suspira Eolo.

¡Qué hermosa desnudez en áureo nimbol
Cruje de Astrea el formidable tronol!



Después, con eco grave,
pausado y cadencioso:
« ¡Vedla! grita á los jueces, ¡vedla! ¡vedla!
Si la matáis después, os lo perdono. »

Corre inquieto rumor, que semejando
sonidos cavernosos,
aturde el alma de Friné, que enjuga
con su cabello el angustiado lloro.

¿De dónde escapa ese rumor que hiere

con ímpetus ignotos?—
La voz de la justicia que preludia
su dictamen monstruoso.

De nuevo grita el orador airado:
«Miradla, vedla; contemplad su rostro,
las eburneces tibias de su cuerpo
y el rítmico ondular de los sollozos
entre los ampos de su pecho níveo.»

· · · · ·
· · · · ·
· · · · ·
¡Reina silencio frío! Están absortos
los magistrados, míranse
con miradas de asombro,
y la ábside del templo repercute
el dictamen augusto del Areópago.

· · · · ·
· · · · ·
· · · · ·
Quedó absuelta Friné la cortesana.
Triunfó Herмосura con poder pasmoso,
y el viejo Praxiteles cantó un himno
á los dioses del mármol y del pórfido.
Después... talló su Venus
y tambaleando la besó en los ojos!

J. M. MAYORGA RIVAS.

Nicaragua.

LÁGRIMAS

Que has estado llorando
se muestran hoy tus ojos pregonando.
¿Qué dolor te da pena?
¿Qué amor hallaste mal correspondido?
¿Quién á sufrir, tirano, te condena?
¿Qué nuevo Eneas te hace nueva Dido?
No te aflijas, hermosa,
que terrenal dolor es poca cosa.
Ni es que el mundo se goce en tu quebranto
sino que tu belleza le enamora
y hace que viertas llanto
porque le hechiza la mujer que llora.
Y tú, niña, llorando sin consuelo,
causando envidia estás á los querubes,
que aunque ofusquen al cielo negras nubes,
¿podrá nunca dejar de ser el cielo?

C. OSSORIO Y GALLARDO.



D. Manuel Larravide

DISTINGUIDO PINTOR URUGUAYO

MANUEL LARRAVIDE

Habría cierta injusticia en celebrar las dotes naturales de un artista. Tan sólo se podría felicitarle por la generosidad que la naturaleza ha demostrado para con él.

Pero el verdadero mérito de un artista estriba en el cultivo que sabe hacer de esas mismas dotes, y este mérito se centuplica cuando el artista ha tenido que luchar con mil dificultades, sean morales, sean materiales.

Es el caso de Manuel Larravide.

Joven—apenas si cuenta veinticuatro años—Manuel Larravide, ó mejor dicho, Manolo, como le llaman sus amigos, pertenece á una de las más distinguidas familias de Montevideo.

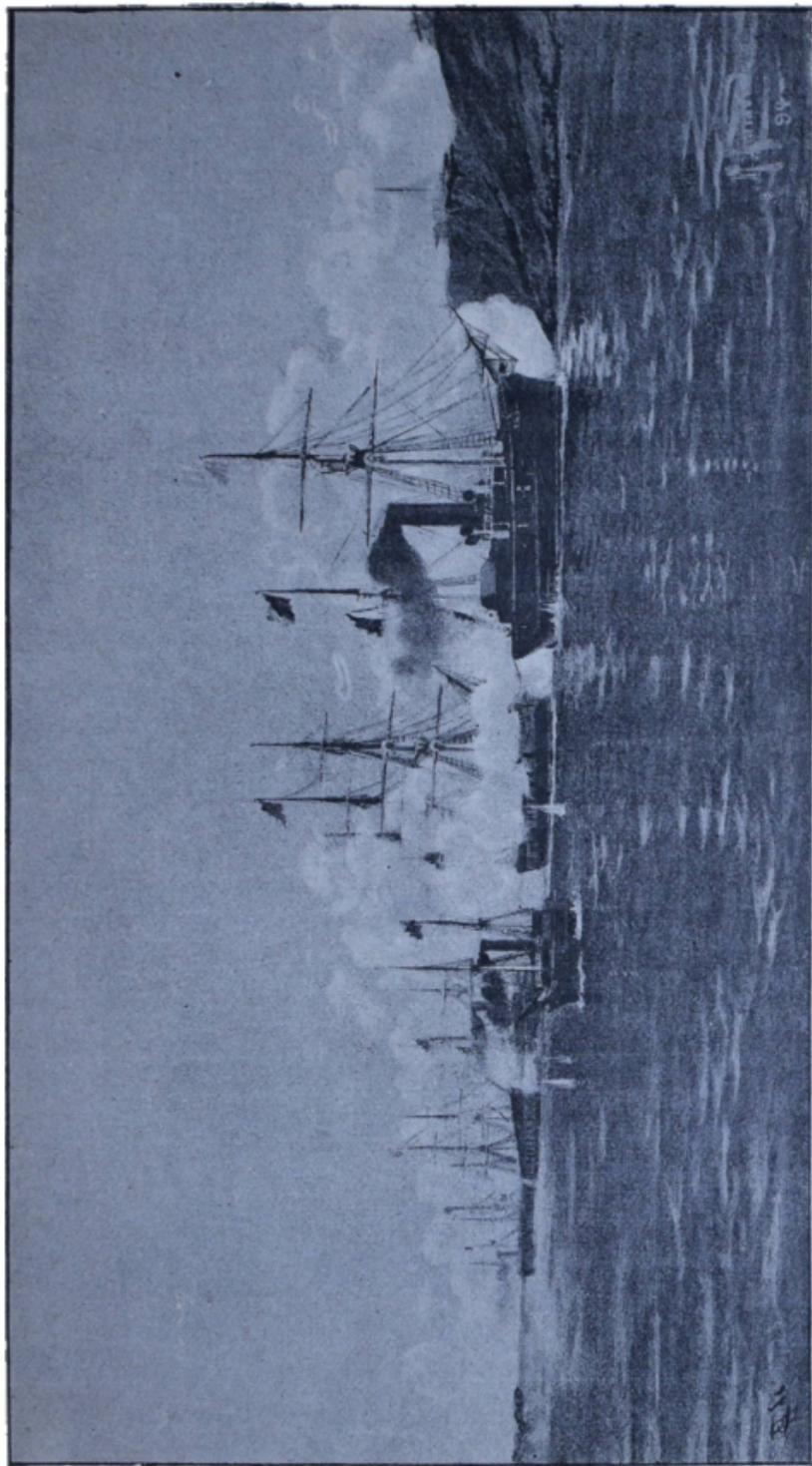
Ese mozo rubio, tímido y sencillo, parecía destinado más bien, como tantos otros en su tierra, á pasar algunos años en los bancos de la Universidad para alcanzar la gloria, hoy tan general, del doctorado.

Pero la vocación de Manolo era otra. Su padre, distinguido agrimensor, tenía un estudio, y fácil es suponer que la vista de todos los instrumentos necesarios á la elaboración de planos despertaron en el joven artista los primeros albores de su futuro talento.

Empezó á pintar sin maestro, y recuerdo dos cuadros que él tiene en su taller, en el sitio de honor, dos cuadros en que, á través de la inexperiencia y de la *gaucherie*, como dicen los franceses, del procedimiento, existe la prueba evidente y palpable de una fina percepción de la realidad.

Esos dos cuadros son dos marinas.

Nadie pensaba en esas disposiciones. El joven Larravide no estudiaba siquiera con la atención necesaria el dibujo y la pintura; parecía que el talento innato del pintor iba á quedar sepultado en la indiferencia general... cuando un buen día los amigos de su familia fueron sorprendidos con la aparición de un verdadero cuadro: *En Panne*.



COMBATE DEL «TONELERO»

Copia del cuadro del distinguido artista uruguayo don Manuel Larravide

El efecto producido fué asombroso. Esta tela de colores delicados, de concepción tan sencilla y de dibujo tan correcto, no dejaba lugar á duda alguna sobre las disposiciones de Manuel Larravide.

Pero el joven pintor temió, á pesar de su triunfo casero, si así puede calificársele, la suerte de una exposición pública... y *En Panne* fué el primer cuadro que adornó las paredes del reciente taller.

En el año 1890, apareció en la vidriera del Bazar Drui-
llet un cuadro que representaba el *Apolo* fondeado en la bahía de Montevideo.

Había en el cuadro tantas promesas, al lado de toques de un talento tan real, que la prensa se ocupó de la obra con atención y celebró la aparición de un pintor nacional del más lisonjero porvenir.

Y entonces empezó la carrera extraordinaria de Manuel Larravide que, sin otros guías que sus naturales aptitudes, una memoria estupenda, una fineza de observación aguda y justa y un sentimiento del colorido verdaderamente asombroso, pintó cuadros al óleo y acuarelas, alcanzando una fama merecida y justísimos elogios, sin que dejara de ser por eso el más sencillo, simpático y modesto de los artistas.

He aquí algunos de sus cuadros más conocidos:

¡Viva a República! vendido en Río Janeiro; *11 de Abril de 1826*, que existe en el Museo Histórico Argentino; *«El Moselle» en la costa de Castillos*, que adorna la biblioteca del Club Uruguayo; *El Tiradentes*, propiedad del señor Monteiro, ministro del Brasil en el Uruguay; *El «25 de Mayo»*, que pertenece al doctor Moreno, ministro argentino en Montevideo; *Un Pampero*; *«La Plata» corriendo un temporal*; *La costa de Castillos*, propiedad estos últimos de distinguidos caballeros.

Larravide es autor asimismo de un gran número de acuarelas, que le arrebataron de las manos los aficionados de ambas orillas del Plata.

Uno de sus mayores cuadros—el que se reproduce en las páginas del ALMANAQUE SUD-AMERICANO,— representa *El*

combate del Tonelero, librado por la escuadra brasileña, aliada de Urquiza en su revolución contra Rosas, al mando del almirante Grenfell, el 8 de Octubre de 1851.

Como se ve por esta ligera reseña, Manolo Larravide es digno de la distinción de que le ha hecho objeto el gobierno de su país, encargándole varios cuadros para el Museo Nacional y mandándole á Europa á perfeccionarse en su arte.

Manolo es un pintor joven, á quien espera un brillante porvenir para honra de su país y de la América toda.

MAURICIO KOCH.

Montevideo, Junio de 1894.

CANTARES

Cuando Dios te hubo formado,
te dijo, niña, al mirarte:
—Anda, y que vean los hombres
qué cara tienen los ángeles.

Al jurarme amor eterno,
¡ay de mí! ignoraba yo
cuán corta la eternidad
suele ser para el amor!

De tu blonda cabellera
te engrías, y no me extraña,
pues de todo el que te ve
pone grillos de oro al alma.

Bajo el paraguas, juraste
ser siempre á mi amor esquivo,
y hoy lamentas que el paraguas
no fuese para-caídas.

De la espuma de las olas
nació Venus Citerea;
por eso siempre es amarga
para el hombre la belleza.

CASIMIRO PRIETO.



MUSGO

ORNÉ á ver la vieja ermita.
Se halla todo en su lugar:
la lámpara moribunda,
la flor mustia en el altar.

Doquier vense las señales
de la dulce, antigua fe:
allí está la Dolorosa,
allí el Cristo que adoré.

¡Cuántas veces, siendo niño —
el santuario á media luz —
me llevó mi tierna madre
á besar juntos la cruz!

¡Tiempos idos! Pero aún guardo
su memoria, y la impresión
de recuerdos inocentes
me penetra el corazón.

Hoy, después de largo viaje,
tras de recia tempestad,
en el sagrado recinto
calma busco y soledad...

¿Quién me llama? ¡Oh voz sentida
que hace el pecho conmover
con rumores de plegaria,
con ternuras de mujer!

« Vén, me dice, al infortunio
da un himno. Lo pide así
la Caridad, luz del cielo... »
El laúd á pulsar fué.

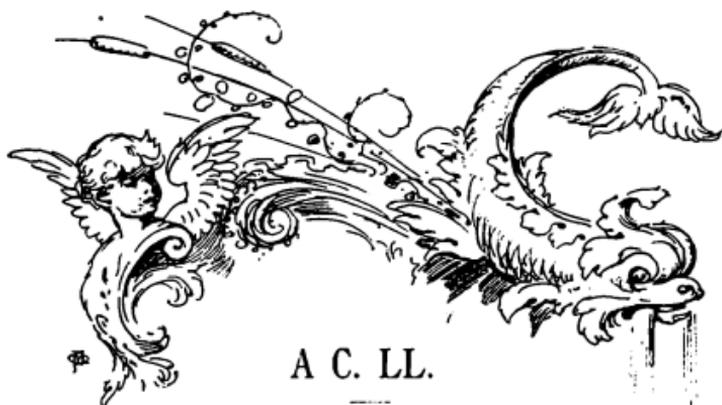
¡Ay! el rítmico instrumento
para siempre enmudeció!
Al querer forzar las cuerdas
en mis manos se rompió.

Pues haré de blancas rosas,
pensara, el don fraternal.
Cayó la helada en mi huerto:
agostado hallé el rosal.

De un melancólico sauce
colgué entonces el laúd,
y volví á la vieja ermita
y lloré mi juventud!...

CARLOS GUIDO SPANO.

1894.



Esas dos aves solas y perdidas
que libres tienden por el aire el vuelo,
son una tierna imagen de esas vidas
que pasan por el mundo siempre unidas
soñando juntas en la tierra el cielo.

Ellas van bajo un sol de primavera
entre arrullos, aromas y colores,
buscando en el verjel y en la pradera
lo que hay más bello en la creación entera,
que es un nido de amor entre las flores.

Hay seres que entre plácidos encantos,
como esas aves del verjel, dichosas,
bebiendo luz y preludiando cantos,
hallan después de los deliquios santos
dulce quietud en tálamo de rosas.

Así, niña gentil, tu vida empieza,
y en el oriente de tu cielo en calma,
teñido en el azul de tu pureza,
como una aurora irradia tu belleza,
¡como una aurora cuyo sol es tu alma!

JOAQUÍN CASTELLANOS.



HOMENAJE

FRANCISCA PERALTA DE BARES

Sr. D.

Mercedes, 30 de Abril de 1894.

"Mi pérdida es inmensa, y cada día que transcurre sirve para apreciar más su magnitud. Perdi una poética compañía de trece años, con intermitencias de algunos días tan sólo; perdi un ser que me quería por sobre todas las cosas, que inspiró mis mejores acciones, que encaminó mis pasos no pocas veces, que fué el alma de mi hogar y el orgullo de mi nombre; perdi una esposa, á cuyo nivel se llega con dificultad, pero que jamás se la sobrepasa; y mis pobres hijos perdieron una madre que, á tener ellos más años y más criterio, nunca la llorarían bastante..

(Párrafos de una carta mía contestando otra de pesame).

«Desde entonces me pareció más bello el mundo, más

preciosa la vida, más buenos los hombres. Noté que había en mí mismo un nuevo ser, óptimo, santo, grande, eterno. Es que llevo en mi pecho la respiración del tuyo, llevo en mis ojos tu mirada, llevo tu alma en mi alma.»

Esto decía yo allá por el año de 1880, el día mismo en que tú aceptabas mi amor y me ofrecías el tuyo; y hoy, en presencia de tus mortales despojos, ante tu sepulcro recién abierto, con la creencia íntima de que tu espíritu luminoso, desde el seno de Dios, en donde mora, sondea mi pensamiento y mi conciencia, afirmo que no se ha extinguido tu aliento en mi pecho, que no se apagó tu mirada en mis ojos, que no ha dejado de alentar tu alma en el alma mía.

Sí, mi bien; tú vives en mí, y mis ideas, mis sentimientos, mis actos todos, atestiguan tu existencia. Mi espíritu está saturado del tuyo; casi toda mi personalidad interna es tu obra, obra paciente y grande de tantos años, continuada en todos los momentos, inspirada por el amor, y llevada á cabo con los medios delicados, discretos y tiernos que tú, como pocas, poseías. Me enseñaste á amar, es decir, me diste la pauta del amor sereno, sin espasmos, profundo, fuerte, perdurable, verdadera irradiación del alma, libre de la escoria de las pasiones de la carne. Has cultivado mis afectos, y me comunicaste la expresión de ellos, pálido reflejo de tu manera de sentir, tierna y poética. Te debo el beneficio de las lágrimas, que antes no he conocido, ó he conocido poco, gracias á esta fuente de ternura labrada por tí en mi pecho como una válvula abierta al dolor. Te debo la noción del justo medio en la apreciación de los hechos y en el juicio de los hombres, y, gracias á ella, contemplo, como lejanos y peligrosos escollos, los extremos entre los cuales oscilé un tiempo. Te debo el hábito de la reflexión, del perdón, de la tolerancia; la disciplina de las pasiones, de los instintos, de los impulsos ciegos, y mi posición constante bajo el cielo, azul ó gris, pero siempre sereno... ¡Y hasta mis hijos, mis pobres hijitos, te deben, no mi amor, que es obra de Dios, ni su grandeza, que es inmensa, y en la inmensidad no cabe disminución ni aumento; te deben mis caricias, la manifestación de

ese mismo amor, por que tú has dulcificado y transparentado mi carácter!

Sí, tú vives, mi bien; vives en mí, y tu vida constituye la parte bella y poética de la existencia mía.

—

Y vives también fuera de mí.

Te veo por doquier, oigo tu voz, percibo tu acción, siento que me esperas, y en todas partes voy maquinalmente á tu encuentro.

El día mismo en que á tí te sacaban de aquella casa en que has sufrido, agonizado y muerto, y yo pasé horas inacabables de convulsión horrible, yo la dejaba también: ambos para no volver á ella. En mi nueva morada, que tú no has habitado, que tú no conociste, veo, sin embargo, vagar tu sombra, y no hay rincón, ni mueble, ni objeto alguno en ella, que no refleje para mí tu imagen. Al despertar, por las mañanas, he oído conversaciones reales que venían de habitaciones contiguas, y he percibido en ellas, distinta y clara, tu palabra, tu propio acento, cuyo timbre, cuya modulación, cuyas inflexiones, fueron siempre para mí inconfundibles. Se ha reproducido así, tantas veces, aquel grato despertar de otros días, en que mi sueño matinal era trabajado lenta, gradual y lentamente, por el eco melodioso de tu voz, llegada á mi lecho desde habitaciones próximas en que departías con personas amigas. No ya ficción de los sentidos; no ya la proyección, fuera de mí, de la imagen tuya que dentro de mí llevo; no ya creación enfermiza de estos pobres nervios míos, tan sacudidos y tan excitados, tras tantos días de terrible prueba, sino figuras reales, seres vivientes; cualquiera mujer que entra en mi casa y besa á mis niños, toma, inmediatamente, ante mis ojos, las proporciones, la forma, el continente y el movimiento peculiar tuyo. Te veo, te veo á tí, real, viva, tangible, pero un momento... nada más que un momento, ínterin la reflexión no llega y el recuerdo no surge... ¡ese horrible recuerdo que me oprime el corazón y me hiela el ser!

¡Mis niños! Ellos son un revelador eterno de tu existencia.

No puedo verlos sin que presenta, próxima, la presencia tuya. Son la parte complementaria de un cuadro, cuyo otro complemento eres tú. Ellos y tú sois ideas correlativas. Cuando oigo su lloro, busco instintivamente tu sombra protectora, y me impaciento y me estremezco misteriosamente ante cada momento que transcurre sin que tú llegues.

En su frente, en sus labios, vaga tu aliento, es decir, tu espíritu, vertido sobre ellos en tus besos; conservan todavía el calor de tu seno, contra el cual los has estrechado cada día, cada hora; sus ojos reflejan la mirada tuya, pues tanto se ha posado sobre ellos, con tal amor, con tanta intensidad; y cuando yo los beso, siento el calor tuyo sobre mis labios.

—

Una errónea prescripción médica, y mi propia tribulación, me arrojaron lejos de los seres y de las cosas que recordaban mi mal y avivaban mi pena. Fué un error, sí, que he pagado con nuevos dolores, y con nuevas y más amargas lágrimas.

Me sentí aislado, solo, profundamente solo, entre la muchedumbre de los grandes centros. Me sentí más triste entre las gentes que gozaban y reían. He sufrido sacudidas nerviosas, estremecimientos glaciales, cuando la presencia de objetos y espectáculos nuevos me producían impresiones y me sugerían juicios, y sentía la necesidad de comunicarlos... de comunicártelos á tí, mi bella confidente de otros días... y echaba entonces de ver mi soledad, y recordaba tu muerte, y pensaba que mi alma no sería ya, en adelante, más que un instrumento mudo, sin percusión ni eco. Creía entonces que no existe ya quién sufra mis penas, quién goce mis dichas, quién reciba y comente mis impresiones, quién rectifique mis juicios, quién escuche mis quejas y me devuelva sus consuelos, quién sostenga mis fuerzas vacilantes en esta varia é incesante lucha de la existencia... y aun, en mis días postremos, y después de ellos, quién sienta mi mal y lllore mi muerte. Recordaba cuántas veces, en otro tiempo, he ambicionado el dolor, sólo por gozar del consuelo del tuyo, de obtener tus

ternezas, de apoyarme en tu fuerza, que ha sido inagotable para mí.

¡Exageraciones de mi dolor, falsos mirajes forjados por mi estado de ánimo sin duda! ¿Es tan grande mi soledad? No: vive aún mi madre, me quedan mis hijos, prendas vivientes de tu amor; existen otros seres que me quieren... y vives tú, mi bien, vive tu espíritu, vive tu recuerdo, que me acompaña, me alienta y me consuela.

He vuelto á mi casa, y la compañía de mis hijos, que hablan de tí á cada momento, la presencia de los objetos que fueron testigos de nuestra dicha, de tus muebles, de tus vestidos, de cosas tantas que han sido consagradas por el contacto tuyo; el trato de los seres á quienes amaste y que te han querido y respetado, este aire, esta luz, este horizonte, la vista de los parajes por donde hemos paseado juntos, todo esto ha devuelto relativa calma á mi espíritu, y relativo consuelo á mi corazón, y á mi mente la creencia, muchas veces, de que tú no has muerto, de que tú existes...

Estoy en tu presencia, vivo de lleno en tu compañía, todo me habla de tí, y todo, en mi derredor, me envía tu imagen adorada. Mi hogar es un templo consagrado á tu memoria; mis hijos repiten tu nombre como una oración cotidiana, y el sepulcro no es más que un accidente doloroso, cuyo recuerdo sólo sirve para hacernos llorar, y para avivar nuestro amor y nuestra veneración hacia tí!

Guardo la visión de tu agonía, que llevo, como un castigo, en mi memoria; el contacto de tu tibia faz sobre mis labios, cuando quise calentarla con mis besos contra el frío de la muerte que la invadía; y el dejo amargo del sudor que inundaba tu frente en la hora postrera, como un cáliz de pasión inagotable; y deposito, ante tu imagen, la ofrenda de mis lágrimas, de mi gratitud y de mi eterno amor.

MANUEL A. BARES.

Mercedes, Mayo de 1894.



EL MEJOR RIVAL

Á MI BUEN AMIGO EL DR. D. MANUEL J. VILA NOGUEIRA

—Verá usted... pero primero
diré quién soy: Gil Meneses;
edad: veinte años... y meses;
estado civil: soltero.
Pues verá usted, don...

—Mauricio.

—Hace poco ví en la calle
una chica con un talle
que me ha sacado de quicio.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Por qué se pica?

—Porque quisiera saber
qué diablos tengo que ver
con el talle de esa chica.
¡Pues el mocito es audaz!

—¿No ve usted?...

—¡Ya me encocora!

lo que no veo... es la hora
de que me deje usted en paz.

—¡Imposible! no me iré
sin que oiga usted mis lamentos.

—No me venga á mí con cuentos,
pues no le conozco á usted.

—Pero conoce, y no poco,

á la chica encantadora
que desde hace un cuarto de hora
me tiene de amores loco.

—¿Que conozco á la doncella
que le quita á usted el juicio?

—Sí, señor.

—Pues no malicio
quién diantres pueda ser ella.

¿Y es linda?

—Tan seductora...

—Siga usted, que estoy en vilo.

—Como la Venus de Milo.

—No conozco á esa señora.

—Aquí ha entrado hace un instante
y negarlo es excusado.

—¡No diga usted!

—¡Ya me enfado!

¿tengo cara de farsante?

—Pues me pone usted intranquilo;
como la lleguen á ver,

¡qué pensará mi mujer...

y qué dirá el señor Milo!

—¿Milo? ¡cómo! ¿usted ignora
que murió?...

—¡Por vida mía!

no, señor; no lo sabía;

¿conque es viuda esa señora?

—¿Qué señora?

—La que há poco

entró, si habla usted de veras.

—¡Pero, hombre! ¡qué entendederas
tiene usted! ¿está usted loco?

Yo creo que me explique.

—Yo creo que no se explica.

—Quien ha entrado aquí es la chica...
¿se entera por fin usted?

—¿Dice usted que entró en mi casa?

¡cómo! ¿luego es mi hija Aurora
esa niña encantadora

por quien su pecho se abrasa?

—Cómo se llama no sé,

pero si su nombre ignoro,

en cambio sé que la adoro.

—¡Pues no se la doy á usted!

—¿Por qué? mi pasión no es vana
ni malas mis intenciones.

—Entre otras muchas razones,

porque no me da la gana.
—¿Qué importa? la amo rendido,
y aunque de osado me tache,
he de luchar...

—Tarde *piache*:
le he buscado ya marido.
—¡Vaya! algún chisgarabís...
—Está usted equivocado;
es un chico aprovechado
que estudia há tiempo en París.
—¿Y ella le ama? ¡oh suerte cruel!
—Le ha de querer, con el roce...
ni el muchacho la conoce
ni ella le conoce á él.
—¿Y á casarse se acomoda
su hija de usted?

—¿Por qué no?
el padre del chico y yo
concertamos esta boda,
y como el novio es muy rico
y muy virtuoso, se explica
que no se niegue la chica
á casarse con el chico.
—Apuesto á que es como un coco
de feo.

—Nunca le ví.
—¿Es posible?
—Conoci
á su padre hace muy poco;
mas como es hombre de pro
y la unión me satisface,
al hablarme de ese enlace
no supe decir que no.
—¿Y no le mostró el retrato
del muchacho?

—No lo tiene,
pero el chico hoy mismo viene
y de ver hoy mismo trato
sin falta, el original...
—¡Eso será, caballero,
si á impulsos de mi odio fiero
no destruyo á mi rival!
—Pues yo no veo el motivo
ni sé por qué se acalora...
—¡Me quita el amor de Aurora
y sin Aurora no vivo!
—¡Qué diablos le ha de quitar,

si huye de toda mujer
 y llega aquí sin saber
 que le queremos casar!
 Nunca en amorosa liza
 de romper probó una lanza;
 se le habla de amor, en chanza,
 y el pobre se ruboriza.
 Su alma virginal y pura
 no sabe lo que es pecado...
 ¡hombre! ¡si estaba empeñado
 en estudiar para cura!
 —¿Para cura? ¡qué escuché!
 y el chico... ¿cómo se llama?
 —Luis de Gama.

—¡Luis de Gama!

—¿Qué diablos le pasa á usted?
 ¿Le conoce?

—¿Yo?... sí tal
 é inútil la lucha fuera
 aunque es Aurora hechicera,
 se la cedo á mi rival.
 —¿Es posible?

—¡Cómo no,
 si mi nombre era supuesto,
 y ese chico tan honesto
 y tan tímido... soy yo!

CASIMIRO PRIETO.



NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Nicanor Bolet Peraza

EMINENTE ESCRITOR VENEZOLANO

UN FALSO ATAQUE

Monseñor Salavarreta era un prelado modelo. En sus mocedades lo fué también, pero en otro sentido: en el de la hermosura y bizarría; y á los cincuenta y cinco años conservaba aún rasgos de aquella byroniana belleza que un día, sin que sus numerosas admiradoras pudiesen explicárselo, corrió á marchitarse en la práctica de la penitencia bajo los pliegues de fúnebre sotana. Aseguran que su parecido con el Apolo de Belvedere, más que su piedad y talento, le ganó la mitra en Roma; porque afortunadamente su contendor acertó á ser un viejo sacerdote, muy sabio, muy piadoso, muy bueno, pero muy feo; y tan feo, que á Su Santidad, con sólo ver su fotografía, dicen que le retentó cierto mal dispéptico, del cual se estaba ya restableciendo.

No tuvo, sin embargo, el Santo Padre motivos para arrepentirse de la elección, que así, á ojo de buen cubero, hizo en la gallarda persona del señor Salavarreta. El buen mozo mitrado fué ejemplar por su virtud y discreción; cosa bien difícil, por cierto, pues, como era natural, hermoñado aún más con el esplendor de las vestiduras episcopales, coronada su escultórica cabeza con la mística torre de rica pedrería, ornado su correcto busto con los finísimos encajes, engalanada su marfilina mano con la vistosa esmeralda y llena toda su gentil persona del prestigio de su elevada posición, hízose el ídolo de las ovejas de su grey; y las había entre ellas de tan precioso vellón, que cualquiera otro que no hubiese tenido la fortaleza de aquel prudente Pastor hubiera dado al diablo una astilla de su alma por tal de poder jugar un tantico al lobo en el tentador rebaño.

Pero monseñor Salavarreta tenía al diablo cogido por una oreja, y á cada pecaminoso consejo que el muy ladino le sugería, retorcíasele duro, hasta hacerle dar satánicos chillidos.

Por una parte los años, enemigos jurados de la bella

escultura corporal, y por otra la vida palaciega con su paz y sus regalos, comenzaban á añadir á las apolíneas formas de Monseñor ciertas importunas y pleonásticas redondeces que mucho le alarmaban, no tanto por lo que de pesado y poco elegante tiene la obesidad, como porque tal extravasamiento de los humores predispone á los ataques de apoplejía fulminante, de esos que no dan tiempo para alcanzar ningún socorro espiritual.

Pero aquí de la grande energía que el santo varón poseía para dominar los instintos perniciosos de la carne. Resuelto á atajar aquellos desbordes de la suya, tasóse en las comidas, relegó á sus jóvenes familiares el goce de las golosinas que de todas partes le regalaban; extremó en frugalidad las meriendas; sustituyó con puro licor de la fuente á los jugos de las parras, é hizo propósito firmísimo de no asistir á convites ni á festejos que pudiesen rematar en comilonas.

Había, sin embargo, obsequios á que no era posible faltar; por ejemplo, la fiesta del jubileo sacerdotal del venerable señor Deán, cuyo espléndido programa se componía de una misa mayor solemnísimá y luego un *lunch*, todavía más solemne, en la casa del señor Deán, al cual debían de concurrir todas las dignidades metropolitanas, el alto y bajo clero, y por supuesto, el señor Gobernador y demás funcionarios del orden político y judicial, con sus respectivas señoras.

Cogido Monseñor por la tiranía de la etiqueta, hubo de aceptar la invitación; pero hízolo con el decidido propósito de contenerse, eso sí, en los límites de la más rigurosa parvidad.

Como señal de honor tocó á Su Señoría Ilustrísima por vecina en la mesa, la señora del Gobernador, que era una dama de mucha distinción, famosa en sus buenos tiempos por su gran belleza, la cual defendía ella á brazo partido contra la ruinosa acción de los años, mediante habilísimos calafateos y milagrosos barnices.

— Que un muslito de este rico pollo, Monseñor;— que esta alita tierna de perdiz;— que un trocito, nada más que un trocito de este salmón que parece una rosa;— que estos pícaros pastelillos no se han de ir sin que Su Señoría les pruebe;—

que ahora una lagrimita de Jerez para asentar;—que luego un dedito de Chambertin;—que una espumita de Champagne; el caso es que la amable Gobernadora hizo salir de sus casillas al parco obispo, quien de conversador y afable que estaba, tornóse de repente en taciturno y como afligido, dejando caer los brazos debajo de la mesa, en actitud de ponderoso desaliento.

¡Y cosa rara! Mientras más silencioso se mostraba su ilustre vecino, más jovial, más risueña, más insinuante se iba haciendo la bella Gobernadora, cuyos naturales rubores, por no poder atravesar los artificiales de su rostro, se agolpaban á sus orejillas preciosas, tiñéndolas en vivísimo carmín, así como de sus ojos brotaban chispitas luminosas á modo de relámpagos producidos por alguna batería eléctrica que ocultase dentro de sí.

De improviso el mustio prelado exhaló hondísimo suspiro, que la Gobernadora creyó deber empatar con otro suyo, también muy profundo, diciendo:

—Diera algo por saber hasta dónde habrá de ir ese suspiro vuestro, Monseñor.

—¿Hasta dónde, hija mía? ¡Hasta la eternidad! respondió palideciendo el obispo.

—No creí que fuera tan lejos... recalcó visiblemente contrariada la dama.

—Me siento mal, muy mal, repuso el ilustrísimo señor Salavarreta, con otro fúnebre suspiro. Esto se acabó, hija. ¡De seguro que soy hombre muerto!

—Hay muertes que son vida, tartamudeó la Gobernadora bajando los ojos y llevándose la mano á una de sus orejas, que ya le escocía de puro arrebolada por el fuego del pudor.

Su Ilustrísima, sumido siempre en su tristeza, respondió al punto:

—Esa es la pura verdad. La vida verdadera no está, hija, en este mundo. Pero morir súbitamente, ó ir cayendo en la tumba poco á poco, sin voz, sin movimiento, sin razón, arrastrado en un sillón de paralítico, idiota é inerte, eso es atroz.

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir? Yo había creído que vuestras palabras...

Y la dama perdió de súbito todo el carmín que había encendido sus bellas orejas, quedando los diamantinos goterones de sus aretes como engarzados en dos pálidos jazmines, en vez de colgar de dos rosas de Alejandría.

—Es, hija, que en el pecado está la penitencia, respondió ya casi hundido el obispo.

—¿Y llamáis á *eso* pecado? Por bien poco se alarma vuestra conciencia, dijo con amargura la Gobernadora.

—Pecado, sí, y mortal, hija, es la gula. He caído hoy en él, comiendo demasiado; he bebido también más de lo que debiera, y me ha sobrevenido un feroz ataque de parálisis. No os quede la menor duda. No tardará en manifestarse la apoplejía. Os repito que soy hombre muerto.

—¡Virgen Santísima! exclamó con espanto la señora. ¿Os sentís realmente enfermo? Llamaremos un médico...

—Nada de alarmar á los convidados. Esto no tiene remedio. Habéis de saber, amiga mía, que desde hace un cuarto de hora en que advertí que me habíais hecho comer y beber más de lo que acostumbro, me dí á pellizcarme fuertemente mi pierna derecha, que es donde se prueba mejor la sensibilidad en los casos de parálisis, y os aseguro que no he experimentado la más mínima sensación. La pierna la tengo del todo muerta. Es uno de esos ataques terribles, de los que nadie escapa.

A esta inesperada declaración, la pobre señora, lejos de manifestar sobresalto, dijo, bajando la voz y como luchando con su amor propio ofendido:

—Podéis tranquilizaros. La pierna que Su Señoría Ilustrísima ha estado pellizcando ha sido la de esta su humilde servidora.

Y hecha un basilisco la Gobernadora, le volvió irreverentemente la espalda á Su Reverencia.

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York, 1894.



SONETOS ¹

SOMBRAS Y LUZ

*Sollozando á lo lejos el Pasado,
cubierto de amarguras el Presente,
cual esfinge fatal, se alzaba al frente
el Futuro de brumas circundado:*

Ante el grande misterio anonadado,
quedó en silencio el corazón doliente;
cuando sonó en los cielos de repente
el instante por Dios aparejado:

Rasgándose los velos de la niebla,
surgió en el fondo incógnita hermosura,
sublime encarnación de la esperanza;

¡y entre el himno de amor que el Orbe puebla
divisa el alma edenes de ventura,
en radiosa infinita lontananza!...



A LASTENIA

Cuenta la tradición que, cierto día,
con sus sublimes éxtasis un Santo,
de un ave peregrina oyendo el canto,
se quedó embebecido en su armonía...

Y cuando al mundo y lo real volvía
desde el abismo de su dulce encanto,
observó con asombro que entretanto
un siglo entero transcurrido había!—

¡Diez años ya, mi bien, desde la hora
que nos unió con firmes eslabones!
y absorta mi alma, como ayer, te adora;

y el ave de celestes ilusiones,
entre los rayos de una eterna aurora
canta en nuestros amantes corazones!

1891.

LA MONTAÑA DE MI VIDA

En dos mitades la existencia el Hado
para mí dividió, desde la Altura:
una de infando duelo y amargura,
otra de inmenso bien nunca soñado:

Como dantesco Círculo, un Pasado
de horror henchido y de tiniebla oscura,

por un Presente de inmortal ventura,
cual por fulgente zona, coronado:—



Yo mi vida contemplo en mis visiones
como fragosa colosal montaña
cuya planta, que azotan aquilones,
del Tártaro se pierde en las cavernas,
mientras su cumbre en el fulgor se baña
de las azules bóvedas eternas!

ELLA Y YO

I

La gruta abandonando de zafiro
y estampando su breve pie en la arena,
de nuestras playas la gentil Sirena
sobre las ondas reclinarsse miro;

Cantando nada, en vagabundo giro,
con gracia que cautiva y enajena;
y se hunde al fin bajo la mar serena,
arrancando á los orbes un suspiro...

Surge risueña, en concha nacarina,
mostrando al mundo perla refulgente;
y, dudosa, la Tierra no adivina

cuál de ellas brilla con mejor oriente:
la perla de su ingenio peregrina,
ó la de su sonrisa y de su frente!



II

Lejos del mundo y de la luz radiante,
minero obscuro, mi cabeza escondo
del seno de Cibeles en el fondo,
entre sombras, incierto y palpitante ;

Allí, con el martillo resonante
los subterráneos ásperos ahondo ;
y el oro encuentro reluciente y blondo,
ó, informe aún, el vívido diamante ;

Luego, en mi estancia solitaria y quieta,
de áureo joyel cincelo los primores,
ó pulo del diamante la faceta...

Y en premio de mis ímprobos labores,
bañan tal vez mi frente de poeta
de la Gloria fugaces resplandores!

NUMA P. LLONA.



VIÑETAS

VISIONES DE BOEKLIN

I.—LA ISLA DE LA MUERTE

PARA SÍVORI, ARTISTA

¿En qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas, los negros cipreses mortuorios que semejan, agrupados y silenciosos, monjes-fantasma.

Cavadas en las volcánicas rocas mordidas y rajadas por el tiempo, se ven, á modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas, en donde, bajo el misterioso, taciturno cielo, duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mudo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¿Qué pálida princesa difunta es conducida á la

isla de la Muerte? ¿Qué Elena, qué Olivia, qué adorable Yolanda? ¡Canto suave, en tono menor, canto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve... Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura es donde verás quizá brotar, pobre soñador, de la obscura larva las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne, ¡oh Boeklin! va la reina Betsabé, pálida. Va también con un manto de duelo, la esposa de Mauseolo, que pone cenizas en el vino. Va Hécuba, y, ¡horrible trance! va silenciosa, mordiendo su aullido, clavando sus dedos en los dolorosos, maternales pechos! Va Venus, sobre su concha tirada por las blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias porfirógenitas que amaron el Amor al mismo tiempo que la Muerte. Va, en un eskuife divino, con un arcángel por timonel, la Virgen María, herido el pecho por los siete puñales!

II.—IDILIO MARINO

PARA LEOPOLDO DÍAZ

Más allá de las solitarias islas en donde descansan los pájaros viajeros, en el reino en que Leviatán domina, sobre una roca está entronizada la Vencedora, en la irresistible omnipotencia de su desnudez.

En su blanca piel está la sal, el perfume marino de Anadiomena, y la serpiente de las olas hace ver una vez más, amorosa y humillada, el soberano triunfo del encanto femenino: Europa sobre el lomo del toro, la Bella y la Fiera, la mundana del pintor moderno que, desnuda, corta las uñas al león. Un tritón velludo y escamoso hace cantar su ronco caracol, en tanto que el monstruo recibe una caricia de la tentadora, de la Mujer, que bajo el inmenso cielo ofrece su fatal hermosura en el abandono de un supremo impudor.



III.—SIRENAS Y TRITONES

PARA SCHIAFFINO, ARTISTA

Con más sonoridad que el ruido del caracol suena la risa del tritón, que muestra su cabeza de sileno oceánico ceñida con hojas de las desconocidas viñas que crecen en los campos submarinos, y rosas de una flora extraña é ignorada, cortadas entre líquenes y flotantes medusas. Tras él se infla una faz batraciana, boca redonda y carnuda, ojos saltones. Se ven danzar las ondas. En el seno de una se hunde, con un salto natatorio, una ninfa de opulentos muslos, que tiene aletas en los talones. Más allá otra erige sus pechos y su cabeza coronada de algas. Con asombro jocoso, viene un Sancho centauro acuático, braceando; la grupa está sobre la ola, y la espuma le forma un cerco hirviente y blanco, por la redondez de la barriga, en la cual muestra su honda mancha, como la señal de un golpe de espátula, el ombligo. En primer término, en la transparencia del agua, una sirena extiende su bifurcada y curva cola de pescado, negro y plata; á flor de espuma tiembla la doble rotundidad en que termina el talle. La faz medrosa mira hacia un punto en que algo se divisa, y

casi no atiende la hembra al tritón fáunico que la atrae invitándola á una cita sexual, tal como en la tierra, al amor del gran bosque, lo haría Pan con Siringa.

IV.—DÍA DE PRIMAVERA

PARA MADEMOISELLE...

— Cerca del blanco tronco de la haya, estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procuraría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino los más acariciadores sonidos.

— Sí, dice ella,—mas esa villa italiana ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda con su tenue tinta de melancolía todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las linfas, parece la encarnación de un triste pasado. Los mismos niños que juegan cerca de la «villa,» no alcanzan á hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

— Nuestra alma á veces contagia con sus males el alma de las cosas.

V.—LOS PESCADORES DE SIRENAS

PARA CASIMIRO PRIETO

Péscame una, oh egipán pescador, que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes á orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos como

debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas; cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises; cuyos senos marmóreos culminen, florecidos de rosa, y cuyos brazos, como dos albos y divinos pitones, me aten para llevarme á un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perla, de coral y de concha de nácar.

Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempe ó Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica extrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Éste saca la red y no parece muy satisfecho de su pesca. De la red, de los cabellos de la sirena, chorrea el agua formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas, se extiende, al beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del Sol.

RUBÉN DARÍO.

Julio de 1894.



LA DOLORES ¹

ACTO SEGUNDO.— ESCENA IX

- DOLORES. No canta.
 MELCHOR. Déjame.
 DOLORES. No.
 JUSTO. ¡Dolores!
 MELCHOR. (Después de bregar por que Dolores suelte la guitarra).
 ¡Rompió las cuerdas!
 (Mostrando efectivamente rotas algunas de ellas)
- DOLORES. Dámelas las que están rotas,
 que me está faltando un nudo
 para echártelo á la boca.
- MELCHOR ROJAS. Dolores...
 ¡Si iba á ser música,
 niña! ¿Por qué te sofocas?
 Eso. ¡Si iba á festejarte!
- MELCHOR. Mas no lo paga mi bolsa.
 PATRICIO. (A Dolores).
 DOLORES. Tuyos han de ser festejos
 (A Melchor).
 que ponen la cara roja.
 Tienes modo socorrido
 de hacer brava tu persona.
 Murmuras cuando suplicas,
 y cantas cuando deshonoras.
 ¿Viénesme á retar, valiente?
- MELCHOR. A probar que no me domas.
 Cállate tú, y yo me callo.
- DOLORES. Ya sabes que no me importa
 lo que hables ni lo que grites,
 ni tus veras ni tus bromas.
 ¿Contaste una vez mi afrenta?
 ¡Cuéntala mil, en buen hora!
 ¡Si la digo yo á la llana
 mucho mejor que tú en coplas!
 ¡Si me place que se sepa,
 porque mi historia es tu historia,
 y así se explica la gente
 por qué tengo el alma loca

¹ Nuestro distinguido colaborador, el notable literato español don José Felfu y Codina, nos ha honrado con un fragmento de su tan celebrado drama *La Dolores*, que creemos leerán con placer los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO.

de rencores que te siguen
sin dejarte paz ni gloria!
Mas lo que clamo en justicia,
no lo has de cantar tú en mofa;
ni á la puerta de mi casa
quiero ver que me sonrojas.
Véte fuera, véte lejos,
y allí suelta y desahoga
tu jactancia, pues no hay uno
que te ate la lengua corta,
de esa ristra de galanes
que me quieren y me adoran.

ROJAS.

Con usted va esa, compare.

(A Patricio).

PATRICIO.

Con usted.

ROJAS.

Yo soy de tropa.

MELCHOR.

Eso quisiera.

(A Dolores).

DOLORES.

Eso finges.

Harto sabes que estoy sola,
y que si tuve esperanzas
ya las voy viendo engañosas.
Pero, atiende. Aunque la fuerza
de una mujer es tan poca,
yo te juro que si vuelves,
á tal extremo te ponga,
que añadas á tus hazañas
la proeza vergonzosa
de haber bajado la frente,
temeroso de mi cólera,
ó haber alzado la mano
contra una mujer. De todas
maneras, he de apurarte
que de tí mismo te corras,
y te desprecien los mozos,
y te rechiflen las mozas,
y andes tú también en lenguas
y te canten una copla.

(Se aparta del grupo y se deja caer en un banco de la izquierda. Pausa).

MELCHOR.

¿Veis qué mujer?...

JUSTO.

Te ha clavado.

MELCHOR.

Me la comiera yo ahora.

(Bajo á Justo).

¡Pero tiene esa soberbia!...

Por altiva y rencorosa
se ha perdido y me ha perdido.
Compañero, Dios te coja
confesado.

ROJAS.

MELCHOR.

No haya miedo.

¡Si esto no es más que parola!

Celos son, porque me quiere
y el despecho la devora.
¿A qué me llego y le digo
dos ternezas, y las toma,
y hablo con ella esta noche,
si quiero?

ROJAS. No te compongas.

MELCHOR. ¿Se apuesta?

ROJAS. Lo que se beba
yendo esta noche de ronda.

PATRICIO. Mucho se presume, amigo.

MELCHOR. Dejarme con ella á solas.

PATRICIO. ¡Eal á la mesa, muchachos.

JUSTO. Allá vamos. (Vase con los mozos por la izquierda).

PATRICIO. (A Rojas). Me la arrolla.

(Salen fuera del portal desde donde observan).

MELCHOR. (Tú me has puesto á mí en berlina,
yo te pondré en la picota.

Me han de ver pasar tu puerta,
ó reniego de mi sombra).

(Llégase á Dolores con aire hipócrita).

Dolores...

(Ésta se levanta vivamente en actitud de marcharse).

¡Oyel... que quiero
que hablemos en buena forma.
Mira... al cabo te he querido
mucho, y yo no sé qué cosa
me duele aquí, cuando escucho
tus palabras agresoras.

No te engaño, Dolorcicas.

DOLORES. Cierto; aunque te lo propongas.

MELCHOR. Que hemos de vernos despacio,
para que tú me conozcas.

DOLORES. No hace falta.

MELCHOR. Hoy á las diez

iré con mano medrosa
á empujar tu puerta... Atiende.

Si ella cede y no eres sorda,
yo te juro, Dolorcicas,

que he de ver que me perdonas.

¡Tú, á mi puerta!

DOLORES.

MELCHOR. Yo á tu puerta.

Es necesario que me oigas,
que al cabo... ya ves... de todos
los que te cercan y rondan,
soy yo el único á quien pesa
verte que en balde pregonas

- tus afanes.
- DOLORES. No despiertes
esperanzas tentadoras.
- MELCHOR. ¿No te causa la reyerta?
- DOLORES. Por eso, porque me postra
la lucha, y tú lo conoces,
pienso que han de ser traidoras
esas palabras que vuelven
tus injurias en lisonjas.
- MELCHOR. Por mi salud, que no es eso.
- DOLORES. Mira, que me siento pronta,
Melchor, á creerte, siquiera
por ver si al cabo reposa
mi corazón, que no clama
tanto como sufre y llora.
- MELCHOR. Pues de eso, á quien te suplica,
verás que algo se le importa.
- DOLORES. ¿No me mientes?
- MELCHOR. No te miento.
- DOLORES. ¡Melchor!...
- MELCHOR. ¡Si eres una bobal...
- DOLORES. ¡Si de toda nuestra guerra
tuya es la culpa, rabiosa!
- MELCHOR. ¿Dices verdad?
- DOLORES. Te la digo.
- MELCHOR. ¡Anda, boquita de alcorzal
Vé á las diez.
- DOLORES. Estaré en punto,
y hablaremos... de mi boda.
- MELCHOR. Conque, fierica, hasta luego. (Se dan la mano).
(Yo te cantaré la copla). (Se dirige hacia el portal).
(Saliendo al paso con Patricio).
- ROJAS. ¿Quién paga?
- MELCHOR. Gano la apuesta.
- PATRICIO. ¿Qué dice?
- MELCHOR. A las diez.
- ROJAS. Muy gorda
la sueltas.
- MELCHOR. Vengan á verlo.
- ROJAS. Pero ¡á ver!... ¿Se ha vuelto tonta?
(Vase detrás de Melchor).
- JOSÉ FELIÚ Y CODINA.

NUESTROS COLABORADORES



D. Fernando López Benedito

DISTINGUIDO POETA ESPAÑOL

NOTA

Ved á la ola que estalla
 contra la insalvable valla
 del peñón en donde choca,
 cómo más ruge y batalla
 cuanto más firme es la roça.

Vedla su furor calmar
 sobre la playa de arena
 donde se duerme al llegar;
 besarla y volver serena
 á sumergirse en el mar...

Es la ola la pasión
 popular que no desmaya
 en su sed de redención:
 la tiranía el peñón
 y la libertad la playa.

F. LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1894.



FERIA DE VALENCIA

LOS JUEGOS FLORALES

Es helénico el cuadro. Praxiteles,
 el poeta del mármol, y Lorena,
 el pintor de la luz, ante la escena
 depusieran, vencidos, sus laureles.

Cual en relieve antiguo los tropeles
 van de ninfas con cuerpos de azucena,
 el valenciano estrado adorna y llena
 plantel de diosas que asombrara á Apeles.

Bajo dosel de púrpura y de oro
 la reina de la fiesta está sentada
 oyendo el verso en lemosín sonoro.

Y al acabar la estrofa cincelada,
 gallarda ríe entre atronante coro
 y Grecia triunfa en su gentil mirada.

SALVADOR RUEDA.

ES EL SEÑOR POETA...

Á MAXIMILIANO GRILLO

—¡Buenos días, señor poeta! ¡Buenos días, cantor de los pájaros, las flores y las mariposas; buen cura de almas que conciertas las bodas ideales! ¡Bien venido!

Así saludaba un mirlo desde lo alto de un árbol floreciente á un poeta que por la ancha avenida enarenada llegaba al jardín.

—¡Buenos días, poeta! Muy bue...

Y las violetas y las miosotis y las clemátides y las gardenias esponjaron al sol sus corolas, saludando al recién llegado. Tras la tupida enramada brotaba la risa de los picos. ¡Pst! Sabed. Es risa loca é incontenible que brota á plena garganta.

Bajo la hierba fina alguien, quizá un grillo, dijo:

—¿Es el señor poeta?

—Es un buen hombre, dijo el ruiseñor.

—¡Y hace versos tan lindos! repuso el mirlo.

Y una oropéndola, rica avecilla de plumaje dorado que sabe estrofas de Mistral, y por la noche, bajo la bóveda negra llena de luz de plata, canta posada junto á los gajos de uvas que destilan miel, su divina cantinela, dijo:

—¡Uff! ¡El poeta es un vanidoso! Cree poseer la música gloriosa, y con esto se considera superior á todos. ¿No hay entre nosotros poetas? ¿No es el ruiseñor celeste rimador? ¿Sabéis? En mi Provenza dorada, entre el ritmo crujiente de la cigarra y el soplo cálido del mistral, impera la música del ruiseñor. ¡Pobrecillas! ¡Vosotras no sabéis nada! Yo he leído al maestro Daudet, *monsieur Alphonse*, mi viejo paisano de Arlés, que ha vivido en su molino en el valle del Ródano; he saboreado anchamente el asonante extraño y lleno de ardor de sol del felibre Mistral. ¡Sois unas pobrecillas! Pero... ¿qué

digo? ¿Hablo mal del poeta?... Y sin embargo, Florián, Aubanel, Roumanille, poetas hombres que gastan largos levitones de paño, me han cantado en su verso floreal... ¡Soy una ingrata!...

Y tras el discurso de la oropéndola, una golondrina, que posada en la barandilla de una glorieta se alisaba con el pico el ala gris, dijo:

—Yo he visto en África al rawi durante una noche toda llena de luz de luna. Era un hermoso moro de ojos negros y cabello ensortijado que al pie de la ventana de una mujer y al compás de su guzla cantaba su kasida lentamente... Quiero mucho á los poetas, porque me recuerdan mi país de verano...

Y todas las aves del concurso, la golondrina, el ruiseñor, el mirlo y la oropéndola se pusieron á ver con ojo travieso al poeta que cortaba violetas y veía como un bobo á las mariposas beber la miel virgen en las corolas entreabiertas...

ARTURO A. AMBROGI.

San Salvador, 1894.

MIGNONET

Tus ojos verdes como inquietas ondas,
bajo el festón que las pestañas crean,
húmedas esmeraldas, centellean
y ansias revelan y pasiones hondas.

El oro puro de tus trenzas blondas
donde los rizos trémulos ondean;
tu frente en que los sueños aletean
impetuosos, por más que los escondas;

revelan á la rubia soñadora,
á la belleza mística y pagana
que lo ideal y lo plástico atesora:
símbolo fiel de la piedad cristiana
que en la plegaria se consume, ó Diana
en el carro de rosas de la aurora.

VICENTE ACOSTA.

La Sirena

CUENTO SANO, POR APELES MESTRES



El príncipe Gallardo pasea sus ensueños amorosos por la orilla del lago.



Del cual surge de repente la Sirena, su moradora, que después de darle los buenos días de una manera muy... muy...



Le ofrece su corazón y sus tesoros, á cambio de su amor.



El príncipe, repuesto de su natural sorpresa, le exige que le muestre los susodichos tesoros antes de comprometerse.



Aprovechando el chapuzón de la Sirena, el príncipe recuerda que «en las lides de amor, el que huye es el que vence.»



La práctica de tan sabio principio trueca las dulces y seductoras palabras de la Sirena, en una tempestad de improperios.

MORALEJA: ¡Ahí te las den todas, hijo!

EL BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
 ¿Qué cosa más pura que místico cirio?
 ¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
 ¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
 ¿Qué cosa más santa que el ara divina
 de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla,
 con túnica blanca tejida de niebla
 se envuelve á lo lejos feudal torreón;
 erguida en el huerto la trémula acacia
 al soplo del viento sacude con gracia
 su níveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?
 La torre muy blanca domina la aldea;
 las tiernas ovejas triscando se van;
 de cisnes intactos el lago se llena;
 columpia su copa la enhiesta azucena
 y su ánfora inmensa levanta el volcán.
 Entremos al templo: la hostia fulgura;
 de nieve parecen las canas del cura,
 vestido con alba de lino sutil;
 cien niñas hermosas ocupan las bancas
 y todas vestidas con túnicas blancas
 en ramos ofrecen las flores de Abril.
 Subamos al coro: la virgen propicia
 escucha los rezos de casta novicia
 y el cristo de mármol espira en la cruz:
 sin mancha se yerguen las velas de cera;
 de encaje es la tenue cortina ligera
 que ya transparente del alba la luz.
 Bajemos al campo: tumulto de plumas
 parece el arroyo de blancas espumas,
 que quiere cantando correr y saltar;
 su airosa mantilla de fresca neblina
 terció la montaña; la vela latina
 de barca ligera se pierde en la mar.
 Ya salta del lecho la joven hermosa,
 y el agua refresca sus hombros de diosa,
 sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
 cantando y risueña se cifie la enagua,
 y trémulas brillan las gotas de agua
 en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
 que esparces doquiera tu casta hermosura!
 ¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
 ¡Tú estás en la estatua de eterna belleza;
 de tu hálito blanco nació la pureza,
 al ángel das alas, sudario al mortal!
 ¡Tú cubres al niño que llega á la vida,
 coronas las sienas de fiel prometida,
 al paje revistes de rico tisú!
 ¡Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
 ¡Qué blanca es, oh madres, la cuna del niño!
 ¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!
 En sueño de amores ufano contemplo
 alzarse muy blancas las torres de un templo,
 y oculto entre lirios abrirse un hogar;
 y el velo de novia prenderse á tu frente,
 cual nube de gasa que cae lentamente
 y viene en tus hombros su encaje á posar.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.

✱

CITEREA

A ALIRIO DÍAZ GUERRA

Es la era de los besos estivales,
 es la hora en que se duermen las falenas
 y surgen los tritones y sirenas
 de sus grutas de nácar y corales.

Mirrino olor de pomas edenales
 vierten las frondas de murmullos llenas,
 y en su albura ideal las azucenas
 recuerdan los ensueños virginales.

Crece la luz. Sus túrgidas espumas
 destrenza el mar en rósea lontananza
 cual perlas de miríficas Golcondas.

Rásganse los cendales de las brumas,
 y, como del dolor nueva esperanza,
 emerge Venus de las glaucas ondas.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).

LOS MATABELES



—No vuelvas sin que extermines
 á los matabeles crueles...
 —Esposa, no desatines.
 —¡Un pueblo de *mata-abeles*,
 es un pueblo de Cañes!

AUTOLATRÍA

—¡Qué perfecto me crió!
 ¡Cuántos primores encuentro!...
 —¿Qué observas? díjele yo,
 y el fatuo me respondió:
 —Me estoy mirando por dentro.

Cada mortal considera,
 Señor Dios mío, y pregona
 tu poder á su manera:
 el sabio lo ve en la Esfera
 y el cándido en su persona.

EL MES DE MIS GLORIAS

Á MI QUERIDO AMIGO DON RAMÓN ESPASA

¡Con qué ilusión aguardaba en mis mocedades el mes de Junio! Principiaban las vacaciones en la escuela; en la huerta las cerezas alegraban los ojos, y los perales, hermosos y lozanos, nos prometían sus sabrosos frutos. Los balcones se convertían en altaritos de flores, medio ocultos por las blancas cortinas. En aquel altar cosían las niñas alegrando con sus cantos la vecindad. San Antonio de Padua, el patrón de los niños y las doncellas, tan pronto como llegaba el día 13 venía á visitarnos. Su traje consistía en un humilde hábito franciscano; en una mano ostentaba un ramo de azucenas y en la otra un libro que encerraba santas verdades, y sobre el libro el niño Jesús, más risueño que los ángeles del cielo. Por el polvo que cubría su remendado hábito y sus sandalias se conocía que había viajado á pie, que venía de muy lejos, que había hecho grandes jornadas para complacer á los niños y á las jóvenes impacientes por su tardanza. Le obsequiábamos con grandes coronas de flores y él nos regalaba ramilletes de dulces que remataban con su santa imagen. Las muchachas del barrio le daban la bienvenida; cepillaban su traje; lavaban su pálido rostro juvenil y besaban sus divinas plantas, cantando el popular responso debido á san Buenaventura que todos los chicos nos sabíamos de memoria. Con todo esto las chicas no se daban por satisfechas. Improvisaban en cada calle capillas con arcos de verdura, blancos manteles y elegantes toldos; alfombraban el suelo de oloroso espliego, y colocaban al santo entre profusión de luces, albahacas, rosas y claveles, velándole con sus galanes y pidiéndole novio aquellas que ya sentían cierto cosquilleo indefinible en el pícaro corazón.

¡Qué alegría si la fiesta del Corpus se celebraba en este bendito mes!... ¡Qué ventura romper la féruia escolástica; recorrer las calles en compañía de los gigantes y cabezudos; estrenar el blanco trajecito de verano y presenciar la salva de mor-

teretes cuando el Sacramento, rodeado de flores, llevado en andas por cuatro sacerdotes, bajo palio, envuelto entre nubes de incienso, desembocaba en la plaza y ante su divina imagen la tropa presentaba las armas, las bandas batían marcha, el abanderado rendía el estandarte y el pueblo se postraba de rodillas.

¡Qué dicha! ¡Qué alborozo, si la octava del Corpus, por un capricho del calendario, se daba la mano con la verbena de San Juan! ¡Ocho días de fiesta continua y después la noche más bella y poética del año! Era la única velada en que gozaba de libertad. Mis padres me concedían permiso para divagar á mis anchas un par de horas, que me parecían dos siglos de ventura.

—¡Qué bueno es san Juan! exclamaba loco de alegría. Gracias á él puedo recorrer las fogatas; presenciar los bailes en las calles y paseos; disparar carretillas y petardos; fumar sin faltar al respeto á los mayores, y frecuentar los cafés, que á la luz del gas me producían un efecto mágico.

San Juan es un bellissimo varón. Es un santo poeta que gusta de los misterios de la noche; que puebla de flores los jardines y los campos; que da serenatas; que reparte la sagrada verbena; que le entusiasman los bailes al aire libre á la luz de las fogatas; que le cautivan la guitarra, la bulliciosa pandereta y los cantos populares, y coloca cendales y enramadas en las rejas de las niñas.

Este hermoso varón, que más que profeta fué ángel, como dice la Escritura, se presenta ante nosotros al agonizar el día 23. Su traje consiste en una piel, se apoya en un báculo y se acompaña de un cordero. Su rostro es grave y lleno de atractivos y con el dedo nos señala el cielo. Parece decirnos: —Amadme mucho y os otorgaré mis dones.

A miles pueden contarse sus devotos. Juan es el nombre más popular en España. Que el pueblo lo tiene en gran estima y que él le corresponde de igual modo, lo prueba que si los mortales le festejan, él no deja de visitarnos todos los años, y durante las veinticuatro horas que gozamos de su compañía las estrellas son más brillantes; la luna más hermosa; los pájaros pasan la noche en vela y cantando; las fieras se esconden; las flores y las plantas encierran mil virtudes; el agua

obra milagros; el rocío conserva la belleza á las jóvenes que se lavan con él; una clara de huevo puesta en un vaso de agua revela el oficio ó la carrera del galán á la moza casadera; el mar se adormece, y los peces se dejan coger entre las redes con gran regocijo de los pescadores.

En aquella época mi erudición era muy limitada. Esa vieja curiosa que se llama historia aún no me había cogido de la mano diciéndome con voz gangosa:—Muchacho, con la verberna los romanos ahuyentaban á los espíritus malignos y con esta hierba purificaban los altares de Júpiter. Esta hierba es el símbolo de la amistad y reunía opuestas voluntades. La fiesta del solsticio de verano se celebraba en todos los pueblos del mundo reverenciando al sol, padre del día, como una divinidad, y se le llamaba fiesta del fuego, y el cristianismo adoptó esta fiesta fijándola en el día de San Juan, aludiendo á la divina luz que anunció á los hombres el precursor del mundo.

Si me hubiese dicho esto la curiosa viejecita le hubiera contestado muy serio:—Respetabilísima señora, está usted en un error. Las fogatas que en esta noche enciende el pueblo nada tienen que ver con la fiesta del fuego; ellas recuerdan una bella tradición. La Virgen María y su prima santa Isabel estaban en cinta. La primera habitaba en una aldea; la otra en lo alto de un cerro. Un día santa Isabel, con mucha fatiga, pues eran muchos sus años, fué á visitar á María. Al despedirse ésta le dijo: ¿Cómo tendré noticia del alumbramiento viviendo como vives en despoblado?—Muy fácilmente.—¿Cómo?—Diré á mi esposo que encienda una fogata delante de la cabaña, y ella será la señal. Llegó el día 24 de Septiembre. Isabel dió á luz á Juan; el viejecito Zacarías con gran contento encendió la fogata, la Virgen la vió y subió á la cabaña á cuidar á su prima y al bello recién nacido.—Añadiendo:—Así me lo contó mi abuela, que de estas cosas sabe mucho más que tú.

Aún resonaba en mis oídos aquella pícara copla:

«Niñas, la alegre verberna
de la noche de San Juan
gozadla buena,
que al fin del año os lo dirán,»

cuando el repique de las campanas y de nuevo la presencia de la tarasca, enanos y gigantones, me anunciaban que san Pedro daba una vuelta á la llave de la puerta del día 29 y se entraba de rondón en nuestra villa por gozar de los encantos de la fiesta mayor.

—¡Bienvenido sea usted! exclamaba inclinándome respetuosamente ante el príncipe de los Apóstoles, pescador y papa, y portero del cielo, que por estar á las órdenes de Dios es un cargo altamente importante y que solamente puede confiarse á personas de reconocida confianza.

No es recibido el santo pescador de Galilea con cohetes y carretillas, con música de vihuelas y bandurrias; no le saludan con coplas los mancebos y ni le obsequian con enramadas las doncellas. El primer papa, del brazo de san Pablo, se da por satisfecho con que se le obsequie con divinos oficios á toda orquesta y que se le pasee en procesión. Como todo varón entrado en años no es amigo de bullicio y de jaleo. Al anochecer da la vuelta á la iglesia y se acuesta con el sol. En este día se celebraba la fiesta clásica en mi familia. Pedro se llamaba mi padre, y la animación y la alegría reinaban en mi casa hasta el amanecer. Con el pan de la fiesta en los labios recibíamos la visita de un calor pegajoso y sofocante; las flores caían heridas por los rayos del sol; los pájaros buscaban la sombra y los hombres el baño. El caso no era para menos. San Marcial, con aire de tal, y con muchos respetos, cedía el puesto á la reina santa Leonor, que decía al mes de Julio:—Amigo, entre usted sin miedo que su antecesor le ha dejado el paso franco.—Y la canícula con sus alientos de fragua nos amenazaba introducirse por la puerta que al salir se había dejado abierta el mes de Junio.

Mucho más podría decirnos respecto á este mes; pero san Pedro se ha llevado las llaves, y lo que más siento es que con ellas se ha quedado con las de las glorias de mi pubertad y alegre juventud.



PELAR LA PAVA

RECUERDO DE ANDALUCÍA

Hora, las diez de la noche;
lugar, una callejuela
apartada y silenciosa
que un farol ilumina apenas;
una ventana que se abre
y deja ver tras las rejas,
entre dos matas de flores
que por las barandas trepan
á guisa de cortinajes,
de una mujer la cabeza.

Afuera un hombre que aguarda
parado en la opuesta acera
y que, cuando abrirse mira
la ventana, á ella se acerca
y — ¡Cuánto has tardado! — dice.
Luego una voz que contesta;
luego un beso, después otro,
y unas manos que se estrechan
y un diálogo que se entabla
en voz cariñosa y queda.

—
Alguien que pasa y que mira
con envidia á la pareja;
otro que una broma dice;
dos más que el caso comentan
y riendo desaparecen;
una tos que se oye cerca...
— ¡Papá! — la dama exclamando
se oculta, el galán se aleja;
viene un hombre, entra á la casa...
y la escena recomienza.

· · · · ·
Una hora larga transcurre;
el coloquio á su fin llega;
canta el sereno las once,
otro beso y otro suenan
y un — Adiós — y un — No me olvides;—
ella la ventana cierra
procurando no hacer ruido,
él abandona la reja
y tras la esquina se pierde
y todo en silencio queda.

· · · · ·
Si esto no es *pelar la pava*
venga alguien que lo desmienta.

J. T. MERA.

—><—
EPIGRAMA

— ¿No reñías con Teodora
cuando llegué?
— ¡No, por Dios!
¡si rezábamos los dos
el rosario!...
— ¿De la Aurora?

TIPOS POPULARES DE AMÉRICA



CHOLA PERUANA

AMOR

Para aliviar á aquellos que destierra
y darles la esperanza y el consuelo,
Dios puso las mujeres en la tierra
y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle y á los bosques bruma,
nieve á los montes y á los soles llama;
y á la entreabierta flor, dijo: ¡perfuma!
y al corazón de las mujeres: ¡ama!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL ENTIERRO DEL SOL

CUENTO ORIGINAL

Transcurrían los años y no lograba atrapar marido la triste *Nulidad*. En vano por las tardes se plantaba, cabe la reja, bien emperejilada con los trapitos de cristianar, muy lindamente engomaditas las rosquillas de pelo sobre la estrecha frente y su buena mano de arrebol en los carrillos. Lo que es peje, lo había de sobra; pero en llegándose á ella, olían la carnada y se largaban sin morderla. Y no era porque á *Nulidad* le faltase, como no le falta á ninguna hembra nacida, su gancho y su aquél; sino porque á leguas se le conocía que no había inventado la pólvora la pobre chica.

Pasó el *Talento*, coronado de laureles; miró á *Nulidad*, y torció el rumbo diciendo de ella lo que la zorra al busto:—Tu cabeza es hermosa, pero sin seso.

Pasó el *Mérito*, cubierto de preseas, la miró de reajo y no la dijo siquiera:—Por ahí te pudras.

Pasó el *Valor*, seguido de sus águilas, echóle una mirada de envite *Nulidad*, (porque no es cosa de otro jueves el que las niñas se desvivan por los héroes), y éste, con soldadesco desdén, se contentó con decirla:—A la vuelta lo venden tinto.

Llegó su turno á *Egoísmo*, enteco como un espárrago, ceñudo como un buho, fatídico como un buitre.

—Con éste sí que apechugo, exclamó *Nulidad*, tendiéndole el anzuelo de sus guiñadas sin luz, provisto del magro cebo de una sonrisa sin pizca de sal.

Dicen que casamiento y mortaja del cielo bajan; pero en el presente caso el nudo quien lo ató fué el mismísimo diablo.

Por supuesto, que no hubo ni arroz ni gallo muerto en aquellas bodas. *Egoísmo* no era hombre para echar la casa por la ventana, y *Nulidad* no era mujer para consentir en que al casorio asistieran otras de mayor sustancia que ella. Juntos se encontraron, pues, en este par, el hambre con la gana de comer.

Rogando estaba á todos los demonios el cicatero *Egoísmo* para que no le diesen prole, cuando *Nulidad* le anunció que estaba á punto de ser madre. Rabió el ruin, maldijo su negra suerte, mas todo en vano, pues Natura hizo una de las suyas trayendo al mundo una menguada criaturita, trasunto fidelísimo, que ni sacado en molde, del quien para quien de sus padres.

No tuvieron éstos tiempo de disputar acerca del nombre que habían de dar á su primogénita, porque como la bruja que la recibió en los brazos observara que la recién nacida se enfadaba al acercarle la luz de la vela cada vez que le cambiaba la faja, la bautizó *Envidia*, y *Envidia* se quedó por los siglos de los siglos amén.

Creció la chica en un dos por tres, como dicen que crece la mala hierba, manifestando desde muy temprano cierto alarmante síntoma, que consistía en la rencorosa manera con que miraba las cosas buenas que no eran suyas; lo que por algún tiempo puso en cuidado á sus dignos progenitores, hasta que la nodriza les hubo de tranquilizar diciéndoles: que la niña había nacido con aquel mal que en la patología de Ripalda se llama «tristeza del bien ajeno.» Esta explicación deleitó al venturoso padre, y no se pensó ya en molestar al médico.

A los cinco años de edad, hacía añicos la niña los juguetes de los chiquillos del vecindario; á los quince desgredaba los moñitos trenzados de sus compañeras de escuela; á los diez y siete se daba sus trazas para pisar, al descuido y con cuidado, los trajes de las muchachas que iban bien vestidas. Hasta el mísero cintajo de á medio real con que *Nulidad*, su propia madre, se engalanaba los domingos y fiestas de guarda, causábale rabietas de verdadera endemoniada, y ¡lo que parecerá increíble! ni el inocente brillo de la luz del día podía tolerar.

—No, señor; no puedo, no quiero ver, solía decir muy sulfurada á sus padres; no quiero ver más ese rayo de sol que cae junto á mi ventana. Me parece que de continuo me está diciendo: «Nunca, nunca resplandecerás como yo.»

Y hete aquí al poltrón de *Egoísmo* afanado en echar pa-

ladadas de tierra al pobre rayo de luz, con la perversa intención de sepultarlo.

Y sobre las paladas de tierra montábase el luminoso destello, dándosele un ardite del loco empeño de su enterrador, en tanto que *Envidia* se mesaba de puro despecho los cabellos al ver que el terco rayo de lumbre no se dejaba meter en la sepultura.

—Pues verás ahora, decía *Nulidad* yendo en auxilio de *Egoísmo*; verás ahora cómo yo lo voy á soterrar. Y ¡santo Dios! ¡allá van las basuras de la casa; allá van los tiestos del corral; allá va el cascote de la fábrica; allá va el estiércol de la cuadral

Y á todas estas el rayo de luz con prodigiosa agilidad se encaramaba de un salto sobre las horruras que le echaban, desde las cuales proseguía desafiando á los sepultureros, cada vez más alto, cada vez más brillante.

A voces pidió *Envidia* refuerzos á las comadres del barrio; y en tropel acudieron: *Medianía*, con sus cestos de hojarasca; *Ineptitud*, con sus costales de escorias; *Vileza*, con sus espuestas de lodo; *Indignidad*, con sus odres de inmundicia; *Calumnia*, con sus cacharros de sierpes; y una tras otra fueron vaciando la carga sobre el promontorio que se convirtió en montaña.

Y mientras tanto, el rayo de luz arriba, arriba, siempre arriba; hasta que, traspasando el muro, tomó las proporciones de claridad soberana.

—¡Por los cuernos de mi patrono, que nos hemos lucido! gritó *Egoísmo* con el dragón del despecho escarbándole las entrañas. ¿No lo ves, mujer? ¿no lo ves, hija? ¡Le hemos elevado, le hemos engrandecido!

Dispersáronse corridas las comadres, cayó *Nulidad* muy malita, y tal sofocón acometió á *Envidia*, que por poco no lo cuenta.

Al salir de su ataque abrió los empañados ojos, buscó el rayo de luz y no lo vió.

Estaba ciega.

EL PRIMO SEVERO



—¿Conque es tu *primo* Severo?
 ¡pues que se marche ligero!
 ¡Por Dios! las diez van á ser
 ¡y ni hay fuego!... —¡Qué ha de haber!
 ¡como mi primo es bombero!

EPIGRAMA

—¿La cabeza á tu mujer
 rompiste sin compasión?
 no comprendo la razón
 que hayas podido tener.
 ¿Creiste en torpes flaquezas...
 ó estás loco? no lo acierto.
 —Soy un *enigma*, ¿no es cierto?
 —¡Hombre, no! un *rompe-cabezas*

SURSUM



CUÁN grata es la ilusión á cuyos lampos
 tienen perenne vida los amores,
 inmarcesible juventud los campos
 y embriagadora eternidad las flores!
 ¡Cuán vívido es el iris que colora,
 magia oriental la suspirada orilla,
 y á cuyo hermoso resplandor de aurora
 radia hasta el fango que después mancilla!
 La verdad, si engrandece la conciencia,
 devora el corazón, nunca sumiso:
 es el fruto del árbol de la ciencia,
 y siempre hace perder el paraíso.
 Mas aunque el bardo mate la quimera,
 y desvíe y aparte de sus ojos
 el prisma encantador, y por doquiera
 mire sombras y vórtices y abrojos,
 ha de cantar la redentora utopia,
 como otra estatua de Memnón que suena,
 y ser, perdida la esperanza propia,
 el paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
 en vano al ideal, se dobla al peso
 de la roca de Sísifo, y espira
 quemado por la túnica de Neso;
 cuando al par tenebroso y centellante
 perdona á Barrabás y mata al Justo,
 y pigmeo con ansias de gigante,
 se retuerce en el lecho de Procusto;
 cuando gime entre horribles convulsiones,
 para expiar sus criminales yerros,
 mordido por sus ávidas pasiones,
 como Acteón por sus voraces perros;
 cuando sujeto á su fatal cadena
 arrastra sus desdichas por los lodos,
 y cada cual en su egoísta pena,
 vuelve la espalda á la aficción de todos:
 el vate, con palabras de consuelo,
 debe elevar su acento soberano,
 y consagrar con la canción del Cielo,
 no su dolor, sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
arde sin tregua como ofrenda clara,
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;
vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime don Quijote que ambiciona
caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura,
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura...
¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar á Filis por su dulce nombre,
cuando grita el clarín: ¡Despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armiño
execra el polvo por amar la nube,
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,
marcha á las ondas del eterno olvido,
cogiendo flores y cantando sueños;
el numen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruidos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje;
y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada...
y ese montón de ensangrentada arcilla
adquiere vida entre su mano estoica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heroica,
como en la estatua de la antigua Palas!

Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa á cuya voz no exigua
vendría á tierra, con su estéril pompa,
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que á la lid prefiera
recordar á Briseida en el retiro,

aunque Patroclo batallando muera...
 ¡Eso es faltar á Dios! Pero ¡qué miro!
 Cual la crin de un raudal que de alto arranca,
 tus cabellos se agitan... ¡Oh maestro!
 ¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
 cual si quisieras arrojar el estro?
 ¿Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
 y no repeles, cuando Atenas grita,
 esa montaña de calumnia y odio
 que sobre tu hombro de titán gravita?
 Tu Etna será para tu fuerza flojo;
 confía en tí y á tu misión no faltes,
 que al hado cruel que lapidó tu arrojó
 irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
 mueve de un grito el desusado gonce;
 y como á chorros de fusión ardiente,
 vierte en los mimbres el vigor del bronce!
 ¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
 la fe que anima y el valor que salva,
 y que á tu acento nuestras almas sean
 como tinieblas que atraviesa el alba!
 Para el poeta de divina lengua
 nada es estéril, ni la misma escoria.
 Si cuanto bulle en derredor es mengua,
 ¡sobre la mengua esparcirás la gloria!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Méjico.

EROS

Desnudo ostenta el hombro alabastrino,
 gallarda como rosa en primavera,
 y del pecho la comba lisonjera
 de encajes orna y transparente lino.

Voluntades rendir es su destino:
 si ruega, manda; si suplica, impera;
 que no la vió el placer más hechicera,
 de la hermosura en el altar ciprino.

En tí clavando los ardientes ojos,
 con tierno halago su pasión delata
 y al ósculo supremo te convida.

Acude, vén sobre sus labios rojos...
 y no importa morir, que, si amor mata,
 del beso del amor nace la vida!

JACINTO GUTIÉRREZ COLL.



EL PAPÁ
DE
NINÓN

VAMOS, dijimos á don Pedro, asiéndole de un brazo; déjese usted de excusas y entremos en esa confitería á tomar un *vermouth*.

—Gracias, contestó; pero no puedo complacer á usted; mi mujer me espera y cuando me espera mi mujer, no me detengo por nada ni por nadie. Conque, abur, amigo.

—¡Pero, don Pedro! un minuto no más...

—¡Ni un segundo!

—¿Teme usted que se enfade su señora?

—¡Qué quiere usted! conozco el carácter de mi mujer y sé á lo que me expongo si no llego á casa á las seis en punto, hora en que, desde tiempo inmemorial, se sirve la comida.

—¿Desde tiempo inmemorial?

—Sí, señor; desde que me casé.

—¿Y hace mucho tiempo de eso?

—No lo recuerdo, porque todavía no tenía *uso de razón*.

—¡Pues es original!

—Conque... ¡expresiones á la familia!

—No se vaya usted; de todos modos, si se trata de comer, ¿qué importa que no llegue á las seis en punto? ¡con tal que llegue usted á las seis en punto... y coma!

—Además, hoy no tendría disculpa posible; hoy va á

comer con nosotros el novio de Ninón, y mi presencia es indispensable á esa hora.

—¿Conque se casa Ninón?

—Creo que sí.

—¿Con el comerciante?

—No, no es con ése.

—Pues yo creía que se había declarado...

—Efectivamente, se declaró... pero se declaró en quiebra.

—Declaración que no haría mucha gracia á su hija.

—¡Figúrese usted!

—¡La pobre le amaba tanto!

—¡Mucho! Mi mujer y yo creímos por un momento que la chica se moría, pero por fortuna no se murió y ya está más consolada.

—¡Por fuerza! su nuevo novio habrá sido para ella una especie de lenitivo. ¿Qué tal es?

—¿Quién? ¿mi futuro yerno? Hombre, á decir verdad, no le conozco á fondo; he hablado con él pocas veces.

—¿Y le entrega usted la mano de su hija?

—No, yo no, sino mi mujer, que es la que corre con estos asuntos caseros.

—Pues yo creo que estas cosas no deben mirarse con tanta indiferencia; se trata de la suerte de su hija.

—¿Y qué?

—¡Cómo! ¿No teme usted que los remordimientos amarguen sus días, si Ninón llega á ser desgraciada?

—¿Y de qué me serviría poner reparos á una boda que es del agrado de mi mujer, que ha decidido mi mujer y de la que ya tienen noticia todas las amigas de mi mujer?

—Pero... ¿y su autoridad?

—¿Qué autoridad?

—La que tiene todo marido.

—¡Bah! Yo soy una especie de marido constitucional; reino, pero no gobierno.

—El hombre que es hombre nunca abdica sus derechos en su esposa, porque es una cobardía.

—Será una cobardía, será todo lo que usted quiera; pero

á mí me gusta mucho la tranquilidad y no es el camino más seguro para llegar á ella el de la discordia. ¿Que mi mujer quiere una cosa? Bueno, pues hágase su santa voluntad así en la tierra... como en el infierno, y ríase de mí cuanto quiera el mundo. Seré en mi casa un cero á la izquierda, pero ¿y qué? á los arrebatos y desazones de *los unos*, prefiero una y mil veces la tranquilidad de los ceros. Además, respecto al matrimonio de Ninón, no tengo temor alguno: su novio es un chico de porvenir y de muy buena familia; descende de los



Incas, según me ha contado mi mujer; creo que de Manco-Capac.

—¿Y conserva algunos rasgos típicos de su raza?

—Sí, muy marcados. ¡Como que aunque quisiera ocultar su origen no podría! En la mesa, sobre todo, es donde más claramente se ve que descende de los Incas.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto aparece una golosina, le *hinca* el diente.

—¿Y Ninón le ama?

—¿Pues no le he dicho á usted que se casa con él?

—Eso no es una razón.

—Es verdad, no es más que un indicio; pero yo creo que sí.

—¿Y hace mucho que se conocen?

—Unos seis meses; se vieron en el hotel de una estación balnearia y sus miradas se cruzaron como encendidas flechas. Por cierto que poco faltó para que hubiese un lance sangriento. Ya sabe usted que mi hija es muy agraciada... y usted perdone este rasgo de orgullo paternal. Pues bien, su presencia en el hotel causó sensación entre la juventud dorada, que no tardó en asediarla con sus lisonjas; entre los más rendidos había dos que no la dejaban á sol ni á sombra.

— Uno de ellos sería el Inca.

—Uno de ellos era el Inca, sí, señor, y el otro un caballero de aire distinguido y elegante, no muy joven, pero en cambio bastante rico, que dedicaba su fortuna á los pobres, prestándoles al setenta y cinco por ciento de interés... ¡Un alma de Dios! Antes de declararse á mi hija, procuró introducirse en el corazón de mi mujer, la cual no tardó en sentir por él verdadera simpatía y en hacerle objeto de sus predilecciones.

—Pero... ¿y el Inca?

—El descendiente de Manco-Capac quiso probar que si tiene mucho de Capac no tiene nada de *manco*, y al efecto apeló á un ardid que le dió excelente resultado. El caso es que había advertido que el prestamista estaba enfermo del ojo izquierdo, en el que había recibido un aire que le obligaba á guiñarlo continuamente, é hizo correr la voz de que su rival trataba de seducir á todo el bello sexo del balneario. La noticia causó impresión y no hubo papá ni marido que no se pusiese en guardia, no tardando, efectivamente, en observarse que el caballero en cuestión guiñaba el ojo á todas las mujeres.

—¿Y á los hombres no?

—Es que el tal no tenía ojos más que para el bello sexo y apenas se dignaba mirar á los hombres. El primero que se alarmó fué un juez de paz, que vivía en continua guerra con su mujer, pues era más celoso que un turco. Pocos momentos

después, en la mesa, al notar las guiñadas de ojo que el prestamista dirigía á su hermosa Desdémona, no fué dueño de sí mismo y le envió, por medio de uno de los camareros, un cartel de desafío. En vano el desdichado prestamista trató de probar su inocencia; el juez, que estaba ciego y no atendía á razones, le había sentenciado inexorablemente á muerte y no hubo forma de que revocara el fallo. La mujer del juez, por otra parte, que era de corazón sensibilísimo y había tomado á lo serio las guiñadas de ojo del prestamista, de quien se creía amada, quiso salir en defensa de aquel reo de amor; pero en lugar de favorecer su causa, la agravó considerablemente, puesto que el magistrado se confirmó más y más en sus sospechas. Y sus razones tendría el juez. Mientras tanto, el hecho era objeto de los más animados comentarios en el hotel. No se hablaba de otra cosa. Mi mujer era la que se mostraba más indignada.—¿Pero ha visto usted? decía toda acalorada al Inca; ¡tratar de seducir á la mujer del juez, después de haberme jurado que Ninón era el único amor que había sentido en la tierra! pues si no le mata su rival, yo haré que mi marido le levante la tapa de los sesos.—En fin, el escándalo subió de punto, y todas las señoras, capitaneadas por la mía, se pusieron de parte del juez. Hubo, no obstante, un señor, tan caritativo como feo, que salió en defensa del desdichado prestamista, diciendo que le tenía por inocente de la falta que se le imputaba, pues á él mismo acababa de guiñarle el ojo y no creía que lo hubiese hecho con mala intención. El argumento no dejó de parecer razonable á algunos, que empezaron á arrepentirse de sus juicios temerarios, pero desgraciadamente el Inca de mi yerno se había propuesto perder á su rival, y á la sensata observación del señor feo, contestó que él no creía en tal inocencia, sino más bien que el prestamista seguía guiñando el ojo á todo el mundo, para dar á entender que se trataba de un defecto físico ó de alguna afección accidental, y desvirtuar de este modo la tremenda acusación del juez y no comprometer á la mujer de éste.

—¿Y lo creyeron los demás?

—¿Quién no cree en lo que perjudica al prójimo? Lo cierto

es que el pequeño Manco-Capac puso fuera de combate á su rival en el corazón de mi mujer y que no tardó en apoderarse de la voluntad de mi hija.

—Pero ¿se batió el prestamista con el juez?

—El juez envió al prestamista sus padrinos, éste nombró los suyos, y quedó concertado el duelo para el amanecer del día siguiente. A la hora convenida, presentáronse en el sitio elegido para el lance, el juez y dos amigos suyos, pero no



tardó en pintarse la impaciencia en los semblantes, al ver que no acudía el adversario. Cansados de esperar y de hacer toda clase de comentarios desfavorables para el prestamista, resolvieron regresar al hotel, pero á la mitad del camino vieron aproximarse un coche.—¡Alto! dijo el juez á su cochero.—Y luego, dirigiéndose á los testigos, añadió:—Ahí viene nuestro hombre.—Pero desgraciadamente no era él, sino simplemente los padrinos del prestamista, los cuales dieron al magistrado la grave noticia de que su ahijado acababa de huir con su mujer.

—¿Con la mujer del magistrado?

—Sí, señor, y puede usted figurarse el efecto que tales palabras harían en el marido burlado. Verde de ira, increpó duramente á los recién llegados por no haber seguido á los prófugos, acusación que rebatió victoriosamente el señor feo, que era uno de los padrinos del prestamista, diciendo que lo que menos necesitaban los prófugos eran de testigos. El caso es que regresaron todos al hotel y que el juez abandonó inmediatamente el balneario en seguimiento de los culpables.

—¿Y dió con ellos?

—No, señor; creyendo que se habrían marchado á algún



punto ignorado del extranjero, ante la inutilidad de sus pesquisas, resolvió marcharse también y escudriñar hasta el último rincón del mundo.

—¿Y no ha vuelto todavía?

—No, todavía no ha terminado la exploración del planeta.

—Pero habrá noticias de él.

—Sí, la última de sus cartas creo que está fechada en las fuentes del Nilo.

—¿Y los amantes? ¿nada se ha sabido de ellos?

—Viven á dos pasos de la casa del juez; precisamente veo á menudo al prestamista, que es quien me ha contado todos estos pormenores, porque yo no me había enterado de nada.

—Supongo que no habrá vuelto á ver á Ninón.

—Mi mujer no lo habría permitido, después de tan escandalosa aventura. Así es que el Inca quedó dueño absoluto del campo y no tardó en pedir la mano de la chica, que, dicho sea en honor de la verdad, siempre le prefirió al prestamista.

—¿Y se casan pronto?

—Precisamente hoy se han tomado los dichos, según me ha contado mi mujer. ¡Ea! que usted se divierta.

—¿Se va usted?

—Sí, van á dar las seis, y ya he dicho que en casa comemos á las seis en punto; además, mi mujer debe estar dando las últimas órdenes á la cocinera, y como el Inca estará solo con Ninón...

—Pues... ¡que aproveche!

CASIMIRO PRIETO.

¡ANDA!

En la cuesta del Calvario
Jesús quiso descansar,
y á la puerta fué á llamar
de un judío temerario.

El judío no se ablanda,
y con ademán grosero,
dice al Celestial Cordero:
—¡Anda, anda!

Pero con suma bondad
mirándole, el Hombre Dios
le contesta:—Andaréis vos
por toda una eternidad.

Y, obediente á quien le manda,
aquel judío, por eso,
jinete audaz del progreso,
anda, anda, anda...

JUAN TOMÁS SALVANY.

NUESTROS COLABORADORES



Christián Roeber

INSPIRADO POETA ESPAÑOL



¡Jesús!

Las colegialas de aquel convento
se confesaban con don Ventura,
un santo cura
de rostro flaco y amarillento.
Pero su fama de moralista,
teólogo, sabio
y elocuentísimo panegirista,
se pregonaba de labio en labio.

Un mes hacía que miss Teresa
había entrado de colegiala.
Y era tan mala
la esbelta y rubia joven inglesa,
que en los domingos de confesiones
no era posible
que confesase, ni á tres tirones.
Siempre tenía jaqueca horrible.

Todas las monjas la rodeaban,
y al fin, un día, no hubo remedio.
Cedió al asedio

de aquellas tocas, que se agitaban
 como las alas de las gaviotas,
 y aquellas voces
 de armoniflauta y agudas notas
 que le anunciaban penas atroces.

Y tanto hablaron del hondo infierno,
 y de las carnes que palpitaban
 y se tostaban
 en los hornillos del fuego eterno,
 que, conmovida por la pintura
 de los horrores
 de aquella ignota cocina oscura,
 donde se fríen los pecadores,

la colegiala salió del coro,
 echado el velo, hueca la falda,
 sobre la espalda
 sueltos los largos cabellos de oro,
 blanco el vestido, plegado y leve
 como un sudario,
 y entre sus finos dedos de nieve
 los azabaches de su rosario.

Y de rodillas ante el sombrío
 confesonario, vió la figura
 negra del cura,
 su enjuto rostro, su gesto frío.
 Y don Ventura vió entre los flojos
 y blancos tules,
 dos labios frescos, puros y rojos,
 y dos serenos ojos azules.

—La colegiala, preguntó el viejo,
 ¿no es española?

—No. Soy inglesa,
 dijo Teresa.

—¿Y necesita de algún consejo?
 ¿Tiene pecados?

—Tengo un pecado.

—¿Grave?

—Lo ignoro.

—¿Y se arrepiente?

—¿De haberle amado?

No, señor cura. Le amo. Le adoro.

—¡Oh! ¿todavía?

—Sí. Todavía.

Jesús me ciega. Jesús inflama ..
 la ardiente llama
 que hay en el fondo del alma mía.
 — ¡Ah! exclamó el viejo con gran dulzura.
 Un amor santo.

— Es el delirio de la locura
 en que se mezcla la dicha al llanto.

Ese amor llena mi pensamiento
 y llena el mundo. Sin él no habría
 noche, ni día,
 ruido en las hojas, voz en el viento.
 Si se apagara mi amor profundo,
 ¡ah, señor cura!
 ¡qué opaco el cielo, qué negro el mundo,
 y qué silencio de sepultura!

— Ame usted siempre.

— Mas, ¿no es pecado?

¿Puedo adorarle?

— Sí. Hasta el exceso.

— ¿Y darle un beso?

— ¿Su bella efigie nunca ha besado?

— No me comprende... ¡Qué desventura!

Llevo en mi boca
 de impuros besos la quemadura.
 Él con sus besos me ha vuelto loca.

El sacerdote gritó:— ¿Quién eres?
 ¿Qué estás diciendo? ¿No causa espanto
 que el Cristo Santo
 devuelva besos á las mujeres?
 Yo te excomulgo.

— ¡Ay! y yo gimo

Pero...

— No hay peros.

— Si usted no entiende. Jesús, mi primo,
 es un teniente de coraceros.

CHRISTIAN ROEBER

Santa Fe, Mayo de 1894.

EPIGRAMA

— ¿Conque te mira Vicenta
 con expresión tan vehemente?
 esa chica está demente.
 — Más bien parece *de menta*.

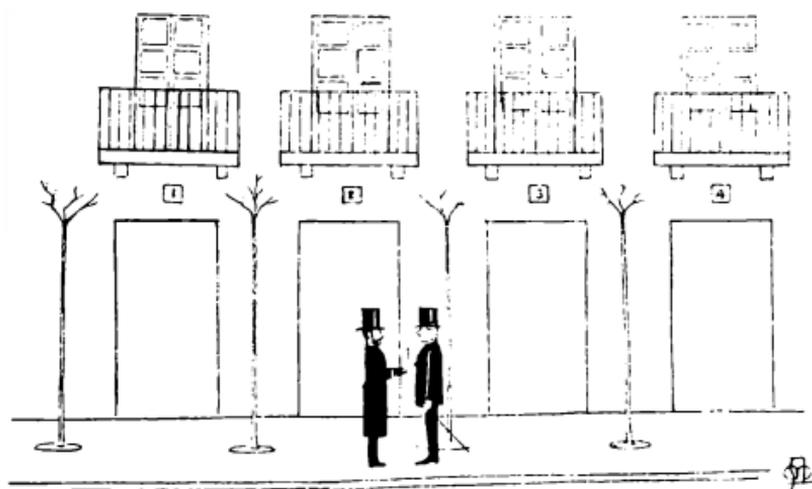
Contrastes

POR

APELES MESTRES



La Poesía



La Prosa

LA PROMESA

COSTUMBRES PERUANAS

Á FELIPE G. CAZENEUVE

I

UANDO el cielo límpido y azulado de Lima se cubre de estas nubes plumizas de invierno y los días tristes y lluviosos depositan su gota cristalina en el verde follaje de las palmeras, el corazón se expande recordando aquellas lomas

solitarias de la sierra cubiertas de nieve que, cual mantos de plata, dejan entrever, de trecho en trecho, en las laderas, la cabaña melancólica del indio, en torno á cuyo fogón vive, como la tranquila llama que calienta el aire, el amor poetizado por la misteriosa leyenda de la *promesa*.

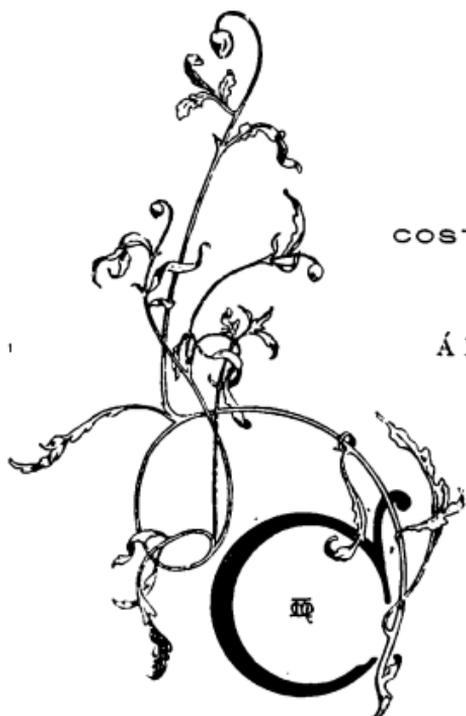
El hombre y la mujer se aman, se dicen su amor y se prometen.

Esto es igual en la ciudad alumbrada por el foco eléctrico y en la choza cuya obscuridad muere á la luz del relámpago; pero en la choza vive aún el afecto del corazón, con el fuego que alimentó á los desgraciados consortes del Paracleto.

Vive el amor, sin el intermedio del positivismo, con los encantos de sus variantes en detalle, que vamos á juzgarlos circunscritos al lugar.

II

Durante el imperio, el amor estaba lleno de misteriosas



manifestaciones, en las que tomaba parte ya una lagartija bajo el nombre de *cchitti-ccarayhua*, ya en la forma de apacible paloma que, en su dulce arrullo, incitaba la ternura de los amantes, ó estaba atormentado por el siniestro aleteo del murciélago, llamado *tuta maso*, que en la noche aterrorizaba á los espíritus supersticiosos.

Pero la promesa que la civilización ha encerrado en el consabido *arito de oro*, con el nombre ó las iniciales de los dos que se prometen; esos esponsales sintetizados por el trueque del aro que tanto preocupa á las niñas en estado de colocación, esos se pactaban en diversas formas que todavía se conservan hasta ahora.

En la provincia de Canchís, donde he pasado la mayor parte de mi vida y donde he sufrido los más grandes pesares de una existencia desventurada, queda la graciosa costumbre del baile de Carnaval, *ccas huay*, que no es otro que la primitiva danza de los incas, historiada en el famoso baile alrededor de la gran cadena de oro que solemnizó el nacimiento de Huáscar. Existe la misma división casta de hombres y mujeres, el mismo asalto intencionado de los tiempos imperiales, pues las mujeres forman una rueda, donde lucen la linda *lliclla* con tramas de colores, el jubón festoneado de cintas y la monterilla adornada con ricas franjas de oro y plata.

En banda opuesta forman los varones que, con el fino poncho de mil *puitos* blancos, rojos, verdes, azules y vicuña, la monterilla lujosa, las ojotas con tientos corredizos y el chaleco vistoso con hileras de botonadura de metal, hacen el segundo coro á los *yaravis* del *pucllay*.

Esta alegre fiesta, consagrada á las solteras, tiene su momento como el de las flores nacidas á la ribera del caudaloso río, que inclinan su corola para besar la tranquila corriente que las baña.

A esa fiesta concurren los que se aman, y van en busca de la promesa. En el momento dado, el varón arrebató la *lliclla* de la dichosa que, sin hacer resistencia, deja la prenda en manos de su amor. Si ella no reclama hasta el tercer día, la promesa queda sellada sin otro requisito, y es asunto tra-

tado de padres á padres; pero, si la *flusta* rechaza aquel matrimonio, al día siguiente del *pucllay* se presenta en casa del mancebo uno de los parientes cercanos de la pretendida y exige la *lliclla*, que le es devuelta en el acto.

III

Canas se singulariza porque las indias tienen el carácter más sombrío, y la promesa se formaliza muy curiosamente, aunque para ello ha de presidir ya el amor correspondido. La escena de prometerse llámase *tiachicuy*, como si dijéramos, plantar el cimientó.

El pretendiente va en compañía de toda su parentela, provisto de buena cantidad de chicha de maíz y aguardiente, á casa de su amada: es de *copete* que los visitados se muestran esquivos, serios y hasta malhumorados como un ministro de Estado en nuestros tiempos, y sólo á fuerza de ruegos ceden para beber; mas una vez aceptado el primer jarro, beben largo y menudo.

Junto con otros regalos, va una *huncuña* con hojas de coca y un pan de chancaca que se entrega á la pretendida, quien es encerrada inmediatamente en una vivienda, donde permanece entregada á sus meditaciones, saboreando el manjar del dulce y la coca, signo de la fortaleza y de la vigilia, como fué para los griegos la miel ática el emblema de las virtudes y dulzuras domésticas, de donde ha salido el derivado de gozar la *luna de miel*.

La parranda es descosida entre los de afuera, hasta que la noche señala con su obscuro manto la hora de los misterios, y los parientes de la mujer se quedan dormidos. Entonces el futuro y los suyos sacan á la virgen de su clausura y se la llevan.

A tres cuadras de distancia de la choza, disparan un *camaretazo*, que es la señal de la promesa sellada entre los amantes, cuyo estallido despierta á los dormidos, quienes hacen la consiguiente algazara, hasta que alguien grita: *páimi munarcan*—ella ha querido—razonamiento poderoso con el

cual los padres de la robada se preparan á celebrar las bodas.

IV

En Calca, el signo del amor son las visitas continuadas del varón á la casa y los lugares que frecuenta la que robó la calma á su pecho, y las trovas alternadas con la música de la quena y el charango: en uno de aquellos versos cantados á la luz de la luna, bajo la fronda de algún sauce, se notifica á la escogida el *paccarinmt paccaripuscayquí*—mañana amaneceré para tí—con lo cual queda prevenida la tórtola. Si al ir el pretendiente, al siguiente día, encuentra la choza circundada de ceniza, no tiene para qué traspasar los dinteles, que le están vedados para siempre; pero si ha logrado encender la llama del amor en el corazón de la gacela, halla franqueadas las puertas y un poncho tendido en el umbral, donde ha de descansar á recibir el signo de la promesa que la futura le alarga en una *huaracca*—honda—tejida por sus manos, á lo que él corresponde con una sortija, é inmediatamente arreglan su boda, que se celebra entre flores de *pantí* y á la sombra del *ccatay mallqui*, del cual hablaremos algún día.

V

Sucede con frecuencia que, después de las diferentes promesas de que nos hemos ocupado, los amantes no se casan en sacramento por no poder pagar los derechos al cura; pero respetan su contrato y viven contentos y felices, hasta que sus hijos son grandecitos y los padrinos de éstos les ayudan en la colecta de aquellas fatales trece monedas, con las que no pocas veces compra el varón costilla pedigueña y regañona, cuando no la amante sumisa ó el ángel tutelar de su dicha.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.

LOS SÓFFAS



—No seas cruel... ¡quita allá!
 —Es un sóffa... ¡y de qué estofa!
 —Pues cualquiera creerá
 que, mucho más que por *sóffa*,
 le has tomado por *sofá*.

RIMA

I

‘Trepas la hiedra por el alto muro
 y pronto, hecho pedazos,
 al suelo viene el edificio duro
 ahogado de la hiedra por los lazos

II

Hiedra del corazón, el amor nace,
 al corazón se aferra,
 en sus brazos le ahoga, y al fin hace
 que, como el alto muro, venga á tierra.

J. T. MERA.

EN EL CLUB Y EN LA CALLE

Al reputado literato argentino

DR. D. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

I



ERMINABA ya el vals... el eco blando
de la música se iba amortiguando
como ola rumorosa que desmaya,
deshecha en rizos de argentada espuma,
en la desierta playa.

—¡Cuán tarde debe ser! me dijo Lía.

—Muy tarde, contesté; la luz del día
fulgura ya en oriente
y, pálidas y bellas,

se apagan lentamente
en el azul del cielo las estrellas.
Mas, ¿qué importa,—añadí con voz fogosa
y mirando los ojos de la hermosa,—
si, claros y hechiceros,
aún quedan en la tierra otros luceros?
—Es usted muy galante,
Lía exclamó, turbada y palpitante,
y tras del abanico de oro y raso
ví ocultarse un instante
su rostro de querube,
como se oculta el sol tras de la nube.
Luego, temiendo, al escucharme, acaso,
algún peligro, y á mi ruego esquiva,
de mis amantes brazos desprendióse,
y llorando, quizá de su destino
el cruel rigor, perdióse
del baile en el brillante torbellino.
Quise seguir su huella,
mas, por mi mala estrella,
no pude realizar mi pensamiento,
pues, cerrándome el paso,
burló un amigo mi amoroso intento.
—Olvida á esa mujer, no seas loco,
me dijo; te ví há poco
bailar con ella; adiviné al momento
la seducción que en tí ejerció su encanto,

y á pesar de que no eres ningún santo,
 aún de salvarte la esperanza aliento.
 —De la carne el impuro
 incentivo, mi calma
 no turba, como crees... ¡te lo juro!
 —Y en Lía ves tan sólo, ¡de seguro!
 el amor ideal que soñó tu alma.
 ¡Ilusión! ¡Platonismo!... ¡Vanos nombres!
 Confiesa que la quieres
 como todos los hombres
 suelen querer... á todas las mujeres.



Mas es tiempo perdido
 amar á esa beldad, y nunca esperes
 que olvide, por otro hombre, á su marido.
 Nacida en pobre y miserable cuna,
 como un lirio en el fango, era tan bella,
 que un Creso, loco de pasión por ella,
 la limosna le dió de su fortuna.
 En medio de orientales esplendores
 y agradecida, Lía, á los favores
 del que la hizo su esposa, enamorado,
 creyó cosa muy llana
 poder corresponder á sus amores,
 sin ver, en su inocencia, que era vana

ilusión del deseo,
 y hoy al hombre por quien se sacrifica
 su horror oculta y aun se finge amante,
 pues es viejo, y ridículo... y tan feo,
 que al verle uno se explica
 la teoría de Darwin, al instante.
 Sus deberes de esposa
 jamás olvida Lía veleidosa,
 aunque de pena muere,
 sujeta al verse á esclavitud odiosa,
 pues es altiva y quiere



vivir honrada, ya que no dichosa.
 En vano, enardecido,
 más de un galán suspira por la bella,
 de amor el pecho herido,
 y en vano en pos de dichas anheladas
 redes de luz le tiende en sus miradas.
 Vuelan en torno de ella
 como estrofas aladas,
 mil y mil frases de pasión ardiente,
 mas Lía, á sus deberes obediente,
 su blando arrullo escucha desdeñosa,
 pues prefiere en su negra desventura,
 al triunfo vil de la materia impura,
 de la santa virtud la palma hermosa.

Fiel á su bienhechor, su alma es de hielo
 para el galán más tierno y más rendido,
 cuyo amoroso anhelo
 ningún halago para Lía encierra,
 pues si no la une á su infeliz marido
 la pasión,—ese lazo de la tierra,—
 á él le ata, para alivio de su duelo,
 la gratitud,—que es un amor del cielo!

Calló mi amigo; le miré, agitado,
 é iba á seguir, cuando gentil doncella
 dióle el brazo y con ella
 alejóse sonriendo de mi lado.

II

El baile terminó; brillaba el día,
 y á su luz, siempre grata,



un instante después la hermosa Lía,
 apoyada en su esposo, descendía
 por la marmórea y ancha escalinata
 del club aristocrático. En la calle
 una chicuela pobre y andrajosa
 contemplaba, entre atónita y curiosa,

los vestidos de raso y terciopelo
 de tanta gentil dama y niña bella,
 niñas y damas que á los ojos de ella
 parecerían descender del cielo.
 Lía vió á la muchacha, y en su frente
 proyectóse la sombra de una nube,
 al recordar, sin duda, su inocente
 primera edad, exenta de esplendores,
 y su mísero hogar,—pequeño nido,
 al que daba, aunque bello, su presente
 todo el encanto de un edén perdido.—
 Y mientras la chicuela la miraba
 con asombro infantil, bajo el influjo
 de su hechizo y riqueza, y murmuraba:
 —¡Cuán feliz debe ser con tanto lujo!
 lágrimas silenciosas
 inundaban de Lía
 las mejillas hermosas...
 llanto que en ellas, trémulo, caía
 como lluvia de perlas sobre rosas.

CASIMIRO PRIETO.

SERENATA

(SOBRE UN TEMA DE CÁTULO MENDES)

Al pastor que sus dulces canciones
 esparce á los vientos,
 le habla el eco, furtivo en los Andes,
 y le dice:— «Te doy mis acentos.»

A la noche que envuelve entre sombras
 su tímida huella,
 cada hoguera encendida en las cumbres
 le repite:—«Yo soy una estrella.»

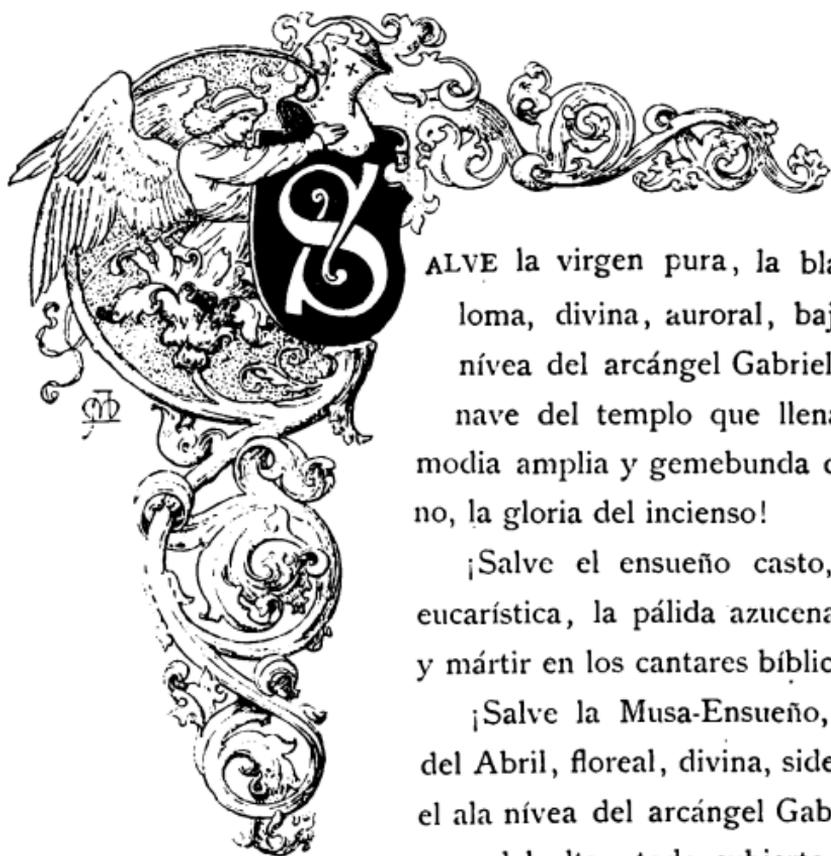
Al rosal que se mira en el lago
 sobre ondas radiosas,
 el reflejo, flotando intangible,
 le murmura:—«Yo tengo tus rosas.»

¡Pero á mí! Todavía más falsas,
 aún más falsas las frases que imploro,
 como el eco, la hoguera y el lago
 me dicen:—«Te adoro.»

ROSENDO VILLALOBOS.

Mística

AL NOTABLE ESCRITOR CASIMIRO PRIETO



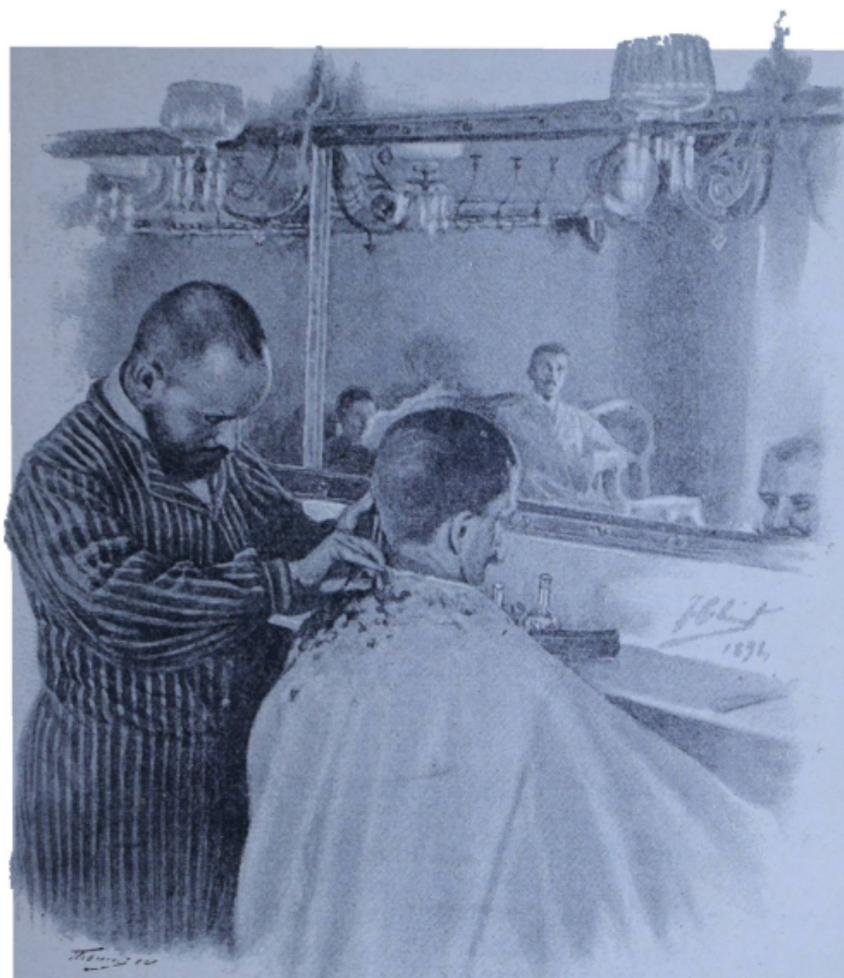
ALVE la virgen pura, la blanca paloma, divina, auroral, bajo el ala nivea del arcángel Gabriel, bajo la nave del templo que llena la salmodia amplia y gemebunda del órgano, la gloria del incienso!

¡Salve el ensueño casto, la flor eucarística, la pálida azucena, virgen y mártir en los cantares bíblicos!

¡Salve la Musa-Ensueño, la niña del Abril, floreal, divina, sideral, bajo el ala nivea del arcángel Gabriel, á la vera del altar, todo cubierto de blancas rosas abiertas y pálidos cirios llameantes!

ARTURO A. AMROGI.

EN LA PELUQUERÍA



—¿Usté es de Villarrosario?
 Cuando há poco estuve allí
 maté en duelo á un adversario,
 á quien despreció por mí
 la mujer del boticario.
 —¡Vanidoso!

—No exagero,
 ¡palabra de peluquero!
 —¡Pues vaya si exageró!
 El boticario... soy yo
 y, á Dios gracias, soy soltero.

CABEZA Y CORAZÓN

DOLORA

Á BLANCA QUIROGA Y PARDO BAZÁN

I

Un Ángel y el Demonio, á Eva un día
contemplan con amor.
— « Y ¿qué opináis, decid, de esa obra mía? »
les preguntó el Señor.

II

Mirando de Eva la gentil cabeza,
dijo el Demonio así:
— « ¡La mujer! A pesar de su belleza
es inferior á mí.
¡Sentir sin comprender! ¡Perpetua ilusa
que goza en delirar!
¡Que tiene, sin razón, la ciencia infusa
del arte de engañar!
Uniendo la inconstancia á la hermosura,
el Demonio añadió:
— Creedme, Señor, vuestra mejor hechura
vale menos que yo. »

III

— « La mujer, siguió el Angel, de tal modo
desafía al dolor,
que, aunque débil su fe, se arriesga á todo
por servir al amor.
De la santa piedad, hija querida,
ni piensa, ni hace el mal,
y, próspera, transmite con la vida
la sed de lo ideal.
La mujer es tan buena (enardecido
el Angel concluyó),
que, aunque soy en el cielo un elegido,
ella es mejor que yo. »

IV

Tú, dotada de espíritu sublime
y de gran corazón,
Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime:
¿quién tiene más razón?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL BARBERO DE MI PUEBLO

Difícil sería á cualquiera calcular su edad; está más enjuto que una espátula y ha pasado de los sesenta años. Diríase que la naturaleza ha hecho alto, cansada del camino recorrido entre tumbos, barquinazos y más tropiezos que un atajo de la montaña. Así es que el tío Cacho, como se le llama en el pueblo, se ha estacionado en los sesenta, aunque el pulso temblón le esté desmintiendo.

Más lustroso que la correa por donde pasa su navaja, recorre con imperturbable serenidad el derrotero de su vida, siempre con cara plácida, siempre con aquella mirada que procura hacer todo lo más tierna posible y que le da ese aire de bobalicón que le distingue de todos sus congéneres.

Poco pelo, mucha cerda en las cejas, frente estrecha y un pelotón de pelusa en el oído; tiene el cogote grueso, es retacón y corto de pierna, lo que le permite vencer los resistentes tacones de los borcegués con una *garra* persistente. Viste como de medio luto, siendo indispensable que su ancha corbata negra salga por encima del cuello de la camisa, no muy limpia que digamos, pues el buen hombre suda mucho, lo que hace que no huela ciertamente á rosas.

El tío Cacho no tiene la culpa de ello, porque todos los domingos y fiestas de guardar se lava la cara y se peina, aunque á los pocos momentos aparezca el típico y condenado olorcillo, y si no se baña en verano, es porque, como dice gráficamente, *ya está demasiado duro para pasado por agua*.

Decano de los barberos de la comarca, por su navaja han pasado algunas generaciones que podrían decir si ha sido ó no aficionado, en sus mocedades, á las faldas, á juzgar por ciertos gatuperios que salieron á relucir en los pueblecillos adonde iba, una vez por semana, á rapar barbas.

Tal vez hubiera algo de verdad en la especie, porque hoy mismo, al pasar por delante del tío Cacho una de esas mozas

robustas y jacarandosas, llevando encima de la cabeza el cántaro del agua, no puede menos de endulzar un poco más de lo habitual su tierna mirada.

— ¡Ave María! dice invariablemente al entrar en las casas, provisto de sus adminículos profesionales, que deja sobre una silla.

Y, como si fuera de la familia, se va derecho á la cocina, levanta la cobertera del puchero, mete el dedo en el agua caliente para probar la temperatura, y previo soplo á la lumbre, saca el pucherete para afeitar al cliente en un decir Jesús, llevándose por delante granos y verrugas sin maldito el escrúpulo. Dicen malas lenguas que es atroz el impulso de su navaja en el contrapelo, y de ahí que aquellas barbas duras y rebeldes se echen á remojar en cuanto se oye el tradicional *Ave María*.

No gasta muchos melindres ni atildamientos para estirar algunas de aquellas caras arrugadas, y sumidas; mete bonitamente dos dedos en la boca del cliente, y la navaja corre por aquella quebrada con la mayor lisura del mundo.

En todo lo demás es lo que se llama una buena persona; con su mirada siempre tierna y su boca con propensión al babeo.

Al día siguiente de mi llegada al pueblo, tras largos años de ausencia, recibí su visita.

— ¡*Caracho!* ¡y qué jaque y guapo que has venido! decía abrazándome familiarmente. Conque de las Américas, ¿eh? ¡Vaya, hombre! que sea la enhorabuena, ¡*caracho!*

El placer que yo tenía de volver á ver al tío Cacho se amargó un tanto al sentir en mis narices el pesado y acre tufillo de que he hablado antes. El pobre hombre, lleno de cariño, se acercaba á mí con insistencia, poniéndome en figurillas para hurtarle el cuerpo al endiablado olor.

— Y á propósito, ¡*caracho!* me decía, después de un rato de conversación; ¿sabes que estoy fastidiado hace tres años con un dolor en este tobillo que ni Rey ni Roque me lo pueden sacar de encima?... la verdad, me tiene dado á todos los carachos... ¿No tendrás tú algún remedio de los buenos para esto?

Yo, que estaba sufriendo un verdadero martirio con el tufo del hombre, ví el cielo abierto con la inesperada consulta, y para precaverme en lo posible de ulteriores acometidas y después de cerciorarme de la insignificancia del padecimiento, le dije muy serio, y Dios me lo perdone:

—No hay por qué alarmarse, tío Cacho; yo le prometo que se va á curar radicalmente.

—¿Con qué? interrumpió el buen hombre, acercándose más á mí.

—Pues mire usted, por la mañana, al levantarse de la cama, y por la noche, al acostarse, se da usted una fricción en todo el cuerpo con aguardiente alcanforado, restregándose en seguida con una franela bien limpia... sobre todo bien limpia.

—En la pierna, ¿verdad?

—¡No, hombre, en todo el cuerpo; desde la cabeza hasta los pies!

—¡Pero si es sólo la pierna lo que me duele! clamaba el barbero, no comprendiendo cómo para curar el dolor del tobillo había necesidad de aquella fricción general.

—¡En todo el cuerpo, tío Cacho, en todo el cuerpo! repetía yo con autoridad.

Y agregaba por vía de explicación:

—Esta clase de dolores, ¿está usted? tienen la propensión de correrse, y para evitarlo conviene esa acción general. Y mire usted, después de haberse refregado bien, es necesario lavarse por espacio de un cuarto de hora con jabón negro.

—¿En la pierna? volvía á preguntar el barbero, sin comprender jota de lo que yo le decía.

—¡No, señor! en todo el cuerpo... hasta en la cabeza, y luego se enjuga usted con una toalla limpia. ¿Comprende usted? esto equivale á una especie de *masage*.

—¿De qué dices? preguntó el tío Cacho, medio aturdido, al oír aquella palabra que le sonaba á cosa de amasijo.

—Digo que viene á constituir una medicación muy en boga, con la que se obtienen ahora resultados decisivos para esta clase de dolores, le contesté con la mayor naturalidad.

Tuve necesidad de explicarle varias veces el procedimiento operatorio, y no sin trabajo conseguí que se resolviera á ponerlo en práctica, desechando sus últimos escrúpulos.

Séguro estaba yo de que en un mes de tratamiento, el maldito olorcillo desaparecería, si no del todo, en parte.

El tío Cacho puso manos á la obra, y á los ocho días justos y cabales fué á verme con cara risueña y con el aire más bobalicón de este mundo.

Y ¡oh maravilla! no sólo había desaparecido el infame olorcillo, sino que el bueno del barbero estaba curado.

— ¡Estos son modos de recetar á las gentes, *caracho!* ¡así se cura cuando hay *cenicia* y sobran *condiciones!* decía reventando de satisfacción.

— ¿Conque el olor, ¡digo! el dolor ha desaparecido? le pregunté sorprendido de veras.

— Se fué desde el cuarto día, ¡*caracho!* tanto es así, que ya voy á dejar las friegas y lavatorios.

— ¡No, tío Cacho, por Dios! exclamé precipitadamente y en extremo alarmado ante aquella amenaza contra mis narices; no deje usted el tratamiento por nada de este mundo, porque... ¡vamos! puede aparecer de nuevo el dolor, ¿está usted? y si se generaliza... ¡ah! usted no sabe las graves consecuencias que esto podría acarrearle á su edad.

— ¿De veras, chico?... ¡*caracho!*

— Lo que usted oye, le contesté con aire solemne; tan es así, que pasado un mes aún tendrá usted necesidad de darse una friccioneita cada seis ú ocho días durante largo tiempo.

— Pues, hombre, si es así, pierde cuidado; continuaré con las friegas, exclamó suspirando; la salud es antes que todo, ¡*caracho!*

Y añadió con aire consternado:

— Lo malo es tener que apestar á una legua con ese *caracho* de alcanfor.

— No le haga usted caso; lo primero es la salud, exclamé yo en un arranque de interés, que el buen hombre debió de agradecerme.

Desde aquel día, no son pocos los que al pasar dejan

un reguero de alcanfor, con lo cual salen ganando los estómagos y las narices de las gentes delicadas de aquellos pueblos.

¡Y luego dirán malas lenguas que los médicos no servimos para nada!

SILVERIO DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, Mayo de 1894.

PRO PATRIA

A MI LEAL AMIGO JOSÉ T. GAIBROIS

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas;
de aquellas soledades infinitas
traigo el silencio y sombras en el alma.

Ante el fecundo laborar humano,
al noble y fuerte corazón no bastan
coronas de poeta, en los festines
y en el estéril ocio conquistadas.

Troqué á los faunos mi laúd salvaje
por los secretos que los Andes guardan,
y á mis pies tenebrosas ví entreabrirse
las tumbas de las selvas diluvianas.

Yelmo que ciegue al sol, áureos ropajes,
en vez de los plumones de la indiana,
soñé ofrendarte, redimida sierva,
madre gloriosa, de mis hijos Patria!

Los *ojinegros ángeles* del Funza
tienen poetas de divinas arpas:
pasó mi juventud con sus cantares,
la muda noche de lo eterno avanza...

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas:
del *dinde* que sacuden tempestades
ruedan las mustias flores en la pampa.

JORGE ISAACS.

INDUMENTARIA DOMÉSTICA



Traje que en la edad presente
se ve forzado á adoptar
más de un marido *insurgente*,
para poder almorzar
en su casa impunemente.

EPIGRAMAS

—Yo llegaré á ser un *astro*,
dice mi vecino Castro,
poeta más que indigesto,
y no peca de inmodesto,
pues es ya todo un *poetastro*.

—Un colmillo me sacó,
en vez de un diente, Castillo;
¡esto es un *colmillo*!
—¡Hombre, no!
esto no es más que un *colmillo*.



NOSTALGIA

Á BENITO ZALAMEA

Noche fosca de invierno; lenta cae
la nieve á la llanura,
cual manto desprendido de los hombros
del genio de las brumas.

Los airosos nogales de la selva
con las hojas ya mustias
á embozados espectros se parecen,
de pie sobre las tumbas.

Ningún rumor de los desiertos campos
las soledades turba,
ni las flores sonrîen con las fuentes,
ni la paloma arrulla.

Triste campiña; entumecidos bosques
do el aire no circula,
ni entona Pan eróticos cantares
bajo la selva adusta.

En el turbio horizonte ningún astro
la mirada columbra;

semeja el cielo abandonado templo,
la tierra es arpa muda.

Leyendo está la Biblia el padre anciano,
el hijo de las rudas
batallas del progreso, y juveniles
cabezas le circundan.

Entonces la mirada del que ama
furtivamente, busca
las pupilas azules de una virgen
de cabellera rubia;

y en silencioso platicar, no temen
que el anciano descubra
la pasión de sus almas soñadoras,
como la nieve, puras.

Mas ¡oh Señor! el que en extraño suelo,
en esta noche oscura
se muere de nostalgia sin que nadie
á su reclamo acuda;

quien tiene por amigos hace tiempo
las sombras taciturnas
de bardos que llamó la fantasta,
¡la enferma vagabunda!

¿á dónde irá, cual hija del desierto,
por engañosa ruta,
soñando con oasis y palmeras
de lasciva frescura?

—
Ya la muerte golpea en los cristales
de mi estancia; pregunta
por su amigo quizás, vacila acaso,
¡se esconde en la penumbra!

Mi juventud á compasión le mueve,
siente acaso ternura
su yerto corazón al ver mis rizos
¡tan negros que deslumbran!

Triste es morir cuando del torvo cielo
la cerrazón abrumba,
con la nieve asfixiante por sudario,
cerca al lecho la Duda.

Es amargo morir cuando la patria
radiante de hermosura

se presenta al espíritu en el sueño
como visión cerúlea.

Y bajo el sol del trópico la vemos,
bañada en la fecunda
luz que en las almas la pasión enciende
y da vida á Natura.

La patria de horizontes voluptuosos
y de selvas robustas
do crece el dinde y los jaguares aman
bajo la pompa hirsuta.

Allá donde aguardándome impaciente,
amable cual ninguna,
está la virgen de ojos pensativos,
morena pudibunda;

La que una llama adivinó en mi mente
de inspiración oculta,
y al recitar mis versos me enseñaba
del ritmo la dulzura.

Mas... un maldito pensamiento ahora
por mi cerebro cruza,
como en las noches del dolor el ave
que nuestro fin anuncia.

¡Ah! si la virgen de mis sueños de oro,
mis sueños de ventura,
ha podido olvidarme, vén ¡oh muerte!
con tu cendal de brumas.

Así dijo un poeta de estro ardiente
y apasionada musa,
alma de fuego que se extingue ahora
cual lámpara en la gruta.

Muriente luz apenas de la estancia
los ángulos esfuma,
y la llama al temblar finge en la sombra
fantasmas de indecisa catadura.

MAXIMILIANO GRILLO.

GENTES MOLESTAS

De todas las superficialidades de la moda, la de salir á veranear es seguramente la más deliciosa. Y no siempre por lo que tiene de agradable el campo, sino por lo que tiene de fastidioso la ciudad.

Hay ciudadano que en cuanto se anuncia la primavera en los rosales y en los almendros con su programa de flores, toma la escopeta, el perro y la mujer, y no vuelve á asomar las narices por los salones hasta el invierno inmediato.



El trato social es á menudo el peor de los suplicios, y se explica perfectamente que haya quién huya de las gentes y se encuentre muy á su gusto en plena pampa, donde goza de entera libertad y donde la buena educación no le obliga á besar manos que quisiera ver quemadas, ni á sonreír cuando está rabiando, ni á participar del duelo de los demás cuando le ha caído la lotería, ni á aplaudir lo que no le hace gracia,

ni á saludar á quien no puede ver ni en pintura, ni á callar lo que siente, ni á oír lo que le desagrada.

— Nada mejor que el aislamiento y la soledad, nos decía á principios de este verano un soltero, amigo nuestro, que vegeta en el campo y que sólo muy de tarde en tarde suele trasplantarse á Buenos Aires. Indudablemente, añadió, la vida en la ciudad tiene sus ventajas, pero, ¿dónde me deja usted sus molestias? Si le dejaran vivir á uno tranquilo en su hogar, santo y bueno, pero ni siquiera eso es posible. Lo que es yo no transijo, no puedo transigir con la vecindad de ciertas gentes, que creen que dentro de su casa pueden hacer lo que se les antoje, sin consideraciones de ninguna clase á los vecinos. Esto es precisamente lo que me obligó á renunciar á toda sociabilidad y á trasladarme al campo, donde afortunadamente recuperé pronto la salud.

— ¿Estaba usted enfermo? le preguntamos.

— Sí, señor.

— ¿Y qué sentía usted?

— ¿Qué sentía? Pues lo que sentía... era no tener las fuerzas de Sansón para acabar con todos los filisteos de mis vecinos. Figúrese usted que al lado de mi casa vivía un profesor de cornetín que se había propuesto poner en música mis siestas. Primero le supliqué con muy buenos modos que me hiciera el favor de tocar más bajo... si no prefería dejar de tocar, que era lo que yo hubiera preferido también.

— ¿Y qué contestó?

— Pues nada, se indignó contra mí y me habló de sus derechos privados, de su autonomía musical, de la constitución, de las pandectas... ¡qué sé yo! Total, que tuve que denunciarle á la policía como perturbador de la tranquilidad pública; pero ¡ay! la policía, dignamente representada por el vigilante de la esquina, se encogió de hombros y me dió á entender que no había derecho para hacer callar á mi vecino, por más que á mí me pareciese algo discutible el que éste creía tener para mortificar al prójimo. Pero como el código no habla de delitos musicales, no tuve más remedio que bajar

la cabeza... y seguir durmiendo la siesta con acompañamiento de cornetín.

—Ciertamente es una lástima que no haya alguna disposición que prohíba los vecinos molestos.

—No, señor; no hay, al respecto, más que... *indisposiciones*.

—Ni quién haga comprender á esos individuos que si tienen derechos, tienen también deberes sociales...

—¡Y si no hubiera sido más que el del cornetín! Pero el



caso es que en cuanto acababa de tocar, empezaba á llorar desesperadamente su familia.

—¿Por qué?

—Hombre, ¿cómo no había de llorar, si tocaba tan mal! Y no paraban ahí las incomodidades. ¿Qué habían de parar! Figúrese usted que en el piso alto vivía un matrimonio que tenía en constante alarma al barrio. Recuerdo que el día que se instaló en aquella casa me pegué un susto terrible.

—¿Pues qué sucedió?

—Verá usted: eran las once de la noche; yo acababa de acostarme y me disponía á entregarme en brazos del descanso, cuando de pronto oí voces de ¡socorro! ¡socorro! que partían del piso superior. Me senté en la cama, escuché con atención

y no tardaron en turbar el silencio de la noche los mismos gritos pidiendo socorro, pero más fuertes que antes, más desesperados. No me quedó la menor duda de que algo extraordinario ocurría á nuestro matrimonio; me arrojé de la cama, me puse apresuradamente el pantalón, tomé el revólver, y poco después llamaba á la habitación de mis nuevos vecinos; no tardó en preguntarme una voz quién era y qué quería. —Soy el vecino de abajo, contesté, y como he oído que daban ustedes voces pidiendo auxilio...— ¡Ah! dispense usted, caballero, dijo la misma voz; voy á abrir. Y, efectivamente,



abrióse la puerta y apareció ante mis ojos el nuevo inquilino, con la cara más risueña de este mundo. Me invitó á pasar adelante, y aun cuando no estaba yo dei todo presentable, no tuve inconveniente en entrar, deseoso de aclarar aquel misterio.

— ¡Bah! Sin duda se trataba de alguna reyerta conyugal, de esas que suelen acabar á arañazos.

—No crea usted; él era un hombre excelente y ella una señora muy buena, y se querían los dos de tal modo, que nadie hubiera creído que fuesen marido y mujer.

—¿Pues entonces?...

—Ha de saber usted, me dijo mi interlocutor, después de preguntarme por la salud, que mi señora tiene un defecto físico que ha dado origen á no pocas alarmas en Buenos Aires.—¿Un defecto físico? exclamé yo con extrañeza y mirando atentamente á mi interlocutor, pues empezaba á sospechar que estaba chiflado.—Sí, señor, contestó con naturalidad; mi señora no oye, es sorda como una tapia y le aseguro que me he visto muchas veces en serios apuros para hacerle comprender tal ó cual cosa. Cuando el cura, al pie del altar, le preguntó si me quería por esposo, no contestó palabra, pues, ¡cosa rara en una mujer! estaba más sorda que nunca, y tuve necesidad de explicarle por señas la pregunta del sacerdote, aun cuando el padre de mi mujer era de opinión que se interrumpiese la ceremonia para mandar á buscar una trompetilla acústica, lo que no dejó de alarmarme, porque, lo que yo decía: si necesita de trompetilla para casarse, ¿qué será ¡Virgen Santa! cuando se trate de cosas que le sean indiferentes? ¡no va á oír ni con *trombón acústico!*—Sin embargo, interrumpí á mi vecino, no veo la relación que pueda tener la sordera de su señora con los gritos pidiendo auxilio que daba usted hace un momento.—Se engaña usted, observó mi interlocutor; no pedía auxilio; llamaba... á mi mujer.—¿A su mujer? exclamé yo; ¿y cómo se llama su mujer?—¿No lo ha adivinado usted aún? dijo mi vecino, sonriendo, Socorro.

—Pues á fe que el tal matrimonio era una ganga.

—No lo sabe usted bien. Cada día había una alarma en el barrio, y ocasiones hubo en que se llenó la calle de gente, pues á lo mejor se le ocurría á mi vecino asomarse al balcón y llamar á gritos á su mujer. Y nada hubiera sido ¡ay! el cornetín de mi vecino, ni el llanto de la familia de aquel verdugo musical, ni aquel matrimonio de mis pecados...

—¡Cómo! ¿Todavía había más?

—Sí, señor; todavía había más: una señora viuda de tres maridos, que lloraba á gritos... ¡á los tres!

—¿Nada menos que á los tres?

—Hay señoras así. ¡Si la hubiese usted oído! Era cosa que partía el corazón. Se pasaba las noches llorando y dando

voces desgarradoras. «¡Ay, Pancho de mi alma! ¡Ay, Isidoro de mi vida! ¡Ay, Pepe de mis ojos! ¿Por qué me habéis abandonado? ¿Qué será de mí sin vosotros? ¿Cuándo me reuniré con los tres?» Y después de estas frases, entrecortadas por los sollozos, volvía aquella Artemisa, corregida y aumentada, á exhalar su dolor en gritos agudos, que no nos dejaban dormir á los vecinos colindantes. Un día me asaltó una idea, que me apresuré á poner en práctica, desesperado de no poder descansar á ninguna hora. Voy á ver, me dije, si consigo al menos que me deje dormir de noche, ya que de día



es imposible, gracias al cornetín de mi vecino, á quien Dios confunda. Y me presenté á la viuda.—Señora, la dije, soy un caballero sensible y hace tiempo que sufro con su dolor.

—¿Eso le dijo usted?

—Y no mentía. ¿Le parece á usted poco sufrimiento eso de no poder pegar los ojos en toda la noche, oyendo llorar á una viuda de tres maridos? ¡Pues se lo doy al más pintado!

—Prosiga usted.

—Al escuchar aquellas palabras la buena señora apartó el pañuelo de los ojos y me miró fijamente.—Todavía es usted joven, continué, y es una lástima que el llanto empañe

esos ojos de serafín, que aún pueden brillar como esplendorosas estrellas en el cielo de otro amor, y marchite esas mejillas de nácar, que aún pueden encenderse como las rosas... ¿Qué consigue usted con llorar sin consuelo? Ajar sus encantos y afean ese rostro que tiene hechizado á un galán que hace tiempo suspira por usted.—Y envolví en una mirada de fuego á la viuda, que se puso como la grana.

—¿Y era realmente bella?

—¡Qué había de ser! Pero ¿para qué mujer no es un



evangelio la lisonja? ¡El caso es que la buena señora se miró furtivamente al espejo y debió encontrarse algo desmejorada, porque se enjugó rápidamente los ojos. Después me miró sonriendo y murmuró:—¿Qué importa que se marchiten mis encantos? ¿Quién ha de suspirar por mí?—¿Quién? dije yo con acento fogoso; quien está dispuesto á sellar los labios mientras vea lágrimas en esos ojos, porque comprende que es un amor sin esperanza el suyo. Si ha de ser condenado por usted á morir de celos y de desesperación, vale más que ignore su sentencia.—Y tomando mi sombrero, me alejé con aire trágico de la viuda.

—¿Y?...

—Pues nada, que aquella noche dormí perfectamente, pero, si cesaron los llantos de la buena señora, en cambio, desde el día siguiente, empezaron sus persecuciones, pues estaba empeñada en que la dijera quién era el amante *anónimo*, y subrayaba la palabra con una sonrisa que... en fin, que me obligó á emigrar de la ciudad y á buscar en el campo la paz que no encontraba en ella. Allí nadie me importuna, y si bien es verdad que las cigarras se permiten, en el ardoroso estío, corear mis siestas, prefiero su canto al cornetín de mi antiguo vecino, como prefiero mis soledades á la vecindad de gentes molestas, y las costumbres rústicas y sencillas del campo á las incomodidades que ofrece la vida en la ciudad.

CASIMIRO PRIETO.

FILIGRANAS

I

Aquella niña del talle leve,
de purpurina risueña boca,
es, cuando le hablan del verbo *amar*,
más fría que la nieve,
más dura que la roca,
más falsa que la mar.

II

Entre sus manos santas Dios juntó un día
nieve, estrellas y rosas de Andalucía;
de las estrellas ojos hizo al instante,
y de la nieve y rosas pecho y semblante;
y así, de una amalgama tan caprichosa,
resultó la Eva-etera: mujer y diosa.

III

Los poetas, fabricantes de castillos en el aire,
dirán, niña, que es hacerte, si no agravio, gran desaire,
no decir muchas lindezas de tu gracia y hermosura
en los versos con que manchan de estas hojas la blancura.
Aunque admiro los encantos de tu cuerpo escultural,
más me hechizan las virtudes que hay en tu alma angelical.

RICARDO PALMA.

MENDIGO DE PORVENIR

- Señor, tenga caridad.
 ¡Una limosna, señor!
 — ¡No, le he dicho!
- ¡Por favor!
- ¡Hombre! ¡qué tenacidad!
 — ¡Ay! Cuando vine de Europa
 ¿quién me había de decir
 lo que había de sufrir,
 sin comer... con esta ropa?...
 — ¿Vino usted de Europa?
- Sí.
- ¿Y allí pedía también?
 — Era para mí un edén
 aquello, y no como aquí
 donde soy un *atorrante*,
 siempre en continua aficción.
 Porque yo allí era Barón.
 — ¡Vamos! Barón... postulante.
 — Yo allí estudié con empeño.
 — ¿Para qué?
- Para abogado.
 — Me lo había figurado.
 — ¿Sí?
- ¡Claro! en lo pedigüeño.
 — El Derecho, como digo,
 me lo tomé tan á pecho...
 — Sí; que estudiando Derecho
 fué derecho á ser mendigo.
 — Luego, y después que pensé
 en entretener mis ocios,
 me dediqué á los negocios
 y al instante me casé.
 — ¿Negocio en que quebraría
 si fué por el interés?
 — No; el quebrarme fué después
 al subir en un tranvía.
 Con una energía homérica
 de vivir buscaba el modo,
 pero siendo inútil todo,
 ¿qué hice? pues venirme á América.
 Un baúl-mundo vacío
 mi equipaje completaba,

y no obstante, yo exclamaba:
«No me apuro, ¡el mundo es mío!»
— ¡Es natural!

— ¡Cuánta hiel
me hizo tragar un gandul,
pues decía que el baúl
no era mío, sino de él!
Llegado aquí, mi deseo
fué ponerme á trabajar,
y me puse sin tardar
en busca de algún empleo.
Estuve con tres ó cuatro
compañías varios días.

— ¿Y eran *malas compañías*?

— Compañías de teatro.

Mas tuve una discusión
con el *patrón* y refí.

Tenía hambre y me comí
unos pollos de cartón.

Como estaba ilusionado
yo me los tragué.

— ¿Qué escucho?

— Mas luego padecí mucho
con el vientre encuadernado.

— Y ahora ¿por qué no trabaja?

— Voy á decirle, señor,
mi oficio es de corredor;
pero ahora estamos en baja.

— ¿Corredor?

— Le estoy hablando
con toda sinceridad;
yo corro, esta es la verdad,
pero corro... mendigando.

— ¡Ah!

— Parten los corazones
mis angustias y mi afán.
Yo pido.

— ¿Y siempre le dan?

— Sí, me dan buenas razones.
Mi situación es tan crítica
que en cuanto encuentre zapatos,
aun siendo de los baratos,
me dedico á la política.
Y me encuentro decidido,
pues ya con alguno hablé.

— ¿Y subirá?

— Subiré.

Me lo tienen prometido.
 Hoy tengo las botas rotas
 y la ropa en mal estado;
 pero en cuanto esté empleado
 ¡voy á ponerme las botas!...

LUÍS GARCÍA.

Buenos-Aires.

LAS GOTAS DE AGUA ¹

(DE APELES MESTRE)

La primera gota de agua
 que cayó sobre la roca,
 se deslizó y fué á perderse
 silenciosa.

Siguiendo el mismo camino
 cayó la segunda gota,
 y se perdió la segunda
 como la otra.

Y vino otra, y otra... y lentas...
 tejieron siglos las horas,
 y las gotas resbalaban
 en la roca.

Y otra más, y otra... incesantes
 y temerarias las gotas
 ya abren surco, ya su paso
 marcar osan.

El surco es ya una caverna
 que la ardua roca devora;
 pronto habrá desaparecido
 tal vez toda.

¿Cuál ha sido la más fuerte
 y potente de las gotas,
 la que á la nada redujo
 la ardua roca?

No ha sido, no, la primera,
 ni la segunda, ni la otra,
 ni ésta, ni aquélla... ¡Ninguna!
 ¡Fueron todas!

J. T. MERA.

¹ Del libro *Odas serenas*.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Carlos Vega Belgrano

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

PENSAMIENTOS

Estoy por creer que el hombre tiene más ideas, pero no más inteligencia que la mujer.

La mayor parte de los que se llaman realistas no son más que materialistas.

Lo que hay de complejo en el amor humano, nace del conflicto que existe entre el hombre animal y el hombre social.

Las gentes están más dispuestas á pagarse de su persona que de su dinero.

Los emigrantes están llamados á ser hombres libres, porque emigrar, en la mayoría de los casos, es concluir con las limitaciones más grandes y romper los lazos más estrechos.

La República Argentina es una democracia social, pero no política.

En la República Argentina, el sistema presidencial es una semidictadura sin grandeza.

CARLOS VEGA BELGRANO.

Buenos Aires, 1894.

EPIGRAMA

—¿Con su esposa, don Manuel,
á solas te sorprendió?
—Te equivocas, no fui yo
el *sorprendido*, fué él.



ROMANZA DE PRIMAVERA

Cuando el rayo luminoso
de la luna en el follaje
ha dejado un tembloroso
fino encaje,

que destella entre la sombra
con blancuras de alabastro;
cuando la nivosa alfombra
de los fulgores del astro

en la selva se desata
formando un rico tapiz,
en donde riel el matiz
de la plata.

En alígeras bandadas
van los silfos y las hadas
—el cortejo de Oberón—
y en la noche negra y fría
van dejando su alegría
en sonora vibración.

Todo canta en la pradera
y la turba vocinglera
se detiene... ya no avanza...
¡son tus flores, Primavera,
levantando una romanza!

Son las rojas amapolas
y las blancas azucenas,
entreabriendo las corolas
y exhalando en tibias olas
sus fragantes cantilenas.

Son las flores pequeñitas:
las plateadas margaritas,
y la rubia madreSelva;
son los lirios y las rosas,
las sensuales tuberosas
escondidas en la selva.

Son los pétalos de nieve
de los blancos azahares,
que la tenue brisa mueve
con su soplo dulce y leve
en los verdes limonares.

Canta trémula la fronda,
la azulada y móvil onda,
la tupida enredadera...
esos son tus trovadores,
los arpegios de tus flores,
reina blanca Primavera!

Y en alégeras bandadas
van los silfos y las hadas,
—el cortejo de Oberón—
cuando el alba roja avanza
y se apaga la romanza
en sonora vibración!...

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

Méjico.



EPIGRAMA

Falleció en un tercer piso
un usurero malvado,
víctima de cruel... estafa;
y me decía su hermano,
que habitaba en el segundo,
la vista al techo elevando:
— ¡El pobre ya está en el cielo!
— Verdad: en el *cielo... raso.*

FRAGMENTO DE UNA OBRA INÉDITA

Es un caso que me ha sucedido muchas veces. Un día me propuse escribir un libro. Hice investigaciones, tomé apuntes, tracé el croquis del argumento, borroneé un par de diálogos y tres ó cuatro retratos y... al cabo de una porción de meses me encontré con estos borradores trasapelados en el fondo de mi pupitre.

Don Casimiro Prieto, que se pasa de amable, pedíame con insistencia algunas cuartillas de original para su magnífico ALMANAQUE. Yo estaba tan atareado que me era literalmente imposible escribir un artículo para satisfacer un deseo que tanto me honraba, y este hallazgo me pareció providencial.

Cogí aquellos apuntes y, cercenando por un lado y añadiendo por otro, compuse un artículo que luego resultó muy largo, por lo que resolví enviar á las cajas su primera parte, que en resumen dice de este modo:

Desde que se ha propagado el estudio del sanscrito, y los asiólogos han encontrado la clave para descifrar los misteriosos caracteres cuneiformes, y los egiptólogos han arrancado al esfinge el secreto que tuvo guardado por espacio de tantos siglos, los eruditos conocen tan á fondo las remotísimas civilizaciones de Oriente como conocieron nuestros abuelos los anales de Grecia y Roma.

Resulta de ahí que toda la era cristiana es hoy una época relativamente moderna, como último esfuerzo y postrera etapa de la humanidad hacia ese ideal de perfección, que es la honra y el tormento de los míseros mortales. Por esto hacemos notar que es puramente relativa la antigüedad de los sucesos que nos proponemos relatar en este libro. Los egregios personajes y las obscuras muchedumbres que en ellos intervinieron profesaban nuestras creencias, tenían nuestro código religioso, nuestras supersticiones y prejuicios, hoy por

el progreso de la civilización atenuados, y sus costumbres é instituciones políticas y jurídicas fueron el germen y el fundamento de las que más adelante florecieron y aún hoy en gran parte se conservan.

De estas y otras análogas consideraciones ha nacido el que podríamos llamar criterio moderno en el estudio de la Historia; criterio que ha acabado con las arideces, la sosa y estéril pedantería y el fárrago indigesto de fechas y nombres propios que antaño la constituían, volviendo locos á los estudiosos con una balumba de cosas superfluas, inconexas y, muy á menudo, pésimamente ordenadas.

Hoy el historiador no menosprecia la leyenda; antes por el contrario la estudia, la analiza, la compara con otras de su índole y de su tiempo, y las señala á la atención del filólogo y del etnógrafo, que á la luz de estos datos descubren la filiación y los progresos de las lenguas y la emigración de las razas.

Quiero decir con esto que, ni aun en el orden puramente científico, puede calificarse la leyenda de elemento baladí y de calidad muy secundaria. El pueblo, ese gran vate anónimo que todas las compuso, prohibiéndolas, ampliándolas y ornamentándolas con las galas de una imaginación inagotable, es un gran colorista. En esas candorosas creaciones del ingenio popular hay toques magistrales, engendro de una intuición maravillosa, que no se aprenden ni se imitan. Sus personajes tienen un vigoroso relieve y una talla agigantada que traspasan los lindes de lo terreno y codéanse muy á menudo con los monstruos del mundo fantástico; pero sin perder por esto el sentimiento humano, que es el secreto primordial de los grandes triunfos literarios á la vez que el más opulento manantial de estéticas emociones.

De ahí que los poetas y los artistas más insignes, desde Dante hasta Shakspeare, de Shakspeare á Goethe, de Goethe á Víctor Hugo y de Víctor Hugo á Wagner, hayan ido á beber en esa fuente inexhausta sus inmortales inspiraciones.

La idealización del tipo humano, elevado á la categoría de mito, lo metamorfoseaba muchas veces en piedra, como lo

hizo con Niobe, llorando la muerte de sus hijos. Revelábase la excelsa condición de los dioses y los héroes en la calma de sus actitudes, en la serenidad de sus semblantes, cuyos ojos sin pupilas parecían abarcar la infinita extensión de los horizontes. Pero el majestuoso é imponente sosiego de la apoteosis había despojado á los inmortales de todo vestigio terrestre. Sólo se contaba de ellos que, en la inefable beatitud del empero, se complacían en conservar algunas de las más regocijadas impurezas de nuestra realidad. De sus antojos y liviandades—escándalo de los más austeros filósofos de Grecia y Roma—nacieron los héroes ó semidioses, pregonando á la faz del mundo el comercio de los inmortales con los hijos é hijas de la tierra.

Aquellas deidades, que tenían carta blanca para saciar sin freno ni cortapisa sus más desordenadas pasiones, revelan los ideales de una sociedad sensual y voluptuosa; ideales de todo punto incompatibles con los dogmas y la moral de la Religión fundada por el Mesías. Del antiquísimo principio dualista, base de las filosofías y literaturas orientales, no aceptó el Cristianismo sino la noción de la lucha perennemente librada entre el bien y el mal. Y aun no consintió que se les considerase situados á un mismo nivel, combatiendo como de potencia á potencia, sino en el modo y forma que tan magistralmente ha expuesto Milton en su *Paraíso perdido*.

El triunfo del Cristianismo fué ante todo el triunfo de una reacción espiritualista. La carne, esto es, la materia, con sus físicas propensiones á los deleites groseros, fué incluida en la lista de los tres mayores enemigos del hombre. Y á tal punto llegó el terror inspirado por sus pecaminosos instintos, que cayeron en desuso las abluciones y los baños del gentilismo y proscribióse el desnudo en las artes plásticas, representándose á los santos con unos cuerpos diáfanos de puro demacrados, esto es, con la cantidad de materia estrictamente necesaria para servir de albergue á una alma corrida y espantada de su cárcel terrena.

¿Queréis ver los prototipos de esa gran revolución religiosa, artística y literaria creados por la Musa popular euro-

pea? Ved el maravilloso ciclo de leyendas del rey Arturo de Bretaña. Sir Galahad y sir Parsifal, los más perfectos paladines, no van en busca de mundanas aventuras, sino de un místico y celestial tesoro: el San Graal. Y como el tal tesoro no puede conquistarlo sino un caballero virgen de todo carnal comercio, los dos héroes cristianos consagran su virtuosa existencia no sólo á exterminar á los monstruos que pretenden cerrarles el paso en su santa empresa, sino también, y muy principalmente, en vencer las tentaciones con que se empeña el infierno en malograrla.

Este espíritu de abnegación y misticismo resplandece en todos los héroes de los poemas caballerescos, desde las tradiciones referentes á los Caballeros de la Tabla Redonda hasta el Tancredo de la *Jerusalén libertada*. Es la pintura de la eterna lucha entre la pasión y el deber, base de la moderna escuela romántica; otra reacción espiritualista contra los convencionalismos de una resurrección literaria incompatible con el genio y las tendencias de la civilización cristiana.

A los tipos petrificados del Olimpo clásico sucedieron los caracteres vivos, animados, batalladores, de carne y huesos; pero de carne palpitante, pecadora, que sucumbía muchas veces á la tentación al sentir las llamaradas del infierno, brotadas de allí para sólo ello, cuando ascendía la savia por los troncos de los árboles y cantaban los pájaros sus amores en la floresta, y todó convidaba al amor y á sus dulces deleites.

Era que la Gran Madre se vengaba del desvío de aquellos místicos exagerados; era que la Naturaleza reivindicaba sus derechos de despótica soberana; era que, á despecho de las más virtuosas intenciones y de la más sublime fortaleza de espíritu, la flaqueza de la carne se rendía á la fascinación de una realidad hermosa y á la influencia de una atmósfera embriagadora que hacía penetrar por todos sus poros los efluvios de vida que despide la tierra.

Entonces el héroe se avergonzaba de su caída, sonrojábase de haber sido hombre, macerábase con ásperas penitencias, y pasaba noches y más noches llorando amargamente su culpa en el fondo de una caverna escondida en la fragosidad de un

monte, alimentándose de hierbas y raíces para tener á raya los ímpetus de la carne. De estos combates y esta abstinencia debían nacer pesadillas y alucinaciones muy terribles que han inspirado á Callot su famosa obra *Las tentaciones de san Antonio* y á Flaubert la obra del mismo título, célebre por su fantasía y colorido.

Desde los anacoretas de la India, tan ponderados en el *Ramayana*, hasta los ermitaños de la era moderna, son infinitos los casos de esta índole que registran los anales y los poemas de todos los pueblos. Allí, á orillas del Ganges, ya se encuentra el tipo original de esos seres privilegiados que, á fuerza de penitencias y meditaciones, acababan por subyugar la Naturaleza equiparándose á los dioses. Bien dice la Biblia que no hay nada nuevo bajo el sol.

De esa antítesis tan radical, de esa lucha perenne entre el espíritu y la carne debían nacer por necesidad muchísimas y muy dramáticas leyendas, en las cuales no puede menos de ver el pensador una reacción y una protesta contra la teoría desconsoladora que encierra la existencia y el destino del hombre dentro de los límites de su miserable peregrinación sobre la tierra.

En esos formidables conflictos vese renacer la lucha tradicional de las viejas mitologías orientales entre los ejércitos luminosos de los cielos y las precitas legiones de las tinieblas; entre las potestades benéficas y las deidades malignas; entre Rama, encarnación de Vishnú, y Siva, príncipe de los infernos; entre Oromazes y Arimanes, entre Osiris y Tifón. Es la eterna teoría dualista en la cual ve el Cristianismo una reminiscencia de la revelación primitiva y que en Jesucristo y Satanás hallamos nuevamente reproducida.

No hay nada más curioso que el estudio de estas leyendas remontando el curso de las edades, observando las evoluciones que realizaron al través de los siglos y notando las analogías y las diferencias que en ellas se advierten, merced á la influencia del tiempo, del clima y de las diversas razas que influyeron en su carácter y en su desenvolvimiento.

Por esto el estudio del Folk-lore, que muchos califican con

harta ligereza de frívolo entretenimiento, es tan útil y atractivo. En suma viene á ser como la historia interna del genio humano. En los pueblos eslavos se han encontrado reminiscencias de la mitología védica; en la Escandinavia se han descubierto vestigios de supersticiones asirias.

Sobre cada una de estas coincidencias podría escribirse un libro curiosísimo. A veces no son completas; les sobran ó les faltan detalles para asemejarse por completo á la tradición primitiva. Es que una súbita inmigración, una expedición guerrera ú otro motivo, á veces ignorado, injertaron en el tronco principal una rama exótica, y es en muchas ocasiones harto difícil distinguir lo accesorio de lo principal y señalar la filiación de cada uno de estos mitos.

Cox, en Inglaterra, y Gubernatis, en Italia, han sobresalido por su ciencia y sagacidad en estas arduas investigaciones. Como humilde discípulo de tan sabios varones, no aspiro á más que á aprovechar su enseñanza; como aprovecha el minero la luz de la lámpara que le preserva de extraviarse en el dédalo subterráneo que recorre en busca de escondidos tesoros.

Mi propósito es reseñar y comparar entre sí dos interesantes leyendas: la bretona de *Roberto el Diablo* y la catalana de *Juan Garin*.

En efecto, tal era mi propósito; pero otros trabajos más urgentes me privaron de realizarlo. El escritor propone y el editor dispone. Escribir lo que á uno le viene en voluntad es un lujo que pocos escritores pueden permitirse.

Y ahí tiene mi buen amigo, el señor Prieto, por qué le ofrezco estas cuartillas tan sosas é incongruentes, rogándole que perdone la franqueza en obsequio á la buena intención. Si mejores las tuviera, mejores se las ofreciera.

J. COROLEU.

Barcelona, 20 de Abril, 1894.

EN LA ÓPERA



—¿No te gusta el tenor? ¡es un portento!
¡qué voz! ¡qué sentimiento! ¿á quién no embriaga
de entusiasmo y placer su dulce acento?
—¡Cómo no ha de cantar *con sentimiento*,
si hace un mes que la empresa no le paga!

SÁTIRA

CONTRA VICIOS Y MALAS COSTUMBRES ACTUALES

Leí, Trelles amigo, los renglones
 en que me anuncias el menguado intento
 de imprimir en un tomo tus canciones.

Aún lo medito y me parece cuento.

— ¿Cómo es posible — exclamo — tal locura
 en hombre de su edad y su talento?

En vano, Trelles, mi razón procura
 el móvil conocer que te inspirara
 tan informal y fútil aventura.

¿Qué te propones, dí? ¿Tu mente clara
 ¿no te muestra el escollo? ¿No te advierte
 que no es de cuerdos pretensión tan rara?

Harto sé que es tu numen libre y fuerte;
 que luce en lo festivo fácil vena
 y en un solo cantar zurra y divierte;
 sé que el triunfo del mal te causa pena,
 y aunque el pollino esté forrado en oro,
 en vez de darle miel le das avena.

Harto sé que no formas en el coro
 que alabanzas dirige á los tiranos,
 del numen y las letras en desdoro.

Más conozco también, como á mis manos,
 lo que en punto á costumbres de lectura
 suelen ¡ay! dar de sí nuestros hermanos.

¡Pobre del yate que deber procura
 (ni aun de mendrugo mísero) el sustento
 sólo á su inspiración alada y pura.

Admirarán la gracia y sentimiento
 de su cantar, y en Juntas y Casinos
 á sus obras tal vez darán tormento.

Pediránle sonetos peregrinos
 para el álbum de Flérida y de Juana,
 ó bien para el natal de sus vecinos:

— Saque usted unos versos á mi hermana.

— Escríbale un acróstico á mi tía.

— Déme un canto de amor para Fularía.

¹ Premiada en los últimos Juegos Florales de Mayagüez (Puerto-Rico).

Este será el cantar de cada día...
 ¡En tanto que los libros del poeta
 ociosos llenarán la librería!

Perdona, caro amigo, que así meta
 en tu propia escudilla mi cuchara,
 y en vez de protección te dé palmeta.

Me gusta la verdad sencilla y clara,
 y si peca mi labio de severo
 es noble la intención y ella me ampara.

¿Pretendes adquirir gloria y dinero?
 Pues huye de la bella Poesía,
 que sólo — á mucho dar — da lo primero.

Si quieres obtener tal gollería,
 hacia el tinglado de Mercurio boga
 y dirige á este dios la puntería.

Inventa un específico, una droga;
 haz píldoras de miel y barro duro,
 cúbreelas de la ciencia con la toga,
 dales tu nombre, en fin, y yo te auguro
 (si es el reclamo pródigo y brillante)
 que pronto habrás un porvenir seguro.

¿Pones á mi proyecto mal semblante,
 y á combatirle vienes, conduciendo
 de la honradez el Cristo por delante?

¡Sosiégate, por Dios, y no haya estruendo
 que, aunque no te propongo cosa nueva,
 tu alarma y tus escrúpulos comprendo!

De otra industria más fácil haz la prueba;
 busca ron malo, adóballo de modo
 que halague el paladar de quien lo beba,
 y alaba tu invención. ¡Eso es el todo!
 ¡Hay que tener propicio al dios risueño
 por quien la Humanidad empuja el codo!

¿Me miras otra vez con torvo ceño?
 ¡Bah! Del vicio en la hoguera pavorosa
 que no se ha de extinguir ¿qué importa un leño?

Darle crédito á un ron es fácil cosa.
 Cual moscas á la miel irán las gentes
 en pos de tu bebida apetitosa.

Y tendrá cada vez más alicientes;
 que el vicioso al objeto deseado
 lo ve del optimismo con los lentes.

Uno dirá: — ¡Qué gusto delicado!

Otro: — ¡Qué buen color! ¡Qué rico aroma!
— ¡Cómo aviva el testuz! — dirá un taimado.

Aún habrá quien afirme, y no de broma,
que es digestivo, fresco, atemperante,
y merece entre todos el diploma.

Un nombre le pondrás vivo, insinuante;
La Ventura, La Gloria, La Ambrosta,
El Amor, El Ensueño, La Bacante,
y verás cómo crece cada día
la fama de ese ron que hará tu fama,
dando á tu bolsa pingüe granjería.

De la vida en el vasto panorama
deslumbra más el fraude refulgente
que del talento la fecunda llama.

¡Triunfe, pues, de la lira el aguardiente,
y, ya que el vulgo desbordado impera,
lucrémonos del vulgo en la corriente!

—

¿No te gusta la fama licorera?
Pues hallarás industrias á montones,
sin calentarte mucho la mollera.

Explota del azar las tentaciones,
y el lotero filón, que es vena rica,
te dará sin esfuerzos sus doblones.

Del sabio Darwin la invención aplica
á embravecer el gallo belicoso
que aun en las garras de la muerte pica.

Observa, elige, cruza sin reposo
hasta obtener el tipo sublimado
que mata á sus congéneres furioso.

Presenta luego al galleril mercado
ese Cid Campeador de cresta y pico,
ese Roldán intrépido emplumado,
y á fe de hombre veraz te certifico,
que si hay en tus gestiones eficacia
esos gallos te harán famoso y rico.

Otras industrias hay de jugo y gracia
que no describo aquí punto por punto,
porque fuera ofender tu perspicacia.

Mas si eres soñador, según barrunto,
si el afán de escribir tanto te abruma,
nuevo giro daremos al asunto

sin salir de su radio, pues — en suma —
el negocio venal es ambidiestro,
y lo mismo hace á pelo que hace á pluma.

Cual se lleva un rocín por el cabestro,

así del vulgo la atención domina
el escritor en máculas maestro.

Ya convierte la péfiola en bocina,
y del triunfante la pasión halaga
en espera de pródiga propina;

Ya del vencido la sangrienta llaga
exacerba y aviva de tal suerte
que en vez de repulsión produzca paga.

El *guisado* dispone en salsa fuerte,
que al paladar del cándido recrea
y su buen gusto natural pervierte.

¡Mucha frase ahuecada y poca idea,
golpes de relumbrón, brochazos duros,
poca luz diamantina y mucha teal

Así el seudo escritor sale de apuros,
y ante el coro vulgar echa la pata
á los ingenios doctos y maduros.

¿Te gusta el figurín? La flor y nata
del gremio publicista representa
ante el corrillo que su voz acata.

Si el patriótico ardor le tiene cuenta,
extremará la nota hasta el delirio,
mientras pone quizás la patria en venta.

Hablará de Numancia y su martirio,
y encenderá una vela á don Pelayo
y á don Opas después pondrále un cirio.

—

¿No te aventuras, Trelles, al ensayo?
Tu conciencia de austero, ¿no se aviene
con las mangas anchísimas del sayo?

Pues varias formas el negocio tiene.
En las de más fulgor pasa revista,
por si alguna entre tantas te conviene.

De la más fácil te pondré en la pista.
¡Veremos si con mañas de coqueta
tu desdeñosa voluntad conquista!

Establece un periódico veleta,
cuya opinión versátil cambie y gire
tan sólo al lucro material sujeta.

Que pague pronto y bien el que lo inspire,
y su contradictor desmienta y pague
cuando aquél cierre el bolso y se retire.

No hay perfidia en la cosa ni hay enjuague,
y es justo conceder emolumento
á todo el que nos sirva y nos halague.

Cual se alquila por viajes un jumento,

conductor infeliz de la materia,
se alquila el conductor del pensamiento.

¡Todo es negocio ya, todo se feria,
y algo á la profesión más noble y alta
ha de tocar de la común miseria!

Cuando noticias graves hagan falta,
busca afanoso la que al hombre humilla,
y deja con desdén la que le exalta.

El cadalso, el revólver, la cuchilla,
los crímenes de amor, del vicio el cieno
son del vulgo sabrosa comidilla.

¡Infiltrale en el alma ese veneno,
y en el olvido — porque no impresiona —
quede la acción magnífica del bueno!

—

Ya imagino en tu frente la corona,
y en férrea caja la copiosa renta
que te permita hacer la *vitta bona*.

Si eso no te entusiasma y te contenta,
pide á tu inspiración otro programa
y acusa en otros tutes las cuarenta.

Solicita el favor de alguna dama
que tenga en las alturas poderío;
de política audaz entra en la trama;

agárrate á la chupa de algún tío
que te *saque* á la fuerza diputado,
y al presupuesto adhiérete con brío.

Haz, en fin, lo que fuere de tu agrado,
con sólo una excepción: darnos impreso
ese libro, en mal hora proyectado.

Como dice la jibara¹ al camueso
que con no muy honestas intenciones
la requiere de amor, « déjate de eso. »

Medita bien y en calma mis razones,
y no lances los versos á la imprenta
sin medir el peligro á que te expones.

Si alguien con celo pertinaz te alienta,
ó no siente el dolor de tu... bolsillo,
ó lo hace con su sal y su pimienta.

Querrá costuras gratis el muy pillo,
y que pongas también los materiales,
como el cándido sastre del Campillo.

¡Oh, Trelles, vuelve en tí! Piensas y vales,
y hasta tienes (aparte lo poeta)

¹ Campesina de Puerto-Rico.

tus potencias de espíritu cabales.

Aún puedes ¡vive Dios! dar en la meta
y tomar por asalto la Fortuna,
con un esfuerzo súbito de atleta.

Ya que á la audacia el éxito se aduna,
con ella sola puede el ambicioso
remontarse á los cuernos de la luna.

El saber es un lastre peligroso
que impide la ascensión. ¡Los libros cierra,
y lánzate á medrar, haciendo el oso!

A las Musas y al Arte mueve guerra;
haz del talento y la virtud desmoche,
y rabie la verdad. ¡Ancha es la tierra!

Para que el mundo luego no reproche
de tus planes soberbios la osadía,
sube la cuesta de Mercurio en coche,
y dirige á este dios la puntería.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS.

Puerto-Rico.

DESPEDIDA

Á FEDERICO GAMBOA

Nos abandonas hoy. Ave viajera,
después de mucho andar, solo, rendido,
vuelves las alas al paterno nido,
que allí el abrazo paternal te espera.

Haces bien, pues la dicha verdadera
sólo se encuentra en el hogar querido,
donde, junto á la madre, sin ruido,
como un sueño pasó la edad primera.

Tú la hallarás, sin duda. La has ganado
al apurar los ásperos dolores
que siente en tierra extraña el desgraciado;

Y propicios te sean los amores
en la patria feliz, donde ha cantado
su bardo predilecto, el dulce Flores,

D. D. MARTINTO.

Buenos Aires, 1893.

BUEN REMEDIO



—Víctima de cruel anemia,
si en algo tiene la vida,
salga usted al campo en seguida,
pues la enfermedad apremia.



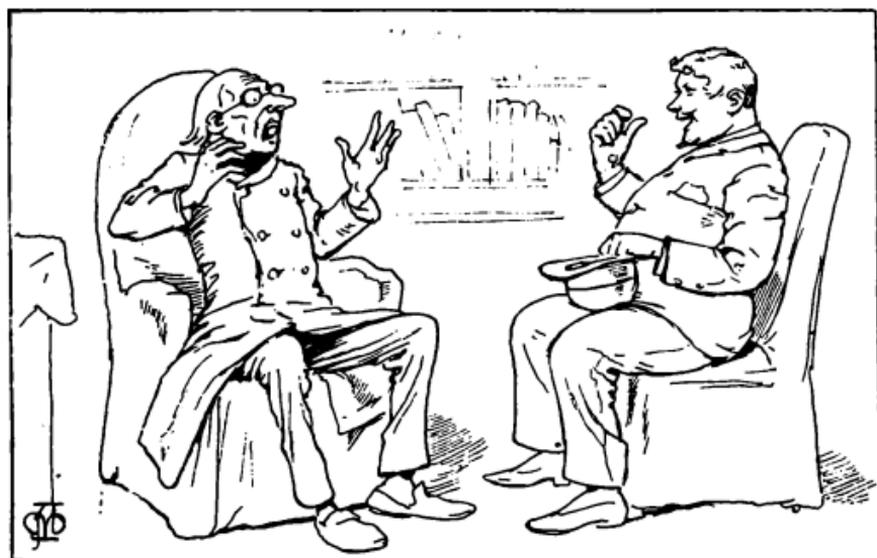
—¡Salir al campo, á perder
el tiempo en eternos ocios!...
¿Cómo dejo los negocios
en manos de mi mujer?



—Es preciso que busquemos algún medio...

—¡Separarte al mes justo de casarte!

—Pues es forzoso... ¿qué hacemos?



—¿Quién le va á usted á conocer? fortuna la suya ha sido de ir al campo...

—¡Si no he idol... quien ha ido es mi mujer.

EL TORMENTO DEL AVARO

Á CARLOS VEGA BELGRANO

I



gm

OBRE el jergón de la mísera vivienda, los dos mendigos, matrimonio de harapientos, contaban y recontaban con afán las brillantes monedas de oro. Habían tendido la mano á todos los habitantes de la opulenta ciudad por espacio de cincuenta años. Y ahora, en las noches heladas, á la luz de vacilante candileja,

revolvían con fruiciones de sórdida avaricia el montón de monedas resplandecientes. ¿Qué les importaba á los arambelosos el frío que congelaba sus huesos, la humedad que filtraba las paredes del estrecho tugurio, el hambre que les retorció las entrañas? ¿No eran ricos? ¿No poseían, ellos solos, aquella mina desconocida, aquel tesoro de Sésamo, aquella cascada del precioso metal ambicionado por los hombres?... Y el ruido de las monedas, ese ruido único de las monedas de oro, cantaba en sus oídos con música embriagadora. Relampagueaban los ojillos de los miserables, como las pupilas llameantes de un cárabo, en la penumbra del infecto tugurio. Volvían á contar las monedas, besándolas con delicia, acariciándolas con ternura, apretándolas nerviosamente entre sus dedos de momia.

Después, á los fulgores primeros de la mañana, rendidos por la fatiga, debilitados por el ayuno, se dormían echados de bruces sobre el tesoro, se dormían el uno junto al otro, pareja de gusanos nauseabundos y repelentes como las brujas de Macbeth.

II

Una noche de Diciembre, una límpida noche fulgurante, en que las estrellas cantaban, allá arriba, la melopea sublime de los orbes, el gran ángel de alas negras, que recoge las almas depravadas, arrebató de los cuerpos raquíticos las dos almas leprosas de los mendigos, y condújolas ante el trono soberbio donde el monarca de las sombras eternas juzga á los réprobos, rodeado por sus falanges malditas, por sus cohortes silenciosas y fúnebres.

Infinitas columnas de jaspe negro sustentaban las arcadas inmensas del palacio tenebroso. Una luz extraña, fosforescente y melancólica, alumbraba las galerías que se bifurcaban en largas espirales. Con ondas intermitentes, un perfume penetrante de sándalo, surgiendo de pebeteros invisibles, inundaba el ambiente azul-pálido. Sobre un trono magnífico,—un trono de ágata recamado de púrpura,—el gran Rebelde, con majestad de Arcángel, apoyando el nervudo brazo sobre tridente flamígero, con gesto augusto, ordenó á las almas jibosas de los avaros que penetraran en sus cuerpos raquíticos, y allí, al lado, en altas pilas de monedas áureas y enloquecedoras, fué colocado el tesoro recogido sobre la tierra durante cincuenta años de privaciones y de miserias.

III

Habló luego el gran Rebelde al oído del ángel de alas negras, y el eco monstruoso de las orquestas infernales rompió con una overtura magna, estrepitosa, formidable. Un festín opíparo, un festín deslumbrante, presentóse ante los ojos fascinados de los dos mendigos. Demonios coronados de caléndulas, amapolas y nenúfares, tañendo címbalos y flautas, marchaban á compás con actitudes funambulescas. Tumultuosa avalancha de diablillos, jinetes sobre elásticas culebras, que azotaban con fustas de piel de camaleón, penetró en la magnífica estancia, y con ritmo diabólico cantaron en coro,

en tanto que bayaderas pálidas, cubiertas las amplias formas provocativas con túnicas de gasa, espárcían sobre los convidados atónitos una lluvia de perlas y de rosas deshojadas, y en copas de ámbar escanciaban licores que tenían los pérfidos cambiantes del ópalo y las ígneas fulguraciones de los rubíes mágicos de Oriente.

IV

De pronto los mendigos, que acercaban á sus labios manjares exquisitos, sin apartar sus ojillos de murciélago del montón de monedas, lanzaron un grito, un grito de horrible angustia, de amargo padecimiento. Lentamente iba disminuyendo, achicando, desapareciendo su tesoro. Sin agitar sus labios, con expresión indefinible de terror, veían desaparecer suavemente, gradualmente, paulatinamente su tesoro. De la pila de monedas sólo quedaba una; ¡la última!...— ¡Piedad! gritaron, arrastrándose como reptiles á las plantas de Luzbel; ¡piedad! ¡Déjanos, al menos, oh Rey, esa última reliquia de la pasada riqueza!—Y lloraban á los pies del adusto Monarca de las sombras, que les contemplaba en silencio, con irónica sonrisa, con majestad de Arcángel, apoyado en su tridente flamígero. Luzbel se inclinó al oído del ángel de alas negras, y entonces, ¡suplicio formidable! al lado mismo de los dos avaros, sin que pudieran alcanzarlo, se vió brotar un río de oro líquido, se vió correr un río maravilloso de rubias olas centellantes, un río de olas parecidas á rayos de sol fundidos, á fragmentos de astros y de nebulosas disueltas. Y los miserables, lívidos por el deseo, espoleados por la codicia —nuevos Tántalos enloquecidos por la sed del oro— extendían, en vano, sus labios hacia la fúlgida corriente, extendían, con ansia, sus labios febriles, á través del hondo tiempo, por toda una larga noche de siglos, en la perpetua noche de la insondable Eternidad!...

I. EOPOLDO DÍAZ.



PAISAJE

Atardece, y el sol con lumbres rojas
 tiñendo está la inmensidad del cielo;
 de los ceibos en flor brillan las hojas,
 y los pájaros saltan por el suelo.

Cada chispa de luz es un topacio,
 cada jilguero un cántico sonoro,
 cada floresta espléndida un palacio,
 y cada nube un camarín de oro.

Los átomos de púrpura abejean
 sobre las albas y entreabiertas rosas:
 las libélulas fúlgidas llamean,
 y se irisan al sol las mariposas.

Azota el mar con ímpetu violento
 el robusto perfil de los escollos,
 y del aura fugaz el tibio aliento
 acaricia los vívidos pimpollos.

Allá en el bosque zumba la cigarra,
 bulle la gente al pie del ventorrillo;
 de pronto vibra el son de la guitarra,
 y el entusiasmo crece en el corrillo.

En el ruinoso templo de la aldea
 resuena lentamente la campana;
 el agua en los remansos chapotea,
 y hay en el campo olor de mejorana.

Tras el pretil que se enguirnalda en flores
 se oyen voces de niños cristalinas,
 y en el fresco verjel, los surtidores
 se están diciendo chanzas peregrinas.

A la orilla del mar se halla sentada
 la más linda doncella del contorno;

hierva de áureos insectos la enramada,
y el ocaso refulge como un horno.

Viste la niña enagua azul marino,
y bajo el ala gris de ancho sombrero,
lucir se ve su rostro peregrino,
albo como el semblante de un lucero.

Cada mirada suya es un derroche
de luz, de amor, de intensa poesía:
negras sus trenzas son como la noche,
y brillantes sus ojos como el día.

¿En qué piensa? Lo ignoro... acaso en nada:
quizá en la luz que en occidente espira.
¡Yo sólo sé que es triste su mirada,
y muy hondo el pesar con que suspira!

GONZALO PICÓN.

Caracas.

RITMOS

Sobre el airón flotante de las palmeras,
y en las alegres linfas de las praderas;
sobre el ciclópeo dombo de la montaña,
que su frente en los nimbos del iris baña;
en el nido que es góndola de seda y plumas,
y el lirio hecho del fleco de las espumas,
hay fulgores sedefios y virginales
y efluvios de violetas primaverales.

En la tierra bendita de los ensueños,
al brotar de los mirtos surgen los sueños...
en torno de los árboles, viejos druídas,
giran en áurea danza las nereídas;
las ondas-esmeraldas, de sol radiosas,
abren sus abanicos entre las rosas,
y el grácil junco yergue, cabe los ríos,
su piocha de oro y perlas de los rocíos.

¡Oh la triunfal mañana, pura y serena,
de cántigas y besos y albores llena!
¡Rica y dulce esperanza que el alma enflora,
y da á las frentes pálidas halo de aurora;
que pone en las mejillas adolescentes
el sol de nuestros cielos resplandecientes,
y en la miel de tus labios, castos ardores,
y en mí la ardiente abeja de los amores!

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).

MONSIEUR LEVANT

EL FÍGARO COLONIAL



RA virrey de las Provincias del Río de la Plata, don Nicolás del Campo, primer marqués de Loreto, cuando llegó á Buenos Aires, allá por 1784, el primer peluquero francés, maestro del arte, que conocieron los elegantes de aquellos días.

Un peluquero francés en esos tiempos era todo un acontecimiento: monsieur Levant traía la última moda de Francia, los últimos perfumes, las pomadas recientemente confeccionadas por los perfumistas reales; y luego, monsieur Levant era un hombre de ciencia consumado, de gran labia, gran conocedor de la crónica mundana del siglo XVIII; él conocía los amores de la marquesa de Presles con el caballero de Hauterive, porque siendo peluquero del marqués, le había demorado la barba con gran impaciencia de éste, para que el pobre caballero pudiera escurrirse por la ventana, sirviéndole de escala los enrejados de hierro en que se entrelazaban las trepadoras de hiedra. Monsieur Levant daba tal gracia á las pelucas y al peinado de las señoras, y hacía la barba con tal limpieza á los urbanos de Buenos Aires, que muy pronto fué el hombre más popular y más querido de la ciudad.

Aquella villa tranquila que, hasta entonces, sólo había presenciado los escándalos promovidos por los obispos contra el virrey, y otros análogos, comenzó á agitarse con los *cancanes* de las calles y la crónica de las familias. El teléfono de entonces era monsieur Levant. De ocho á doce del día reco-

rría todo el *faubourg* de la gente currutaca; los sirvientes le dejaban entrar en todas las casas y penetrar en los más recónditos sitios de los placeres de entonces. A aquella hora podía verse al peluquero francés con su tricornio de fieltro, su gran delantal almidonado lleno de encajes españoles, calzado elegantemente como un galán joven de Molière, y llevando bajo el brazo una gran caja de loza iluminada con pinturas á lo Watteau, en los que una cantidad de princesas



emperifolladas aparecían en un bosque, galanteadas por otros tantos donceles.

La caja con que monsieur Levant hacía la barba y fabricaba los peinados femeninos era una maravilla, y bastaba verla para rendirse ante aquel hechicero de la peluquería.

Monsieur Levant sabía todo lo que pasaba en Buenos Aires; cierto es que, además de su oficio, hacía clandestinamente la correspondencia social. Él sabía deslizar una carta con la gracia de Fígaro, sin que el padre ó el marido lo sospechasen, y sabía recoger la contestación con igual tino. Mientras el señor de la casa, ahorrajado en la enorme sábana

blanca, recibía en sus carrillos los golpes de jabón del pincel de monsieur Levant, oía tantas cosas agradables, que la operación matutina, odiosa y pesada antes, cuando la practicaban los mulatos barberos, se volvía una necesidad del espíritu, y parecía breve en medio de la charla del francés.

Nadie preparaba la cabeza de una mujer para un sarao como monsieur Levant. Una noche, en casa del Intendente Paula Sanz, la sociedad porteña se reunía para oír cantar á la guitarra á la Mercedes, una artista del tiempo, y pasaron en el gran salón los peinados de algunas matronas que llevaban en sus cabezas verdaderos poemas de pelo, simulando el oleaje del mar y barcos navegando entre riscos de perlas y de diamantes. El autor de aquellas maravillas era monsieur Levant. Su nombre corría por toda la sala.

La influencia del peluquero francés duró muchos años. Cada vez fué más grande la confianza que en él depositaban sus parroquianos. Las remesas de untos y afeites, que le traían los galeones correos, no pagaban derechos; pasaban á vista y paciencia de los guardianes reales, y es fama que en los cajones monsieur Levant recibía algo más que pomadas, tijeras é instrumentos de peluquería, porque, de repente, los elegantes del tiempo, ya en los toros, ya en la misa mayor, lucían alguna nueva prenda que marcaba la última moda bajo Luis XVI.

Aquel poseedor de los secretos y confidencias sociales, desde los del virrey hasta los del último vecino, no debía conquistar el galardón que merecían sus singulares aptitudes.

De repente, en la casa del señor Síndico de la ciudad, se dió el grito de alarma; la piocha magna de Madama, que tenía doce diamantes del Brasil, de un tamaño descomunal, y una perla guayaquileña como un huevo de paloma, había desaparecido. Tres esclavos fueron atados y otro les aplicó una buena dosis de palos para que confesaran el hurto; pero los tres negros aguantaron los palos y no confesaron nada.

Se dió parte al señor Juez de Policía, y en el momento en que el mayordomo de la casa hacía la denuncia, el Alférez real se presentaba también dando cuenta que le habían

robado toda la plata labrada del dormitorio, hasta la del uso nocturno, que, por su peso y su capacidad, tenía fama en las cuatro cuadras á la redonda de la Plaza Mayor. Mientras se tomaba razón de estas denuncias, llegaban otros vecinos aflagados; á uno le habían robado las hebillas de aguas marinas junto con los zapatos de tacón rojo; á otro le habían desnudado el bastón de unicornio, arrancándole el puño de oro y margaritas con incrustaciones de diamantes. En fin, al mismo señor Juez le habían eliminado el anillo nupcial del propio dedo de su consorte.



¡Esto clamaba al cielo!

Monsieur Levant era el primero en escandalizarse. A él mismo le habían robado su caja Watteau con toda la colección de untos y coloretos. La población estaba alarmadísima. Se hicieron veinte prisiones de individuos sospechosos, de sirvientes ladinos y esclavos traviosos. Se les puso en el cepo á todos, y, como de costumbre, se les mandó rapar y afeitar. No había peluquero á mano y tuvo que venir monsieur Levant á hacer la operación. Pero ¡oh mala suerte! uno de aquellos presos conocía al peluquero, y al verle entrar, exclamó:

— ¡El ladrón es éste; es nuestro jefe de gavilla!

En vano monsieur Levant protestó y echó un discurso patético y conmovedor. El Preboste, que estaba allí presente, ordenó su detención, y monsieur Levant fué preso. Aquel día nadie se hizo la barba, y, al poco tiempo, los elegantes y las elegantas estaban de nuevo en manos de los peluqueros mulatos.

Se instruyó el proceso; pero no se encontraron las joyas, ni siquiera el argentado mueble del señor Alférez real. ¡Todo había corrido burro!

.....
Dos meses después, un negro, pregón de la ciudad, con un soldado del Fijo á cada lado, anunciaba en las cuatro bocacalles de la plaza la condena de Levant, seguido por un burro en que éste venía atado de espaldas, recibiendo las burlas y las pedradas de una banda de pilluelos, y los regalos de dos azotadores públicos.

Después de esta exhibición, el Cabildo embarcó á Levant á Patagones; y allí, aquel artista de la *high life* porteña del siglo XVIII, concluyó sus días, recordando los amores de la marquesa de Presles con el caballero de Hauterive, y rapando indios pampas.

LUCIO V. LÓPEZ.



RIQUEZAS BIEN ADQUIRIDAS

—
Mi buen Casimiro Prieto,
amigo muy estimado;
del setenta y seis acá
han corrido algunos años;
no olvido que en él fundaste
tu Almanaque renombrado,
y quisiste que la Musa,
de este pobre poetastro,
fuera nota discordante
en tu original Parnaso.

Agradecí tus favores
que de orgullo me llenaron;
pero me asombra, buen Prieto,
que persistas obstinado
en que en tu hermoso Almanaque
siga yo colaborando,
cuando has de estar persuadido
de que lo que escribo es malo.

Pero... *pues tú te lo quieres...*
allá van mis garabatos
y sirvan para decirte:
que según vengo observando,
en este mundo atrayente,
por sus delicias y encantos,
deseando estamos todos
permanecer muchos años.
Vivir queremos, vivir,
pero vivir disfrutando
de agradables sensaciones,
de poderío y de fausto.

Aunque debamos el ser
á míseros proletarios,
queremos coches y galas,
y brillantes y lacayos,
y seductores placeres,
y suntuosos palacios.

Para poder disfrutar
los mundanales encantos,
« Yo seré rico, » se dice
cualquier pobre alucinado
de la vida en los albores,

y se afana sin descanso
por adquirir y encumbrarse
y ser todo un potentado,
aunque para conseguirlo
sufran serios descalabros
varios seres infelices
que se entregan confiados
á un astuto explotador
que medra con el engaño.

Si le dices al magnate
que explota al género humano,
que porqué ambiciona más
cuando es archimillonario,
te dirá que lo hace sólo
«con el propósito santo
de ayudar á nuestros prójimos.»
¡Es el colmo del sarcasmo!
¡Él ayudar á sus prójimos,
después que los ha dejado
como al gallo de Morón...
sin vestidos y llorandol

Pero al ver que á la opulencia
todo está supeditado,
«Yo seré rico,» decimos,
y todos nos afanamos
por adquirir, por medrar
y por ser acaudalados.
Por la senda del deber,
la rectitud y el trabajo,
sin valernos de la usura
ni de medios reprobados,
llegaremos á la meta
de nuestros sueños dorados.

Trabajando asiduamente
día y noche sin descanso,
nuestros desvelos por fin
se encuentran recompensados.
Ricos, riquísimos somos
de la vida en el ocaso:
en penas, remordimientos,
achaques y desengaños.

VICENTE R. JORDÁN.

LA HIJA DEL BOTICARIO



—¿Quiere usted á mi hija Clea
por esposa?

—¡De amor lleno!

—Pues perdone: es *un veneno*
y no la doy sin *receta*.

DIA DE PRIMAVERA

De la arboleda hojosa en la espesura
blando suspira el viento entre el ramaje,
y los pájaros lucen su plumaje
cantando sus endechas de ternura.

Su monólogo eterno el mar murmura
balanceándose en lánguido oleaje,
y tiende de su espuma el blanco encaje
de sus orillas en la roca oscura.

Las flores se abren frescas y rientes
derramando su esencia embriagadora;
la nube, de matices relucientes,
en el azul del cielo se colora;
y magnífico el sol lanza á torrentes
los rayos de su luz deslumbradora.

NIEVES XENES.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Mariano A. Belliza

DISTINGUIDO HISTORIADOR ARGENTINO

ROSAS, POETA

Al escribir mi libro *La dictadura de Rosas*, tuve ocasión de conocer anécdotas curiosísimas del célebre tirano, que en realidad no cabían en aquel trabajo, pero sí vale la pena de salvar alguna de ellas del olvido.

En los últimos tiempos de su dictadura no confiaba á nadie la dirección de la *Gaceta*, órgano principal de su política, y en la censura de cuanto se mandaba al diario para publicar escudriñaba hasta la sección de poesías, haciendo leer las odas destinadas á esmaltar sus hechos brillantes, lo mismo que los madrigales amorosos y las décimas gauchescas, donde á la usanza criolla se satirizaban las ridiculeces del « loco traidor, » como familiarmente se llamaba á Urquiza en la casa.

En el más largo de los salones de Palermo, en prolongada mesa atestada de papeles y rodeada de escribientes, se examinaban los manuscritos destinados á la *Gaceta*. Cada escribiente tenía á su cargo una sección del diario. Rosas, paseándose con las manos agarradas á la espalda, iba de uno en uno pidiendo la lectura de los artículos políticos, comerciales, sesión de la Cámara, papeles extranjeros, revista de modas, noticias del interior y de los salvajes unitarios, y, finalmente, la sección de poesías, que reservaba siempre para postre.

Dábale á esta última preferente atención, haciendo en los trabajos, originales ó no de los poetas noveles, abundantes correcciones y á veces cambios tan fundamentales que daban al traste con el sentido y la rima de no pocas estrofas.

Asistimos con el lector en este momento á una de las escenas que diariamente se repetían en el salón de censura.

No nombraré al poeta, pero sí al escribiente, que era el inteligente y bondadoso Osvaldo Saavedra, que desempeñó en época posterior el empleo de tesorero de la Policía de Buenos Aires.

—¿Hay poesías? preguntó Rosas.

—Sí, señor; hay dos.

—¿Son largas?

—Esta es larga; es una oda dedicada á vuecencia.

—¿Quién la firma?

—Es del doctor N. N.

—¡Ah! Sí, ya me había hablado Manuelita. Lea, á ver qué dice.

—«El mundo te venera
y el argentino sabe que en tus manos
flameará victoriosa su bandera.»

—¿Cómo dijo?

—«Flameará victoriosa su bandera.»

—Póngale «estandarte.»

Al oír semejante corrección, Saavedra se mordió los labios y quiso continuar; pero Rosas, atajándole la palabra con un gesto de vinagre, le impuso silencio y le mandó repetir la lectura.

—«El mundo te venera
y el argentino sabe que en tus manos
flameará victoriosa su bandera.»

—Le he mandado poner estandarte, gritó Rosas, adicionando su frase con el primo de la cebolla.

—Excelentísimo señor, dijo todo trémulo el escribiente, ¡como *bandera* es consonante de *venera*!...

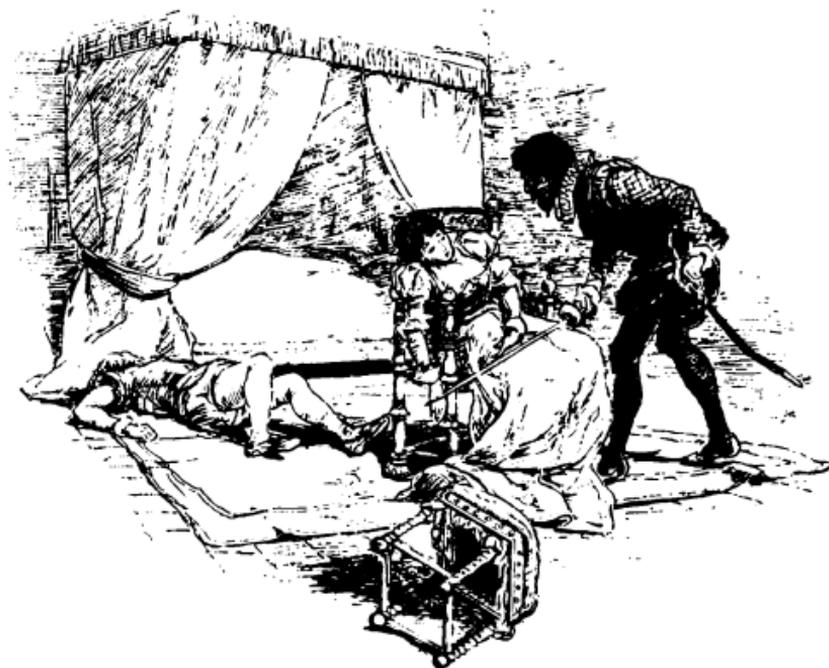
—¡Qué sabe usted de *veneras* ni de *banderas*! ponga *estandarte* y cállese la boca.

MARIANO A. PELLIZA.

Buenos Aires, Marzo de 1894.

EPIGRAMA

—Para lógica, la Iglesia,
un devoto me decía
el martes de Carnaval,
al ver en plática íntima
con Juan, que es un calavera,
á una hermosa mascarita:
Después de un martes *de fuego*,
un miércoles *de ceniza*.



AMINTA

(BOCETO DRAMÁTICO)

Al eminente poeta americano

D. NUMA POMPILO LLONA

¡Qué cuadro terrible aquél
 En el suelo, ensangrentada,
 cual fresca rosa tronchada,
 Aminta de Pimentel.
 Con demudado semblante,
 cerca de Aminta, el marido,
 y sobre la alfombra, herido,
 lejos del grupo, el amante.
 Del día la luz hermosa,
 ya el cielo sin una estrella,
 bañaba la estancia aquella
 de resplandores de rosa,
 como si, roto el capuz

de la noche, al torvo Otelo
quisiera, piadoso, el cielo
cegar con rayos de luz.
Pero aunque, de rabia mudo,
mira el esposo ultrajado
de Aminta en sangre manchado
el blanco seno desnudo,
de que ceda en su furor
ni un solo signo se advierte,
hasta vengar con la muerte
los agravios de su honor.

—Vén... acércate... yo espiro ..
dijo Aminta, con acento
que sonó en el aposento
como el eco de un suspiro.

—Perjura fuiste ante el ara
y en vano perdón esperas...
¡ahl ¡mil vidas que tuvieras,
mil vidas hoy te arrancara!

—¿Que fuí perjura?... ¡eso no!
mal comprendes mis anhelos;
celos tú me diste... y celos
he querido darte yo.

—La que es honrada y constante,
sucumbe á su desventura...

¡sólo se venga la impura
en los brazos de un amante!

—Tú me espiabas... lo sabía,
y ansiando, por un momento,
que sufrieras el tormento
que mi corazón sufría...

—¡De las sombras á favor
y acaso sin vacilar,

abriste de par en par
la ventana al deshonor!

¡Ahl ¡lo sé! ¡y pues mi honra infamas,
jamás esperes de mí

ni compasión para tí
ni para el hombre á quien amas!

Sonrió Aminta á los enojos
del marido... estremeciósese
y para siempre apagóse
la clara luz de sus ojos.

—¡Muerta! rugió delirante
el esposo mancillado,
y volviéndose irritado
contra el infeliz amante,

dispuesto á herirle de nuevo...
 vió, del día á la luz bella,
 que era Rosa, la doncella,
 disfrazada de mancebo.

CASIMIRO PRIETO.



LA ÚLTIMA ROSA

Ya marchitas cubrieron la pradera
 las flores que á tu lado alzarse viste;
 y tú brillas aún, rosa postrera,
 última flor de Mayo, sola y triste!

¿Qué te importan del aura los rumores,
 ni el revolar del pájaro cantando,
 si solitaria estás con tus dolores,
 última flor de Mayo, agonizando?

¡Es tan triste vivir cuando á la huesa
 nos arrastra mortal melancolía,
 y llora con tu duelo el alma opresa,
 última flor de Mayo, su alegría!...

De tu dolor es mi dolor hermano:
 como tú sobre el tallo doblegada,
 así vive mi alma, y vive en vano,
 última flor de Mayo, prosternada.

Allá en el cementerio, silenciosa,
 del fruto de mi amor la tumba existe:
 en ella te pondré, postrera rosa,
 última flor de Mayo, sola y triste.

JULIO CALCAÑO.

MUJER DE ARTISTA

Era más de media noche, mucho más. En las calles no se oía ruido alguno, la casa estaba profundamente silenciosa. Sólo de vez en cuando el rodar de un carruaje sobre el empedrado. Frío agudo, cielo azul profundo en que las estrellas titilaban incansables...

Él, en su cuarto, la miraba dormir, tranquila, en el lecho caliente, allí donde no alcanzaba la luz de la lámpara reflejada con fuerza por la pantalla sobre un montón de papeles en el escritorio revuelto.

Se había detenido porque le dolía la mano de hacer correr la pluma durante tantas horas, sin descanso, y porque sus ojos fatigados duplicaban las líneas de lo escrito é interponían una niebla vaga é impenetrable entre él y los papeles garabateados. Pero notando que el sueño le vencía, y que la cabeza pesada iba á caer sobre su pecho, se levantó y se lavó con agua helada, largamente, hasta tiritar en la habitación tibia por el encerramiento y el humo de su cigarro, sustituido sin intervalo alguno.

El ruido inusitado que hizo no la despertó. Él volvió á la mesa y se puso á escribir, febril, con los ojos bien cerca del papel; y los renglones brotaban de su pluma uno tras otro, con rapidez vertiginosa, mientras la mano izquierda, apoyada sobre el margen de la hoja, le temblaba nerviosamente.

De pronto se interrumpió. No podía más. El estómago le gritaba implacable; su cerebro espeso se negaba á producir una sola idea; la mano, entumecida, no podía continuar sosteniendo la pluma; la luz de la lámpara le parecía menos intensa cada vez, el cuarto más frío, la tarea más penosa, más imposible de terminar.

Al retirarse de su trabajo se le había encomendado esa monografía « para el día siguiente bien temprano, » sin fijarse

en su extensión, sin tener en cuenta que ni trabajando la noche entera, descansado y no después de tantos días de fatiga, era materialmente imposible que la concluyese.

—¡Oh! pensaba, ¡escribir, siempre escribir, sin tregua, sin descanso, como máquina de acero, para lograr apenas con qué sostenerme, con qué sostenerla!

Y recordaba su vida, tantos años atado á la mesa de las redacciones, enclavado frente á su escritorio en su casa, brotando carillas y carillas que se convertían en arroyo, en río, en mar, en océano de papeles escritos, mal ó bien, con el alma primero, con la cabeza después, con la mano ahora que la miseria le tenía en continua zozobra, rotas sus ilusiones, desvanecidas sus esperanzas, convencido de que todos los caminos se cerraban para él...

Se levantó en un raptó de ira.

—¡No trabajo más! ¡A la buena de Dios! exclamó.

Tambaleando como un ebrio se acercó al lecho en que dormía su esposa, y apoyándose en el borde la dió un beso en la frente. Ella despertó, por la sensación eléctrica que las caricias de su esposo producían en su alma, más que por haberlo sentido materialmente.

—¿Ya terminaste? preguntó con dulzura. ¡Pobrecito! ¡Cuánto trabajas!

—No, no he terminado. No puedo más. No siento la pluma entre los dedos, no puedo pensar. ¡Estoy muerto!

—Acuéstate, murmuró ella. Mañana terminarás.

Había en sus palabras todo un cántico de amor, y sin embargo, sabía que no concluir aquel trabajo era condenarse á muchos días, quizás meses de inacción, y por lo tanto de miseria y sufrimientos. Vendrían las dificultades con el casero, ya agrio y exigente; con los proveedores, con todo el mundo. El martirio de tantos años recrudecido otra vez más. Él lo pensó, y su decisión se desvaneció, ahuyentados por el amargo remordimiento de aquella vida de sacrificio que no era la suya, y que por su culpa era así.

—No, no me acostaré. Voy á terminar pronto.

Ella le echó al cuello los bracitos blancos, desnudos, se

incorporó en el lecho, y le besó en la boca apasionadamente, sin decir palabra. Él volvió al trabajo, y dos lágrimas le rodaron por las mejillas apenas inclinó la cabeza sobre el papel. Un ruido leve llamó su atención. Volvió la cabeza y vió á su mujer que se levantaba á toda prisa, con los ojos enrojecidos aún de sueño.

—¿Qué haces?

—¿No ves? Me levanto para acompañarte. Voy á hacer té, y verás qué pronto *concluimos*.

—¡Qué locura! ¡Acuéstate! Te vas á resfriar.

Ya vestida se acercó sonriendo, besóle de nuevo en la frente, de que había desaparecido la arruga fatal de la desesperación, y se puso á hacer té...

Él siguió trabajando, trabajando casi con entusiasmo, y cuando María le trajo la taza llena del hirviente brebaje, pasóle el brazo izquierdo por el talle, la oprimió sobre su corazón, y continuó escribiendo, con el cerebro claro, la mano firme, ancho el pecho, cantándole en lo interior no sé qué divina canción que le infundía fuerzas y contento.

Y así estaban los dos, de nuevo, cuando la gran ciudad, indiferente á todos los padecimientos, á todas las miserias, á todas las luchas, á todos los dramas, comenzó á despertarse bulliciosa, envuelta en su manto de neblina y en medio de la claridad lechosa de las mañanas de invierno...

.....
¡ Oh mujeres de artistas, mártires desconocidos, que tanta y tan noble parte tenéis en la obra de vuestros esposos; musas inspiradoras ayer, sacerdotisas de consuelo hoy, ángeles de intensa caridad mañana; vosotras cuyo sacrificio de todos los días es ignorado, porque es santo y lleno de abnegación! ¿no tendréis nunca quién os cante? ¿no alcanzaréis jamás la gloria que os toca en el triunfo, la bendición que merecéis en la derrota?

No, porque hacéis el don de vuestro ser entero, y porque vuestra historia es como esta que acabo de contar, sencilla y sin detalles, desnuda del externo aparato que atrae la vista y hiere la imaginación; porque la María de mi relato, no da

tema para una novela ni para un cuento, pues su vida es siempre igual, modesta y pura, sin ostentación ni acciones ruidosas...

Pero si ellos no os cantan, permitid que yo os bendiga, yo que he alcanzado á comprender lo que vale en el instante del desaliento y la desesperanza, una palabra, una sola de vuestros labios nunca abiertos á la protesta, siempre prontos á la frase de consuelo.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Buenos Aires, Junio de 1894.

MISTERIO

Sobre el viejo muro cubierto de hiedra,
do un tiempo brillara majestuosa, fatua,
se alza la musgosa, carcomida piedra
de la que fué un día magnífica estatua.

Yacen por el suelo los marmóreos brazos
que rompiera el hacha de rudo labriego.
Del rostro por tierra se ven los pedazos
del divino rostro de contorno griego.

Cuelga de sus negros, torneados hombros,
el manto de musgo perlado de lluvia,
que de las rüinas cubre los escombros
y abrillanta Febo con su lumbre rubia.

Las enredaderas brotan de las grietas
cubriendo las gracias de su pie divino;
en su torno giran alegres é inquietas
mariposas de alas rojas como el vino.

De entre los ramajes emerge la risa
cuando se entreabren los rosados picos
y al redor del mármol retoza la brisa
con el rumoreo de mil abanicos..

—¿Por qué entre las ruinas vive la alegría?
me dije pensando con honda tristeza;
y el sol, que en ocaso con temor hundía
orlada de fuego la enorme cabeza,

entre los ramajes que enredan el muro
y las tumbas cubren en el cementerio,
de una enorme grieta dentro el fondo obscuro,
mostrándome un nido, descubrió el misterio!...

LEÓN A. SOTO.



LA HIJA DE LAS FLORES

(Á CLARITA G. .)

Era, en belleza sin par,
para el griego soñador,
hija la diosa de amor
de las espumas del mar.

Que nazca del agua el fuego
es ocurrencia graciosa;
así, en tal madre, á la diosa
dió el griego un presente griego.

Por lo de la sal, tal cual
la pintó naturaleza,
copió el griego á la belleza;
que no hay belleza sin sal.

Con el regio señorío
que el mar en sus ondas tiene,
también el amor se aviene...
profundo, inmenso, bravo.

Si más símiles intentas,
este último se concibe;
de tormentas el mar vive,
y no hay amor sin tormentas.

Mas desde aquí, no presuma
el buen griego de acertar:
Venus no pudo sacar
luz y calor de la espuma.

Ni el matiz que centellea,
ni el perfume de su aliento,
ni el airoso movimiento
que el regio talle cimbreo.

Del mar la diosa tomó
lo que es del mar: helo aquí:
la fuerza y perfidia, sí:
la gracia y dulzura, no.

Por los gentiles primores
del matiz y del aroma,
alma y vida el amor toma
no en las ondas, sí en las flores.

De Grecia rico atavío,
pompa en el suelo español,
besos de rayos de sol
y de gotas de rocío;

lágrimas que bebe el suelo
y se convierten en galas:
perlas que caen de las alas
de los ángeles del cielo.

La helénica poesía
erró el símil, dulce Clara...
si hoy ella te contemplara,
de fijo la enmendaría.

Que en tus ojos al mirar
á un tiempo dulzura y fuego,
si el que pintó el amor ciego
bien lo ha sabido pintar,
viendo anidarse en tus labios
sonrisa, aroma y color,
viera que infirió al amor
el mayor de los agravios.

Que los gentiles primores
de matiz, fuego y aroma,
Clara, en tus labios los toma;
vale decir, en las flores.

Y ese dulce movimiento
medido, gracioso, leve,
que apenas la flor se atreve
á tomar, cuando, sediento
de amor, el céfiro blando,
al alba despierto ya,
con húmedo labio va

una tras otra besando,
es el mismo con que sabe
erguirse tu talle airoso,
como el del mar cadencioso;
mas siempre igual, siempre suave.

Que en todo tu ser presente
amar, en dulce batalla,
sí la fuerza que avasalla,
no la perfidia que miente.

Fuerte el mar en sus arrojos
es pérfido en sus furoros;
pero no lo son las flores,
ni son pérfidos tus ojos.

Si á veces suelen matar
las flores también, advierte
que ellas sólo dan la muerte
al que la quiere buscar.

En esencia destructora
cambiando la esencia grata,
también la belleza mata
al que sin virtud la adora.

Mas yo busco en el amor
no el veneno, sí la esencia;
busco la muerte á conciencia...
la muerte de mi dolor.

Que para el alma rendida
y de sucumbir á punto,
virtud y belleza junto
son fuerza, calor y vida.

Y ya que por los primores
de tu ser encantador,
cual la diosa del amor
eres hija de las flores,

si un día con ansiedad
te pide, acaso, un doliente
aroma para su ambiente,
luz para su obscuridad,

sé el ángel de su ventura...
tiéndele amiga la mano,
que es el amor soberano
á un tiempo fuerza y ternura.

De hechizos suaves tesoro,
tu sonrisa le enloquezca,
cuando decirte merezca:

— Clara del alma, ¡te adoro!

Te lo aconseja un maestro
del sufrir en el oficio,

si en alegrías novicio,
 en pesadumbres muy diestro.

CARLOS M. DE EGÓZCUE.

Buenos Aires, Abril de 1893

ASPIRACIÓN

Idéales supremos,
 vuestra imagen no se halla en el tumulto
 de inquieta gente y populosas calles;
 no se halla en las paradas de teatro
 ni en la algazara de sociales fiestas.
 No está en el Club, vorágine ruidosa,
 de malévolos odios, siempre activa,
 siempre henchidos de náufragos sus bordes.
 No está allí en los comicios, puerta falsa
 que abre la astucia y la ambición fractura
 y en cuyo umbral expía
 codicia hambrienta ó torpe tiranía!

Supremos idéales,
 tenéis otra morada y con vosotros
 más goce intelectual! En otros sitios
 vuestra imagen admiro acompañada
 de astros eternos y vivaces luces!...
 Cuando cae la tarde y en las cimas
 de los Andes, los últimos reflejos
 del sol, pintan las nubes y en las rocas
 esculpen y cincelan formas varias;
 con qué deleite fijo mis pupilas
 y en ellas reflejada vuestra imagen
 con sus líneas bellísimas contemplo
 y sigo con los ojos
 formas aéreas y celajes rojos!

Son esas solitarias
 inmensidades, consteladas de astros,
 tachonadas de mundos invisibles;
 son ecos infinitos misteriosos
 los que atraen mi espíritu y lo llevan
 con fantásticas alas á su altura.
 Y sin miedo, sin dudas ni zozobras
 por espacios y nébulas y abismos
 sigo vagando, espíritu insaciable,
 que quisiera, en su anhelo,
 poseer la tierra y abarcar el cielo!

GUILLERMO MATTA.



D. Angel Della Valle

DISTINGUIDO PINTOR ARGENTINO

EL ARTE EN AMÉRICA

DELLA VALLE

La copiosa producción natural enriquece á los pueblos; pero no los ilustra. Sólo las bellas artes tienen el privilegio de elevar la inteligencia y propagar el buen gusto. La pintura es uno de los primeros agentes de cultura; ella nos da ideas de relación entre el mundo moral y el físico; nos enseña anatomía, y lógica en el pensamiento y las agrupaciones, al perpetuar en el lienzo hombres y hechos, con su filiación individual. El arte pictórico es la historia de los estados sociales del mundo. Sin el pincel careceríamos del conocimiento geográfico de la mayor parte de las evoluciones de la civilización.

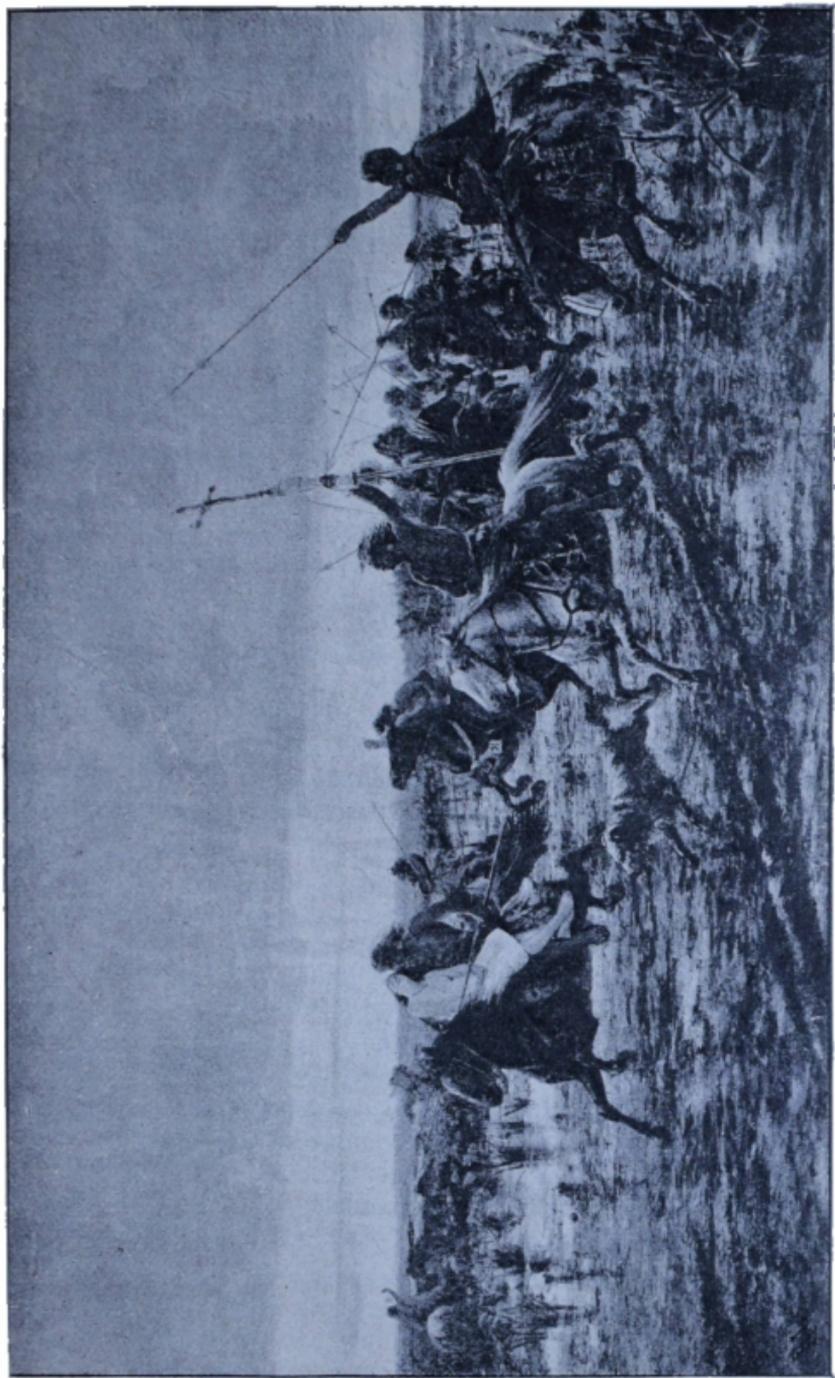
El género pictórico de mayor trascendencia es el de costumbres, por ser á la vez historia, descripción y filosofía. Della Valle cultiva la pintura de costumbres.

Sus dramas son generalmente campestres, y en el estudio de la naturaleza viva no es posible superarle.

En los cuadros intitulados: «El malón,» premiado én la Exposición de Chicago, y «Corrida de sortija,» nos parece oír hablar á los jinetes y ver escarcear á los caballos. El rostro de los hombres nos revela el pensamiento que los anima, y en la postura de los cuadrúpedos podemos apreciar claramente sus cualidades.

Della Valle es clásico en el contorno de las figuras, realista en los tonos y la distribución y poético en la parte imaginativa. Hay en sus obras la transparencia colorista de un estilo nuevo y la luz suave del hemisferio occidental, sin descuidar nunca el *secreto de la línea* y las seducciones de la perspectiva que sorprendió en las obras de los próceres de la pintura durante los años que los estudió en Italia.

Hoy, que apenas cuenta treinta y nueve años, es uno de los primeros pintores americanos. Y esto lo debe únicamente



EL MALÓN

Copia de un cuadro del distinguido pintor argentino don Angel Della Valle

á su talento y á los sacrificios pecuniarios de su familia, pues no obstante los méritos que demostró desde estudiante, nunca fué pensionado nacional...

Entretanto, con artistas como Della Valle es que se comprueban los brillantes albores de la pintura americana, y el refinado gusto estético de pueblos que sólo cuentan ochenta años de propia soberanía.

Como uno de los más altos representantes del arte de esos jóvenes pueblos, el ALMANAQUE SUD-AMERICANO presenta el retrato de este ilustre porteño, gloria de su patria y orgullo de sus amigos.

M. BAHAMONDE.

Buenos Aires, Junio de 1894.

SPORT

Tendida al viento la flotante cola,
que ondula como hermosa banderola
de la llanura verde en los confines;
suelta la negra lluvia de las crines,
el fino potro de soberbia estampa,
braceando avanza por la extensa pampa.

Es de negro color, el ojo vivo,
el cuello arqueado, el continente altivo,
fina la oreja que apuntada arranca,
el pecho fuerte y poderosa el anca;
el vasto espacio traspasar anhela,
mordido por el diente de la espuela.

Dócilmente á la rienda se abandona,
que rige una hermosísima amazona;
las anchas fauces con placer dilata
y no hay poder que su pujanza abata...
Por la impasible inmensidad del cielo
la tarde tiende su dorado velo.

A lo lejos se ven los limonares
empapados en lluvia de azahares;
se respira un ambiente embalsamado:
todo es quietud en monte y valle y prado,
y en el confín, que su inquietud alarga,
piérdese el potro con su dulce carga.

VICENTE ACOSTA.

Guatemala, 1894.

Contrastes
FOR
APELES MESTRES



La Salud



La Enfermedad

COLORES



AJO un ardiente sol de medio día
cano de espumas cabrillea el mar;
y el inmenso vapor busca su asiento
como cetáceo que á dormirse va...

Las amarillas puntas de las rocas
á cuyos pies la población se ve,
dominan de la escuálida comarca
la bochornosa y áspera aridez.

Como silbe el vapor, diez barquichuelos
la playa en un instante desprendió;
y, por do el mar se estrella más violento,
salen volando en ímpetu veloz.

Ora son leños que á la espuma pálida
en dos mitades tratan de partir...
Ora se acercan... y creciendo... rompen
en gama inquieta de colores mil...

Los rotos trajes que arrojó el viajero
y el mar viscoso revistió en betún,
ora negros, verdosos, azulados,
muestran las carnes á la ardiente luz.

Bajo sus tintas los bronceados pechos
de los barqueros que retuesta el sol
jadear se ven, al provocar con fuerzas
del largo remo la vivaz tracción.

Y, como insectos que la carne asaltan,
los esquifes —hirviente colmenar—
casi se estrellan contra el barco impávido
que guarda su soberbia inajestad.

Turban del agua los reflejos rojos
del casco y su ancha faja de carmín,
volviéndolos sangrientas cuchilladas
sobre la piel movable de zafir.

Y con mil gritos guturales piden
una moneda... Sobre el agua azul

la pieza choca... se desvisten todos...
y brilla el cuadro á la chispeante luz!

—
Uno, tres, diez, al mar se precipitan,
que turban con inquieto revolver...
Luego aparecen... la cabeza enjugan...
y sus barcos recobran á la vez.

—
Mas cuando ya, tornados casi todos,
el lomo aquieta el rebrufido mar,
de allá de lo hondo, junto al casco inmenso,
carnosa mancha apareciendo va...

—
Surge, de pronto, floreciendo el agua,
el bronceado cuerpo de carbón:
luciendo el oro en la retinta mano,
los blancos dientes esplendiendo al sol!

—
Fijos los ojos en la borda altísima
ríe y se agita en contorsiones mil,
el suelto cuerpo revolviendo en la onda
con los flexibles dengues de un delfín.

—
Y es bello entonces el salvaje anfibio
encontrado en la escena de aridez,
bajo esa luz, que con el agua, pule,
del liso cuerpo la tostada piel!

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

San Vicente, Febrero, 1894.



LEY SABIA

—¿Que infamo tu nombre? ¡sea!
tú amas á otra, y, ¿qué he de hacer?
¿ó es que para la mujer
sólo hay piedras en Judea?
¡Dura ley!

—Que pisotea
la que se olvida de Dios.
Si de otra mujer en pos,
cual delinques, delinquí,
yo no te he infamado á tí
y tú infamas á los dos.

CASIMIRO PRIETO.

MAMA DOLORES

(INÉDITO)

El día que cumplí seis años fué para mí de duelo. Anunciáronme que era necesario abandonar mi vida agreste, libre como los vientos, y cambiar los inmensos horizontes en que la pasaba, por el estrecho recinto de un colegio dirigido por monjas!

¿Qué iba á ser de mí, pobre gacela acostumbrada á vagar saltando de las selvas á los prados?

¿Qué iba á ser de mí entre aquellas figuras severas é impasibles, cuyo principal conato sería ahogar mi querida turbulencia é imponerme su propia inmovilidad?

—¡Adiós! decía yo, con el corazón desolado, á lo largo de las colinas, en las orillas del arroyo y en los campos esmaltados con millares de flores; adiós, sitios queridos que es preciso dejar; ¡adiós! me llevan lejos, muy lejos; pero mi alma vendrá siempre á llorar errante bajo las sombras de vuestros frondosos árboles...

¡Adiós, mi lindo caballo! ¿quién te dará en adelante pan y azúcar en las palmas de las manos?... y tú, mi ligero avestruz, que llevándome sobre tus alas, corrías desafiando en velocidad á los vientos, abandona estos lugares donde en vano me buscarás y vuelve á reunirte á los tuyos en las llanuras de Valbuena...

Hicieron venir de Salta á mama Dolores para que me llevara. Era ésta una hermana natural de mi abuelo; pero más lo parecía de Luis XIV; tal era su orgullo y la aristocrática arrogancia de su porte. Alta y seca, persona de cincuenta años, de ojos pardos, abultados y saltones, de grande y corta nariz á la que se adhería, por medio de un profundo canaleta que hendía su labio superior, una boca á la vez severa y desdeñosa. Su rostro moreno, bilioso, se coloreaba en

frecuentes accesos de ira con tintes purpúreos que iluminaban sus duras facciones con un resplandor siniestro.

Nunca ví mirada de desprecio parecida á la suya; y todo cuanto Homero dice de la cólera de Júpiter, era nada comparado con la cólera de mama Dolores. ¡Ay de aquél á quien ella aborrecía! pero ¡ay también de aquél á quien amaba!

Su cariño era una punta acerada que hería sin descanso, á toda hora, á todo propósito, á quien lo había inspirado; podía con razón decir que se hallaba poseído del demonio, de un demonio para el cual no había exorcismos que valieran: mama Dolores aborrecía y amaba hasta la muerte.



Decíase que había sido una de las jóvenes más lindas y amables de su tiempo; pero su natural acritud había borrado de tal manera en ella la benevolencia, esa base de toda gracia en la mujer, que no sólo me era imposible creer que había sido linda, sino que aún dudé mucho tiempo que hubiera sido joven.

Esta terrible persona llegó en fin con majestuoso aparato.

A su arribo, fué investida de facultades extraordinarias sobre mí, el más indómito de los indómitos hijos de los bosques. Pero ella estaba tan segura de sí misma, que no vió en su misión la menor dificultad; descansó tres días, y al cuarto volvió á entrar en el coche llevándome en pos de sí

como un pobre corderillo; hízome sentar á su lado, cerró despiadadamente la portezuela en los ojos llorosos de las criadas que se habían agrupado en torno mío, y dió con tono áspero la orden de partir.

El camino que llevábamos costaba las colinas, atravesaba los mistolares, vadeaba el río, esos sitios donde mi vida se había deslizado aérea, como el vuelo del ave; y mientras lloraba amargamente contemplando al través de una nube de lágrimas esos escenarios de mi felicidad pasada, mi compañera me decía con voz agria:

— ¿Por qué lloras tanto, niña? ¿Te llevan á algún presidio? Vas á un colegio, donde se hallan muy contentas cien otras como tú. Ya es tiempo de estudiar. ¿Querías pasar la vida entre los guanacos?

Nada más lógico que estas reflexiones, pero no es con lógica que se enjugan las lágrimas. Así, lejos de consolarme, mama Dolores exasperó mi dolor hasta convertirlo en un profundo aborrecimiento.

Dediquéme desde entonces á hacerla rabiarse y esto me sirvió de distracción. No perdí ocasión de contrariarla. Ya me sentaba sobre sus vestidos, que llevaba siempre muy almidonados, y los ajaba; ya me apoyaba contra el bolsillo del coche, donde guardaba ella los libros, y quebraba sus anteojos; ya, fingiéndome impelida por los vaivenes del carruaje, me arrojaba sobre ella á riesgo de romperme la cabeza contra su grande nariz.

Un día que nos detuvimos para almorzar á la sombra de un bosquecillo, mama Dolores, después de recomendarme que no me alejara de su lado, recostóse sobre el césped y se quedó dormida.

Por mucho deseo que yo tuviera de hacer una pequeña correría en aquellos sitios desconocidos, no me atreví á desobedecerla, porque su mal humor después del sueño era terrible. Quedéme allí, siguiendo con triste mirada la marcha de una larga hilera de hormigas que cargadas de botín entraban en su morada.

De repente mis ojos se fijaron con interés en la superficie

del hormiguero. CubrÍala una arcilla oscura mezclada de madera pulverizada, enteramente semejante al rapé que usaba mama Dolores. Desvié mis ojos del hormiguero para volverlos hacia aquélla. Dormía profundamente con su caja de tabaco al lado. La tentación era muy poderosa para que yo pudiera resistirla. Alcéme sobre las puntas de mis borcegués, y llegando así hasta la almohada donde reposaba la terrÍfica cabeza, tomé con mano resuelta la caja, vacié el tabaco que contenía, llenéla rápidamente de la consabida tierra, y la devolví al lado de su formidable dueña. No de allí á mucho, el bramido de una vaca despertó á mama Dolo-



res, que, como acontece siempre, lejos de presentir mi criminal travesura, nunca estuvo tan amable ni tan contenta de mí. Sonríome con gracia, al encontrarme en el mismo sitio, y abriendo con garbo su caja de tabaco, sorbió tranquilamente con asombro mío una gran dedada de tierra del hormiguero.

Su nariz adobada con rapé durante cuarenta años, se había vuelto poco susceptible en achaques de olfato, y repitió una y otra vez sorbos de tierra, hasta darme un remordimiento profundo que me hizo arrebatarle la caja de la mano y vaciarla por la portezuela del carruaje, confesando mi travesura.

Acontecióme entonces, lo que todas las veces que me he

abandonado á un sentimiento generoso: mama Dolores no creyó mi primera falta para dar todo su valor á la segunda, y ensañándose por mi crimen de lesa percepción nasal, me llenó de injurias y estuvo tres días sin hablarme...

Entretanto llegamos á Salta.

Los cuidados que mi compañera me prodigaba eran tan punzantes y fatigosos, que pedí con instancia entrar inmediatamente en el colegio para separarme de ella...

¡Pobre mama Dolores! ¡cuántas veces, después que he conocido el mundo, su helada indiferencia ó su interesado amor, cuántas veces he echado de menos tu espinoso, pero sincero cariño! ¡Cuántas veces me he reprochado amargamente el haber retrocedido ante la corteza de hierro que encerraba tu alma noble y generosa!

JUANA MANUELA GORRITI.

—•••—

AL SOL

—

SONETO

Desciendes. En alígeros corceles
como espesos, compactos batallones,
te siguen de las nubes las legiones
entre chispas de lanzas y broqueles.

Cunden las sombras; los afanes crueles
se ceban en los yertos corazones,
desmayan en el labio las canciones
y sólo el trovador sueña en laureles.

No abduques, Sol, la gloria de tu imperio;
Astro, no veles tu triunfal decoro,
ni sepultes en sombra un hemisferio;

no dés hora propicia al flébil lloro
de la noche en el triste cautiverio...
¡Luce, guerrero y rey, tu casco de orol

ALFREDO DE ZUVIRÍA.

BELLEZAS AMERICANAS



LIMEÑAS

¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

A UNA AMIGA

Yo sé que en tu retiro
en la nocturna calma,
tu generoso corazón desborda
en mar azul de lágrimas.

El secreto revela;
dí que lloras porque amas;
es el amor poema de los cielos;
lo sabe quien tiene alma.

Dichosa tú que sientes
más viva á la distancia
esa dulce emoción que te sublima
y en un ángel te cambia.

Dichosa tú que sabes
que también te idolatra,
y que al llorar refrescas y perfumas
la flor de la esperanza.

Y triste del que llora,
porque ya nada aguarda
y lleva el corazón dentro del pecho
como pesada carga.

Amiga, no te quejes,
tu sufrir no quebranta;
cuando tú ruegas al Eterno, sube
al cielo otra plegaria.

Es la del ser querido
que la tuya acompaña;
atraviesan la noche de la ausencia
y suspiran y se hablan.

Hay, en cambio, quién tiene
tan sólo una mortaja
que envuelve su cadáver, sepultado
en la tumba de un alma.

Allí no hay quién derrame
por él sentidas lágrimas;

no hay una pobre ofrenda á su memoria;
allí todo... es la nada!

El olvido es la muerte,
la ausencia es la esperanza;
¡feliz de tí, que tienes en el mundo
quién te recuerda y ama!

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo, 1894.

EN PRIMAVERA

(DE FEDERICO BODENSTEDT)

Todo germina y brota por doquiera;
ya en la agreste enramada el zorzal canta,
también mi corazón, como una planta
de la selva, parece renaciera.

La tierra se alborozaba
y hasta el insecto goza
de esta mudanza que al amor convida
entusiasta y profundo:
que, á pesar de las penas de la vida,
¡bello y grato es el mundo!

Una mujer, ajada su hermosura
ya por los años, cruza el verde prado,
su antes negro cabello ve hoy plateado,
y, recordando su niñez, murmura:

—Las aves nuevamente
á la estación riente,
sin reparar del tiempo en los rigores,
cantan himno jocundo;
mas, aunque huyan de mi tez las flores,
¡bello y grato es el mundo!

Cayó del árbol una flor marchita;
cerró un anciano los cansados ojos;
llevando al cementerio sus despojos
triste cortejo la ciudad transita:

por sendas de luz llenas,
exenta ahora de penas,
á nueva primavera ascendió su alma,
¡asilo sin segundo!
Mas, aunque allí se goce eterna calma,
¡bello y grato es el mundo!

JOAQUÍN VALMAR.

Buenos-Aires, 1894.



LAS ABEJAS

A mi estimado amigo el ingenioso escritor

D. CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

Quando poblaba Anacreón la cima
del Himeto con notas acordadas,
áureo enjambre de abejas embriagadas
diz que volaba de su frente encima...

¡Símbolo hermoso! Cuando al vate anima
el Numen de sus horas inspiradas,
de brillantes conceptos las bandadas
evoca en su alma la sonora rima;

y cuando anciano ya, solo y doliente,
al viento esparce melodiosas quejas,
mientras el Sol espira en Occidente,

alado enjambre de memorias viejas
tenaz circunda su argentada frente,
cual los nectáreos lirios las abejas!

NUMA P. LLONA.

NUESTROS COLABORADORES



Sra. D.^a Carolina Freire de Jaimés

DISTINGUIDA ESCRITORA PERUANA

UN HOMBRE FELIZ

I

No era moreno ni rubio, y como hay siempre vaguedad en esas medias tintas, ya pertenezcan al cielo ó á la tierra, Mauricio no era bello ni feo.

En cambio, pertenecía al vulgo de los hombres, y quien dice vulgo dice frivolidad, pequeñez, inteligencia sin alcance ni brillo, alma sin fuego, espíritu sin vigor.

Había nacido para vegetar como ciertas plantas que ni son útiles ni bellas.

No tenía ambiciones, porque la ambición sólo reside en los espíritus nobles; no comprendía los arranques de la pasión, porque las pasiones son la lava de los volcanes, no se desarrollan entre las nieves.

Vivía feliz, fumaba, se paseaba, dormía y soñaba... pero, soñaba ¿con qué? ¿acaso con unos ojos negros, brillantes y lánguidos que le hablasen de amor?

¡Amor!... ¿y qué es el amor para ciertos hombres? ¿Es siquiera la atracción frívola de ese algo desconocido á cuyo impulso palpitan los corazones?

¿Es el poder de esa ternura sin duración ni raíces, pero grata hasta á los seres irracionales?

¿Es sentimiento? ¿es vanidad? ¿es el poder de la costumbre elevada á la altura de un deber ó un sacrificio?

Mauricio no lo sabía, ni se preocupaba de ello.

Cuanto en la vida real podía conmover, elevar, entusiasmar, arrancar lágrimas ó aplausos, destrozarse el corazón é inundarlo de felicidad, era para él una comedia más ó menos bien representada, ó el capítulo de una novela romántica.

Pero como no salen al rostro ni esas monstruosidades ni esos absurdos, como la fe y el cariño son orgánicos en los espíritus delicados, Mauricio tenía amigos, ¡quién sabe tam-

bién si era objeto de ocultas simpatías, esas flores del alma que del alma viven!

II

— ¡He aquí á Mauricio! ¡Bien venido, Mauricio! ¡Excelente amigo! exclamó un alegre grupo en el atrio de cierto templo, al ver llegar al joven más que nunca risueño y elegante, atraído en ese momento por las campanas, á la misa de las diez.

— Se me ocurre una idea, dijo uno.

— Veamos cuál.

— ¿Habéis visto alguna vez á Mauricio enamorado?

— Como vosotros un aerolito ó un cometa á vuestros pies.

— ¡Alto ahí, caballeros! exclamó él con fatuidad; hace dos años hallé en mi camino á una rubia adorable; no estoy bien seguro de ello, pero creo que la amé algún tiempo. No obstante, detesto los caracteres sentimentales; una lágrima, una queja, me ponen nervioso, irascible, y... ¡ella lloraba á menudo!

— ¿Y después?

— Huí poco á poco y no volví á verla.

— Imaginaste, por supuesto, un viaje precipitado, una enfermedad, un mandato paternal...

— Nada, nada, ¡qué diablo! Supe algún tiempo después que languidecía, que estaba triste y pálida como una flor marchita... ¡nervios! ¡romanticismo! ¡farsas femeniles!

III

— Señora, decía Mauricio un año después á cierta mujer del gran mundo; vuestra hija me conviene; soy libre, poseo una fortuna considerable, tengo edad suficiente...

— ¿Y amor?

— ¡Oh, señora!... el amor no hace falta en el matrimonio; es sueño de poetas, locura de mujeres sensibles, nubes, ce-

firillos, tempestades del éter que no bajan hasta el alma. Hay que formar familia, edificar un hogar, y busco una vestal que alimente el fuego sagrado; en este sentido la bella Rosita me parece á propósito.

— Habladla, caballero, pero aceptad antes mi consejo: no todas las mujeres son iguales; dirigíos en todo caso al corazón, antes que á la vanidad ó á la fantasía.

— ¡Tiempo perdido!

Y Mauricio se acercó paso á paso, y sonriendo con fatuidad, se apoyó en el respaldo del sillón donde descansaba la linda cabeza de Rosa.

¿Qué le dijo? El blando murmullo de voces y risas se llevó sus palabras.

Rosa se volvió hacia él, pálida de indignación, y contestó con voz apagada y triste:

— Ya os he dicho tantas veces, caballero, que amo á otro...

— Eso no importa. Yo no tomo en cuenta las niñerías ni los sueños románticos sugeridos por la lectura de novelas... yo quiero, vuestra madre quiere...

— ¿A pesar de que mi corazón pertenece á otro?

— A pesar de todo.

— Entonces, murmuró Rosa, dominada por una cólera sombría é incontenible, no sois más que un fatuo, un ente ridículo, un hombre sin alma!...

— ¡Gracias! Todo lo dicho no impedirá que seáis mi esposa.

Y hay, sí, hay bajo este cielo, donde todo es hermoso y puro, donde brilla el sol y las flores exhalan perfumes, donde las almas sienten y aman y suspiran y la pasión se desborda, hay hombres como Mauricio.

IV

Y Rosa, arrastrada por la ambición de los unos y el inno-ble capricho de los otros, consumó el sacrificio.

Blanca como una estatua y sombría como la venganza, esperó á su marido después de la ceremonia nupcial.

—Habéis hecho algo más, le dijo, que los que compran una esclava en los mercados de Oriente... pero mi alma es libre, mi alma no es vuestra; amo y soy amada; ¿cómo podéis robarme esta dicha celestial?

Frotóse las manos Mauricio con indiferencia; contempló su figura en su espejo, y deteniéndose delante de la indignada criatura, cuyas lágrimas corrían á raudales, le contestó con suave y apacible tono:

—Habéis leído muchas novelas, querida mía; me quejaré á vuestra madre; y de hoy más, sólo leeréis revistas de modas, descripciones de bailes, noticias artísticas, y si queréis páginas de viaje... entonces nos entenderemos perfectamente.

Petrificada y absorta quedó la pobre niña. ¡Ella, todo poesía y sentimiento, espíritu exquisito, inteligencia clara, fantasía soñadora! ¡ella, el ideal perfecto de la ternura delicada!

¿Cuál era el camino que debía seguir? ¿amar? ¿aborrecer? ¿resignarse? ¿morir? pero ¿á dónde irá el corazón que sufre que no lleve enroscada la negra serpiente que lo devora?

Rosa se sometió, calló y apuró el amargo cáliz hasta las heces; escondió su dolor como esconde el avaro su tesoro.

Y Mauricio celebraba su triunfo en ruidosos banquetes, y paseaba su felicidad en brillantes saraos, y dormía mejor y reía y fumaba con delicia, y soñaba como antes... sin soñar nada.

Pero Rosa durmióse una noche para no despertar jamás. Su marido la halló en el lecho yerta, inmóvil, sin vida... ¿y sin huella acusadora? no lo sé.

Suicida ó víctima del dolor, la cadena estaba rota para siempre.

Mauricio continuó tranquilo el camino de la vida. ¡Era un hombre feliz!

CAROLINA FREYRE DE JAIMES.

Buenos Aires, Julio de 1894.



NUPCIAL

AL EXCMO. SEÑOR DOCTOR DON RAFAEL NÚÑEZ

Ornadas de florones, entre acantos
 de recortadas folias,
 pilastras de verdura las magnolias
 remedan. De los pasos y caminos
 bordan las rientes márgenes,
 collares de convólulos,
 festones de olorosos oxiacantos,
 guirnaldas de rubís y esmaragdinos,
 coronas de amatistas, perlas trémulas
 de orientes irisados y opalinos,
 diademas de esmeraldas,
 carbunclos y topacios.

Ved. El imperio de la Aurora empieza.
 Los céfiros suspiran y adereza
 con luces mil su domo el firmamento.
 Hay música en el viento,
 en los aires suavísimos ardores,
 fulgor en los espacios
 y abajo mirtos, pájaros y amores.

Floridas astromelias
 de escondidos alcores,

verdequeantes almendros y arrayanes
de olorosos pensiles
y resonantes plátanos y taguas
de salvaje espesura,
reflejan sus palacios
de ondulante verdura
en los glaucos cristales de las aguas,
llenas de sol y pétalos de flores.
En risueños enjambres,
silfos y nereídas
del bosque murmurante, mil olores
esparcen de sus ánforas
de argento cinceladas y zafiro,
besos de sol y púrpura de Tiro,
estallan en los brotes y en las yemas...
Como el aliento de las bocas cálidas
que se buscan y estrechan, de las frondas,
húmedas, centelleantes de rocío,
con ledo murmurio,
se esparcen tibios, amorosos hálitos
en perfumadas ondas.
El llameante licor la vid secreta,
que inspiración alada
y áureas estrofas le dará al poeta.
La rosa nacarada,
del sol bajo los ósculos de fuego,
con suavísimo aroma desfallece,
y trémula en los brazos
del Amado, la Amada
á un tiempo se sonroja y palidece.
¡Oh, ciclo del Amor! ¡Oh, Poesía!
recóndita alegría,
secretas venturanzas,
idilios y poemas,
repletos de promesas y esperanzas!
¡Oh, las nupcias de Abril primaverales,
era de luz, de cántigas y flores,
que estallas en los brotes y en las yemas,
en concierto de besos inmortales,
en explosión de vírgenes olores!

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Bogotá.





MAL POR BIEN

Toda la noche ha estado nevando, y aún cierne el plomizo cielo sus átomos blancos sobre la tierra. La ciudad ha amanecido amortajada en armiño; las calles están tapizadas con espeso plumón; las casas parecen techadas de azúcar; los deshojados castaños y maples se han convertido en enormes algodonereros cuajados de albos vellones; las coníferas de los parques semejan pirámides brillantadas, y los sarmientos desnudos de las trepadoras agarradas á los muros y balcones

tienen el aspecto del alambrado recubierto de cristalizaciones, de una gigantesca arborescencia de Diana.

La luz es pálida y dudosa. El sol parece alumbrar al través de un cristal esmerilado. Es una mañana sin gorjeos de aves, casi sin voces humanas; hay movimiento, pero no hay ruidos; todos los ecos se apagan en la sordina de copos de la atmósfera. Tan sólo se deja oír, pero también con apagadores, el chinesco retintín de los cascabeles que en su trote fantástico van los caballos agitando al arrastrar los veloces trineos, cuyas curvas cuchillas abren, silenciosas y rápidas, hondos surcos en la nieve.

Hace frío, mucho frío. Las gentes van embozadas en pieles y gruesos paños; los niños retozan en el blanquísimo polvo, forrados como esquimales; las niñas, con sus dobles abrigos, sus gorras de estambre, que les cubre hasta las orejas, y las manos metidas en manoplas de lana, van alegres y por tandas trotando menudamente sobre la espesa capa blanca, que sus pies, calzados de impermeables, hacen crujir ó dispersar, en medio de infantiles risotadas y de festiva garrulería.

Lesbia, la más crecida de la manada, la espigadita rubia de ojos celestes, la bella Lesbia, traviesa, pero sensible, se ha detenido de improviso. Acaba de descubrir sobre la nieve un pajarillo aterido de frío, inerte, casi expirante.

—¡Pobrecillo! exclama la tierna niña inclinándose y recogiendo al animalito desvalido.

Y rápida, con súbita inspiración de sublime caridad, saca del guante estorbo la mano linda, tira con fuerza del primer botón de su abrigo; mas como resiste el ojal y no se abre:

—¡Vaya, dice impaciente, vaya unos botonazos estos que ahora se usan!

Y lo dice añadiendo nuevo vigor á la diligencia de sus dedos.

El ojal cede al fin, y luego otro, y otro, hasta tres. Pero la pulida manecita de marfil no se detiene. Avanza más adentro, estirando ojales y atropellando botones. Ya está abierta la basquiña, y los deditos febriles siguen escarbando. Ya los broches del corpiño se descasaron violentos; ya el

nácar que ajusta la malla íntima ha dado paso al santuario que ésta protege; ya se siente el dulce calor del pecho generoso. Allí, al rescoldo de esa estufita de amor sencillo, confía la piadosa niña el pajarillo moribundo; cierra luego y de prisa los vestidos, y radiante de samaritana complacencia, continúa



triscando en la nieve, camino de la escuela, estremeciéndose de cuando en cuando con las cosquillas que le produce el arañar de las patitas del prisionero sobre la piel de suave raso, á medida que el pobre paciente vuelve de su letargo mortal y se da cuenta de su envidiable situación.

—¡Qué calorcito tan delicioso! ¿En dónde estoy? No acierto imaginarlo. Lo que sé es que me dormí sobre la nieve,

con mucho, muchísimo frío, y que ahora me encuentro metido entre estos dos montoncitos de nieve calentita, que es como yo decía que debería ser la nieve de todo el invierno. Pero ¿qué veo? Dos granillos purpurinos, que se me antojan aquellos de granada de que vive hablándome el canario de España de nuestra vecina, y que él dice son como pedacitos de rubí, dulcísimos y sabrosos. Ganas me dan de probar uno. Vamos, que no me lo he de comer, porque luego no digan, con razón, que los gorriones somos golosos y rapaces. Probarlo, nada más que probarlo; y eso por la maldita curiosidad. ¡Ea!

Y el muy pillo estiró el cuello, tomó puntería, y ¡zas! tamaño picotazo clavó en el granillo rubicundo.

Lesbia lanzó un grito; llevóse rápida las manos al seno, reventó los botones del abrigo, abrió de un tirón la basquiña, hizo saltar los botones del corpiño, apartó la tibia camisilla, sacó de allí con rabia y grima al malvado, y lo arrojó sin misericordia en medio de la nieve, airada y ruborosa, exclamando:

— ¡Ingrato!

Nueva York.

NICANOR BOLET PERAZA.

PRIMAVERA

Después de que el Otoño ha despojado
al árbol de sus galas, y no quedan
más que las hojas que marchitas ruedan
al impulso del cierzo despiadado;
viene Mayo y lo enflora enamorado,
cortinas de campánulas se enredan
al follaje glorioso, sin que puedan
contra él ni sol ni viento desatado.

Mi corazón, que te ama, y lucha, y siente,
ha renacido con la vez primera
que me hirió tu mirada dulcemente.

Y hoy, con la sed de amores verdadera,
llevo un mundo de sueños en la mente,
llevo en el alma luz y primavera.

VICENTE ACOSTA.

Méjico.

LA ENAMORADA DEL SOL

A MI BUEN AMIGO, EL DISTINGUIDO LITERATO R. MONNER SANS

— ¡A los pies de usted, hermosa!
zumbó un insecto á una rosa,
que con su manto de grana,
ergúfase soberana
del alba á la luz dudosa.

— ¡Es usted un atrevido!
dijo la flor con viveza;
ni iguales hemos nacido
ni disculpa su franqueza
tan importuno cumplido.

— Pues siento que, desdeñosa,
destruya usted mi proyecto
de hacerla un día mi esposa;
quede con Dios, doña rosa.

— Vaya con Dios, don... insecto.

— Me voy, sí, ya que, inhumana,
me trata con tal desvío,
tal vez porque se engalana
con regio manto de grana
y diadema de rocío.

Humilde soy, es muy cierto,
¿y qué flor, por lo que advierto,
á dar su mano se aviene
á un insecto que no tiene
sobre qué caerse muerto?

— ¡Déjeme usted en buena hora!

— ¿Por qué? ¿porque ese arrebol
que las blancas nubes dora,
anuncia que viene el Sol?

¡no lo niegue usted, señora!
¡usted le ama! ¡usted le quiere!
¡usted por el Sol se muere,
sin que en sus regios amores
obtenga de él más favores
que el rayo con que la hiera!
¡Todo lo sé, desdichada!

— ¿Quiere usted hacerme enojar?

— Me lo contó en la enramada
la brisa, escandalizada...
¡si la oyera *murmurar!*



—Comprendo porque me veja,
 pues la envidia la consume
 y tiene esa maña vieja...
 ¡le doy todo mi perfume
 y en cambio me despelleja!
 Pero... en fin, ¡márchese ustél
 ¡ni aun siquiera me miré
 en el azulado espejo
 de la fuente!...

—Pues la dejo
 entregada á su *toilette*.

Echó el insecto á volar,
 lleno de amorosa pena,
 hacia un obscuro encinar,
 no sin decir al pasar
 un piropo á una azucena.
 Trató de dar al olvido
 á la envanecida rosa,
 de quien quiso ser marido,
 mas, de amor el pecho herido,
 no pudo lograr tal cosa.
 Volvió otro día al rosal
 y volvió para su mal,
 pues la flor que vió lozana
 con regio manto de grana
 y con diadema real,
 ya en su tallo no se erguía,
 y en tanto que su capuz
 la negra noche tendía,
 ¡su amor, del Sol, descendía
 hasta á un gusano de luz!

CASIMIRO PRIETO.

LA FELICIDAD

Amarse hasta el delirio, devorarse
 á miradas, turbada la razón;
 hablarse quedo, quedo, y al oído
 con temblorosa voz.

Quedar á solas juntos un instante,
 estrecharse las manos con pasión,
 temblando aproximarse y en un beso
 desfallecer de amor!

NIEVES XENES.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Ernesto Quesada

DISTINGUIDO LITERATO ARGENTINO

Miembro correspondal de la Real Academia de la Lengua y de la Academia de la Historia,
de Madrid

LA NOCHE DE ITUZAINGO

(FRAGMENTO DEL LIBRO « LA GUERRA DEL BRASIL. — 1827. »)

Pocas batallas han tenido el epílogo terriblemente dramático que caracteriza á la victoria que el 20 de Febrero de 1827 obtuvieron las tropas argentinas mandadas por Alvear, sobre el formidable ejército imperial que guiaba el marqués brasileiro Barbacena.

La batalla había principiado al amanecer del día 20, después de varios días de marchas forzadas de ambos ejércitos. Alvear venía retirándose precipitadamente con el ejército argentino. Abandonado el río Casequi, se adelanta á vadear el Santa María, atravesando los inmensos bañados que se interponían entre ambos. Barbacena, con una ligereza singular, le pisaba los talones, sin darse cuenta de si era ó no víctima de un ardid de guerra. Al llegar al río, tiene Alvear que retroceder; tropieza con Barbacena, y la batalla se traba en aquel « llano traidor de Santa María, » como lo designaba después el general argentino, chocando ambos ejércitos en un campo bajo, anegadizo, y que, debido á la seca terrible reinante entonces, estaba cubierto de « altos y fétidos hormigueros y de espesos matorrales, » al decir de uno de los actores del drama. El bañado era desigual, cortado por hondonadas profundas, que se disimulaban por estar sus bordes cubiertos de chincales. El pasto, aunque alto y espeso, estaba reseco con la prolongada falta de lluvia y un verano de sol abrasador. Las mismas cuchillas que dominaban el bañado y donde se encontraban las fuerzas imperiales estaban tapizadas de pastizales densos.

El día fué terrible; el sol quemaba y la atmósfera era de fuego. Los soldados se batían denodadamente, cubiertos por el sudor que producía el aire caliente reinante, y la sofocación de la humareda que originaban las descargas de artillería y

de fusilería. Desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde la lucha fué encarnizada, sin descanso, sin probar bocado y sin poder satisfacer la sed que les devoraba. Ambos ejércitos parecían legiones de demonios en aquel momento crítico.

La suerte de las armas estaba aún indecisa, cuando Lavalleja, como verdadero guerrillero gaucho, echó mano de un ardid genial. Hizo poner fuego al alto pastizal por varios lados, y como el viento corría de Este á Oeste, favoreciendo el lado argentino, pronto el campo de batalla se vió envuelto en un mar de llamas y un humo densísimo cubrió á los combatientes, siendo imposible distinguir á republicanos de imperiales, saltando entre olas de fuego, resonando con estrépito los fogonazos de los cañones y las atronadoras descargas de la fusilería, en medio de un grito terrible y desaforado, y de temblar la tierra con las cargas de miles y miles de jinetes, que envolvían á los combatientes en masas de indescriptible confusión.

Mientras fué posible distinguir unas fuerzas de otras, la artillería argentina continuó tronando, dirigida con una habilidad que merece el aplauso de la historia, por el bravo coronel Iriarte, brillantemente secundado por un grupo escogido de oficiales técnicos. Pero el entrevero obligó á esas piezas á enmudecer, no sólo por la confusión misma producida, sino porque la misma similitud del uniforme militar usado por ambos ejércitos contribuía á dificultar el reconocerlos. Y en medio de aquella vorágine dantesca, atravesando impávido las llamas, esquivando á los compañeros, pero cayendo como tromba infernal sobre los enemigos, se veía al regimiento de lanceros del bizarro Olavarría que «manioabraba como en un día de parada sobre aquel campo de cadáveres,» sosteniendo al heroico cuadro del 5.º de cazadores que, al mando de Olazabal, mantuvo con un brillo sin igual la fama gloriosa de la infantería argentina en aquella batalla memorable.

La derrota se pronunció franca y decidida: regimientos enteros brasileros corrían poseídos del pánico más atroz, jinetes é infantes se atropellaban en la huída,—y hubo un

momento en que hasta el mismo Barbacena perdió la cabeza y prestó oídos al consejo de abandonarlo todo y salvar su persona con una buena escolta. Alvear no supo aprovechar el momento, y aquel descuido esterilizó la victoria: en medio de aquella confusión espantosa reaccionó Barbacena al ver que no era perseguido, y rehizo en lo posible la formación de sus batallones, efectuando una retirada ordenada y brillante.

Los cuerpos argentinos estaban extenuados, es cierto, pero desesperados por resistirse el general en jefe á autorizar la persecución en forma. « Los cuerpos, — dice un jefe de la época, — al excitárseles á vitorear la batalla, manifestaban demasiado con su silencio y tristeza, que no estaban satisfechos... » El incendio del campo, el humo de la batalla, la sofocación de la lucha y la sed que los devoraba obligó al ejército argentino á retirarse á su vez en dirección á las frescas márgenes del río Santa María.

La tarde caía. El horizonte, enrojecido por los rayos fulgurantes del sol que, aun al desaparecer, parecía querer marchitar todo lo que á iluminar alcanzaba, principió á cubrirse de densas sombras. La luna estaba oculta.

Enormes lenguas de fuego se elevaban al cielo de aquellos espesos pastizales, que al arder chisporroteaban siniestramente. Un mar ardiendo parecía aquel campo. El humo, que era sofocante, y tan espeso, que hubiera podido cortarse con un cuchillo, lo envolvía todo en una atmósfera irresistible.

Caballos sin jinete, acosados por las llamas, disparaban desesperados en todas direcciones; algunos soldados rezagados corrían como ánima que lleva el demonio, saltando por encima de los cadáveres que cubrían el suelo; los heridos se arrastraban penosamente lanzando ayes lastimeros. Y para completar el cuadro, de las carretas de municiones traídas para el combate, salían de vez en cuando volcanes de fuego producidos por la explosión de la pólvora, apenas las llamas del incendio lograban consumir las cajas que la contenían.

« ... Como á las diez de la noche, — dice un oficial argentino, — no se podía sufrir el hedor que producían los muertos en el estado de descomposición en que se hallaban, debido al

gran calor del día y á la quemazón que á casi todos alcanzaba, produciendo un olor nauseabundo. El campo estaba completamente iluminado por los fuegos del incendio. En un trecho muy iluminado, que no había ardido por falta de combustible, vimos y reconocimos el cuerpo del coronel Brandsen, enteramente desnudo, sin más ropa que una camisa corta impregnada de sangre.»

El héroe legendario de aquella batalla; el jefe de aquella brillante 1.^a división que Alvear sacrificó haciéndola cargar cuadros de infantería parapetados tras de profundos barrancos; el valiente oficial de Napoleón, el soldado de San Martín, Brandsen, en fin, había sido saqueado... Brandsen, que siguiendo la costumbre de los jefes de la epopeya napoleónica, lucía el día de la batalla su uniforme de gala, brillando sobre su pecho las cruces y condecoraciones de las principales batallas del primer imperio, y los cordones y escudos de los grandes combates de la independencia americana!

Ya durante la batalla el desorden fué inaudito. «Los peones y demás agregados del parque,—dice uno de los jefes de entonces,—se entretuvieron en despojar á los soldados de su mísero equipaje, mientras que estaban peleando en Ituzaingo. El botín, á la verdad, correspondía á la villanía del hecho, pues la mayor parte de las mochilas estaban vacías y las más provistas tendrían una camisa rota ú otro andrajo semejante.»

Apenas entró la noche, el desorden y el pillaje fueron realmente repugnantes. La poca disciplina que reinaba en el ejército hizo más cruel aún aquella escena, por el proceder inhumano de un gran número de conductores y de chinas que seguían al parque, plaga que aún subsiste en nuestros días, pues cada batallón va seguido de una verdadera soldería de indios, especie de nubes de sabandijas que todo lo arrasan á su paso.

Por eso un testigo ocular dice: «se lanzaron sobre el campo de la acción, estimulados por el ansia del botín y por el abandono mismo en que quedaba, si ya no eran arrastrados por aquella fría ferocidad que en todas partes caracteriza á

las turbas... Fácil es deducir que esa muchedumbre, errante por el vasto escenario de la lucha é impelida por su sed de saqueo, no haría muy prolija distinción entre los caídos de ambos ejércitos, y que algunos del nuestro habrían sido víctimas de su atroz desenfreno.»

La noche de Ituzaingo pasará á la historia, efectivamente, como una horrible noche de Walpurgis, envuelta en un incendio espantoso, con una atmósfera caldeada y sofocante, y consumiéndose entre aquellas llamas los cadáveres de argentinos y brasileros, mezclados con los infelices heridos de ambos bandos, que se arrastraban en una suprema desesperación, tratando de apagar, con su propia sangre, el fuego que les consumía, y rodando por entre caballos destripados, carros destrozados, cureñas rotas de cañones, armas inutilizadas, y esos mil despojos de un campo de batalla, humeante aún!

Otro de los oficiales argentinos refiere pormenores espeluznantes de aquel cuadro aterrador: «Veíamos caer á cada instante á los soldados, ardiéndoles la ropa, enteramente asados, saltados los ojos, el pellejo separado de las carnes, dán-doles esto unas facciones horrorosas, y á poco rato espiraban consumidos por el fuego, exhalando el último aliento entre penetrantes ayes y horribles y agudos bramidos.»

En medio de aquella escena del infierno, se veía retirarse á lo lejos, saltando sobre las llamas y los cadáveres, á los restos silenciosos del ejército triunfador, en cuyas filas no se oía un grito, y en cuyos rostros se pintaba la rabia y la desesperación. Y para completar el lúgubre cuadro, una legión de hombres y mujeres sin entrañas, verdaderas brujas de aquel aquelarre horrendo, desnudaban febricientes á los muertos para robarles sus prendas de valor, y despenaban á los heridos para despojarlos más ligero, porque el fuego terrible chamusqueaba sus ropas, y sólo el ardor insaciable del más inmundo y repugnante de los pillajes podía hacerlos permanecer en medio de aquella hoguera siniestra.

A lo lejos veíanse las siluetas de los cuerpos brasileros, retirándose en orden aparente, arrastrando los heridos que podían, y contemplando, sin poderlo remediar, aquel salva-

jismo sin igual. Los cuerpos argentinos, que se retiraban por el lado opuesto y que no habían bebido gota de agua desde el amanecer, jadeantes, medio locos de sed, estimulada ésta por la atmósfera hirviente del incendio, cerraban los ojos y los oídos al saqueo sacrílego, y apresuraban su paso para salir de aquel averno y poder descansar después de quince horas de continuo batallar!

Por eso dice uno de los jefes argentinos: «la marcha en aquella noche fué de las más penosas... El fuego puesto á las hierbas y maciegas, estimulado por el viento y aumentado por el que incendiaban nuestras tropas á retaguardia del enemigo durante la batalla y después de ella, al frente y á los flancos de los cuadros que se retiraban, había extendido sus progresos por aquellos campos desiertos, abarcando inmensa zona; y nuestros batallones, agobiados ya por las fatigas excesivas de las marchas continuas que hicieron en los días anteriores, tuvieron que efectuar en la de ese día una de cinco horas con un calor asfixiante, obligados á rodear por una senda estrecha, á cuyos lados crujía el pasto bajo la voracidad de las llamas.»

El ejército imperial sólo paró en las márgenes del río Cassiky, «donde,—dice un oficial brasilero,—caímos de la silla en la oscuridad de la noche: el mismo general no podía más, y se adormeció medio muerto. Aseguramos los caballos de la rienda, y cada momento el más leve rumor nos hacía estremecer, obligándonos á requerir la espada para defender con la vida el pequeño espacio donde reposábamos... Eran las dos de la madrugada cuando los pobres soldados de artillería trajeron la última pieza... Dolor causaba ver á esos infelices militares, que, á pesar del ardiente calor y de la sofocación y pánico de la marcha, la lucha y la retirada, todo lo olvidaban para arrastrarse exhaustos á empapar su cuerpo en los lugares húmedos...» Los jefes brasileros esperaban tener que capitular á cada momento, no explicándose la tardanza en llegar de las tropas argentinas.

Estas, mientras tanto, habían hecho á su vez operación análoga yendo á acampar en las márgenes del río Santa

María... El general Alvear, por un error histórico cuyas consecuencias fueron gravísimas, no permitió la persecución de los derrotados. No tuvo el valor genial de arriesgar los únicos recursos militares de la patria y temió quizá comprometer la victoria con una persecución peligrosa. Pero sus jefes subalternos y las tropas murmuraban descontentos ante esa actitud, y la noche de Ituzaingo fué por ello triste en ambos campamentos: llena de angustias para los brasileros, de despecho para los argentinos. Ambos ejércitos contemplaban el horizonte enrojecido por los resplandores del terrible incendio y el campo de batalla convertido en un infierno sin piedad para muertos y vivos.

...La heroica victoria quedó, pues, esterilizada. Pocos meses después, la guerra civil ardía de nuevo en nuestra patria, y cabe ante la historia una terrible responsabilidad para Lavalle, uno de los jefes de Ituzaingo, por haber arrastrado al motín militar contra el gobernador Dorrego á los últimos restos de nuestro glorioso ejército, cuando una paz forzada con el vencido del 20 de Febrero ponía fin á la guerra internacional, arrebatando para siempre del seno de los pueblos argentinos á la Provincia Oriental de Montevideo.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires.



EL AMOR Y EL INTERÉS

DOLORA

Sentía envidia y pesar
una niña, que veía
que su abuela se ponía
en la garganta un collar.
— ¡Necia! la abuela exclamó.

¿Por qué me envidias así?
Este collar irá á tí
después que me muera yo.

Mas la niña, que aún no vela
con la ficción la codicia,
le pregunta sin malicia:
—Y ¿morirás pronto, abuela?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



CUESTIÓN DE BESOS

A mi buen amigo, el distinguido literato argentino

CARLOS VEGA BELGRANO

¡Pobre Pura! Aún, amorosa,
 mi alma, cuando en ella sueña,
 cree ver su boca pequeña
 como un capullo de rosa.
 ¡Qué candor! ¡qué sencillez
 de muchacha! Cierta día,
 al decir que me quería,
 por la milésima vez,
 le dí un beso apasionado,
 que ella pretendió evitar,
 pues parece que besar
 á las chicas, es pecado.
 — ¡Quita, infame! exclamó Pura,
 ¡qué picardía!... ¡besarme!
 cuando vaya á confesarme,

¿qué le digo al señor cura?
 —Si abrigas temor por eso,
 y sientes tales agravios,
 con tus hechiceros labios
 puedes devolverme el beso.
 No quiero verte sufrir
 por mi falta de cordura,
 y así... ¡vamos! así el cura
 nada tendrá que decir.
 —¿Besarte? ¡qué liviandad!
 —Pues no encuentro mejor medio...
 —Me parece que el remedio
 es peor que la enfermedad.
 —¿Por qué? ¿no te amo rendido?
 ¿ó es que temes algún dolo?...
 —Los besos de amor tan sólo
 se devuelven al marido.
 —¿Que te engañan no malicias?
 en otros tiempos, quizás,
 ¡pero hoy!... ¡pues vaya si estás
 atrasada de noticias!
 ¿Dónde conseguiste ver,
 en esta edad... de progreso,
 dar y devolver un beso
 entre marido y mujer?
 Aunque de ser inconstantes
 mi labio no les acusa,
 eso solamente se usa
 entre novios ó entre amantes.
 Bésame, pues, sin temor
 y arroja de tí ese peso...
 ¡si te quedas con el beso,
 será pecado mayor!
 —¿Te gozas en asustarme?
 —¡Pero, hija mía! repara...
 —¡Que te besel? ¿y con qué cara
 voy después á confesarme?
 ¡Si cuento tales horrores
 al cura!..
 — Te mortificas
 sin motivo, ¡cuántas chicas
 le dirán... cosas peores!
 ¿Por qué el temor te encadena
 y no cedes de buen grado?
 ¡que es pecado! ¿y no es pecado
 dejarme morir de pena?
 —Si tanta es tu desventura...

no resisto á tu dolor;
 pero... mira, lo mejor
 es no decir nada al cura.
 — ¿Por qué? ¡pues fuera gracioso!
 — ¿Y si al oírme se exalta?
 -- Confésale nuestra falta
 y verás cuán bondadoso
 nos absuelve, como es justo,
 — te muestres ó no contrita,—
 á tí, por ser tan bonita
 y á mí... por hombre de gusto.

CASIMIRO PRIETO.

RONDELES

I

Como dos mariposas sobre la nieve
 vuelan tus manos blancas en el teclado,
 y sollozan las notas que ha despertado
 de tus ágiles dedos el soplo leve.

El ambiente está negro; desde el nublado
 aire, caen las gotas que el cielo llueve ..
 como dos mariposas sobre la nieve
 vuelan tus manos blancas en el teclado.

Cae sobre mi espíritu un llanto helado;
 y el pensamiento triste que no se atreve
 á volver á los días de mi pasado,
 mira volar tus manos en el teclado
 como dos mariposas sobre la nieve.

II

¡Oh, las muertas alegrías
 de aquellas horas triunfales!...
 Los fulgores aurorales
 que alumbraron esos días.

Aquellas noches astrales
 de vagas melancolías...
 ¡Oh, las muertas alegrías
 de aquellas horas triunfales!

Los destellos siderales
 borran las tinieblas frías,
 y entre brumas sepulcrales
 pasan las horas glaciales.
 ¡Oh, las muertas alegrías!...

FRANCISCO M. DE OLAGUÍBEL.



CARIDAD Y PRUDENCIA

EPISCOPALES

(TRADICIÓN)

Cuenta mi queridísimo é inolvidable amigo Lavalle, en una de sus más preciosas consejas tradicionales, que, allá por los años de 1814, una monja del monasterio del Carmen se escapó cierta noche para ir al teatro á gozar de la ópera ita-

liana, representación que, por primera vez, se hacía en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión ó brazo de río que provee al convento, y cubierta la cabeza con pañuelo lambayecano oyó, desde un *oculto* de platea, cantar á Carolina Griffoni *El barbero de Sevilla* del maestro Paisiello, que Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha inmortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la *diletanti*, después de las diez de la noche, cuando al llegar á la Acequia de Islas se encontró con que los *tomeros* habían soltado ya el agua, lo que imposibilitaba la entrada al claustro para la monja melómana. En tribulación tamaña no le quedó á la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos á la puerta de la casa arzobispal, hasta que, alarmado su ilustrísima, que en esos momentos, concluída la colación chocolatesca, iba á acostarse en el lecho, mandó abrir y que entrase la importuna. Después de revelarle ésta su cuita, y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz arzobispo Las Heras la hizo vestir la sotana, manteo y birretillo de su secretario, encaminándose al Carmen con el improvisado familiar. Llegados al monasterio, dejó á éste en la puerta y, penetrando solo en la portería, ordenó á la portera que previniése á la comunidad que, bajo pena de excomunión mayor, *ipso facto incurrenda*, prohibía á las monjas asomar las narices fuera de la celda, hasta que él tocara la campana convocando á coro. Alejada la hermana portera, dió su ilustrísima entrada al fingido familiar.

Cuando quince minutos después se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo á la superiora:

—Madre abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, ilustrísimo señor: veinte monjas y tres de velo blanco, contestó aquélla, después de pasar rápida revista.

—Bendigamos á Dios, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí.

Y con voz arrogante entonó el *Te Deum laudamus*, acom-

pañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del arzobispo en hora tan intempestiva.

Lima, Mayo de 1894.

RICARDO PALMA.



ÚLTIMA CITA

Quiero morir y que á mi tumba llegues,
antes que mi recuerdo en tí sucumba;
si tu amor me negaste, no le niegues
ese favor á mi olvidada tumba.

Justo es que acudas á la triste cita
de quien tu agravio olvida y te perdona;
acércate al sepulcro y deposita
sobre la cruz de piedra una corona.

Que si de mi alma los anhelos mides
y de mi amor comprendes el misterio,
después de que yo muera, no te olvides
de hacerme la visita al cementerio.

MÁXIMO SOTO HALL.



D. Arturo Berutti

REPUTADO MAESTRO COMPOSITOR ARGENTINO, AUTOR DE LAS APLAUDIDAS
ÓPERAS «LA VENDETTA» Y «EVANGELINA»

RITMOS

I

Envuelta en nubes tornasoladas,
llegó la sombra crepuscular;
hay aleteos en las cañadas
y las gaviotas van azoradas
con rumbo al mar.

Aquí me ha visto la luz del día
y de la tarde me ve el crepón,
y aquí ha de verme la noche fría
mirando atento la celosía
de tu balcón.

II

Yo quiero ser la sombra de la palma
sobre las soledades de tu vida,
y colgar en la noche de tu alma
de mi pasión la lámpara encendida.

Es justo que mi amor desgarre y tronce
la malla sepulcral de tu odio ciego:
¡rojo pondrá tu corazón de bronce
mi apasionado corazón de fuego!

III

No olvides mi petición
cuando te digan: — ¡ha muerto! —
hazme enterrar en tu huerto,
debajo de tu balcón.

De la tumba solitaria
saldré pronto, reina mía,
para adornar la crujía
convertido en pasionaria.

Yo seré la enredadera
cuyo susurro te nombra,
y teje velos de sombra
para que el sol no te hiera.

Y si entre el verde festón
recuerdas esta pasión

gigante que me consume,
¡cómo deshecho en perfume,
temblará mi corazón!

Buenos Aires, 1894.

CARLOS ROXLO.

LEJOS DE TÍ

El buen sol de una tibia primavera
derrama su sonrisa en el espacio;
todo trasciende plácida alegría:
el río, el cielo, la ciudad, el campo.

Es domingo. Rodando hacia Palermo ¹
al tronante trotar de los caballos
pasan los coches; y al pasar destellan
sus mil arneses por el sol dorados.

Huyen envueltos en brillante polvo
y resplandores de cambiantes rápidos,
en larga cinta que se troncha y une
por la avenida extensa culebreando.

Tras echadas capotas, que despiden
del sol al choque palpitantes rayos,
mil cabecitas pasan, con más luces
que las que en su obra derramó Ticiano.

Frescas mejillas que la edad graciosa
pinta en rubor, de flores de durazno;
y en expresión de saludable dicha
dejan el puro ambiente embalsamado.

Ojos traviosos, que callar no saben
y que el lenguaje del amor charlando,
cual mariposas en el campo inquietas,
círculos tejen en sus vuelos raudos.

Flores, encajes y vistosas cintas;
luz y perfumes y colores vagos:
todo se aleja entre la alegre música
de un incesante palpar de labios.

Y yo también entre el tumulto vuelo;
pero ¡ay de mí! distante de tu lado,
como cadáver en la mar revuelta
entre la inquieta multitud naufrago.

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

Buenos Aires.

¹ *Palermo*. Parque y jardines de la ciudad.

El cuchillo

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



Érase un pastorcillo de mi tierra, que cierta mañana fué al monte con su rebaño.



Una vez en él, y mientras el rebaño se desayunaba á dentellada limpia, se dispuso también el muchacho á desayunarse.



Y con tan soberano esfuerzo cortó su pan, que del mismo tajo se cortó á sí propio.



Item más el árbol en que estaba apoyado.



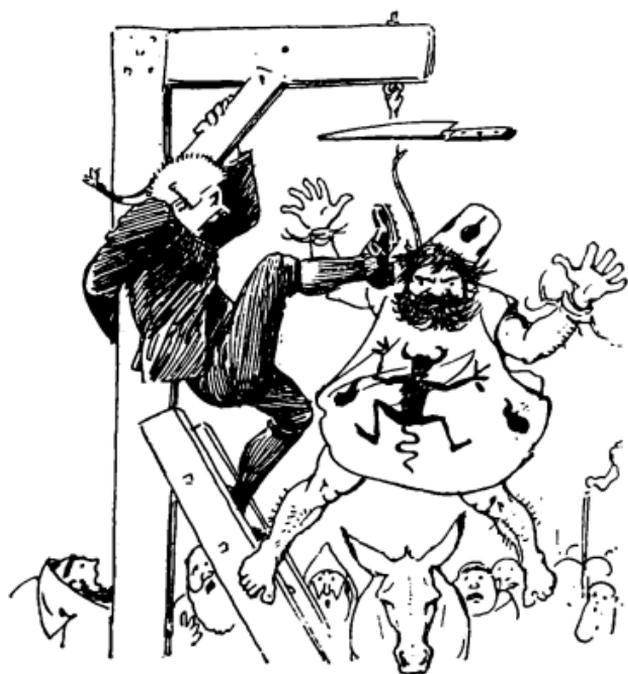
En aquella misma hora salta de la ciudad lejana, un malandrín á quien llevaban á dar cuenta de sus fechorías.



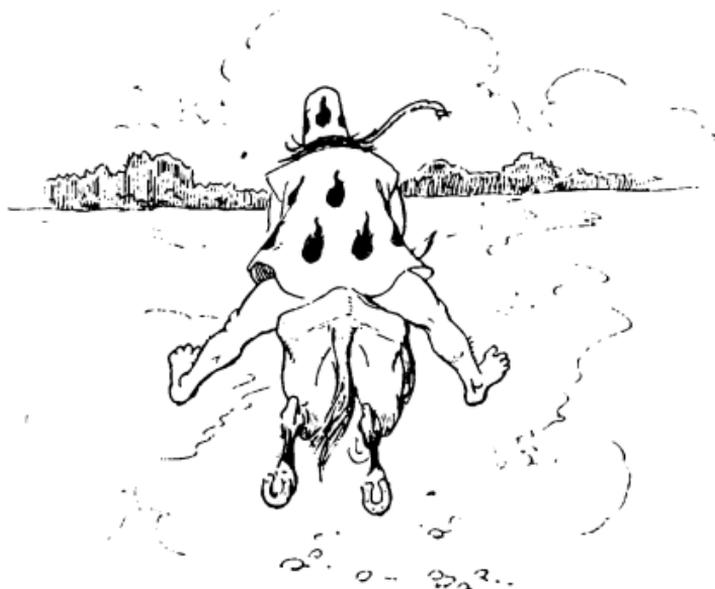
Para lo cual le echó el corbatín al cuello el dispensador de la justicia.



Pero en el momento de darle el puntapié trascendental...



Llega disparado el cuchillo del pastor, corta la cuerda, y...



el forajido se puso en salvo en el mismo pollino que le había traído



En cuanto al cuchillo, Dios sabe á dónde hubiera ido á parar si no hubiera dado en el juez, hombre recto é inquebrantable.

CALAVERADAS

DE UNA MENTE VAGABUNDA

A mi modo de ver, el escritor necesita poseer tres condiciones esenciales, que son las siguientes:

- 1.º debe tener ideas;
- 2.º debe manifestarlas con sinceridad y expresarlas con sencillez y naturalidad;
- 3.º debe poseer, cuando menos, rudimentos de gramática.

Yo concibo á un escritor que de estas tres condiciones no posea más que las de los números 1 y 2; pero no concibo que pueda ser escritor quien no tenga más que formas huecas de sustancia.

El escritor escribe para enseñar ó para recrear. Si quiere enseñar, debe saber algo de lo mucho que ignora el gran montón; si quiere recrear, debe tener el don de copiar fielmente la ridícula comedia humana; en ambos casos, ha menester de ideas adquiridas con el estudio ó por la observación. En verdad existe una tercera categoría, la de los que sólo escriben para despellejar al prójimo, pero como estos *plumistas* no son más que chinches literarias, no hay que preocuparse de ellos para nada.

El consuetudinario empleo de las grandes palabrotas, de los altisonantes vocablos, como: rumbos, proyecciones, horizontes, perspectivas, evoluciones, eficiencias, etc., no acusa sino un *atorrante* espiritual que, desprovisto de ideas, especie de quijote literario, quiere hacer literatura con formas sin sustancia. Hay *plumistas* que tienen la habilidad de escribir sendas columnas en los diarios, que no encierran la suma de pensamientos que caben en dos renglones. Estos literatos se imaginan que basta ser un cochino para saber escribir como Zola; que el empleo de palabras triviales acusa bajeza de espíritu, y no se fijan que su continuo uso de palabras genéricas no refleja de manera alguna la altura etérea de sus

ideas, que son nulas, puesto que aquel manoteo en las abstracciones impropias é inoportunas no es sino un signo de su ignorancia y un indicio de su impotencia intelectual.

FRANCISCO LATZINA.

CLARO DE LUNA

Argentea la pálida Diosa
el azul, y sus lánguidos rayos
ancha franja perlina dibujan
en la linfa durmiente del lago.

Sobre el terso cristal, que se rompe
ondulante y sonoro á su paso,
se desliza errabunda la barca
donde van dos amantes bogando.

Una regia pareja de cisnes,
Con los gráciles cuellos curvados,
por la orilla del agua navega,
esponjando sus plumas de raso.

Y del fondo verdoso que forman
limoneros en flor y naranjos,
con capelo de nieblas emerge
la casita de techo rosado.

En las frondas del bosque florido
ritma el viento nocturno su canto,
y cual genios aéreos, voltean
las falenas en torno á los ramos.

La pareja de cisnes se junta,
entrecruza sus cuellos nevados,
y en sedosas caricias se mezcla
como un grupo de vivo alabastro.

De la barca, que flota tranquila,
surgen tiernos suspiros ahogados,
balbucesos de cálidas frases
y estallidos vibrantes de labios...

Entretanto la pálida Diosa
argentea el azul, y sus rayos
ancha franja perlina dibujan
en la linfa durmiente del lago.

DARÍO HERRERA.

EL PRIMER DIENTE CARIADO

LAMENTACIONES DE UNA DAMA

A mi buen amigo el distinguido cirujano

SR. DR. D. MANUEL G. RAMOS



¿Qué es esto? ¡Un diente cariado!
 ¿Y es cierto? ¡Sí! ¡Bien visible
 está allí, negro y horrible,
 el hueco desvergonzado!

¡Un diente! ¡Jesús me asista!
 ¡Oh perspectiva horrorosa!
 Ya estoy temblando, y nerviosa,
 de pensar en el dentista.

¡Oh derrumbamiento indino
 ya esto es *principio del fin*
 de este armatoste ruin
 que encierra un algo divino.

Que no hay hermosura igual
 á femenil hermosura
 que ostente una dentadura
 sana, perlina y cabal.

Así, no temo las canas,
 ni la caída del pelo,
 ni me producen desvelo
 feas arrugas tempranas.

Ni tampoco frunzo el ceño
 si me muestra espejo fiel
 convertido en un tonel
 el que fué talle cenceño.

Que si,— tras uno, otro día,—
 trae desperfectos aciagos
 tengo, para esos estragos
 bastante filosofía;

Pero al cabo soy mujer;
 y al imaginar escueta
 mi boca, angustia secreta
 invade todo mi ser.

¿Calva? Ya lo dije, es nada;
 ¿canosa? Menos me apura;
 ¡mas me dará calentura
 si me dicen *desdentada!*

¡Vacío el cofre precioso
 de perlas y de corales,
 que en versos cantó, inmortales,
 más de un vate melodioso!

Y la risa de otros días,
 esa risa seductora,
 será horrible mueca ahora
 con despobladas encías!...

¡Qué inexorable, qué dura
 es tu ley, Naturaleza,
 que al fin, de toda belleza
 haces la caricatura!...

¡Un diente! ¡Vamos! si fuera
 una *muela*, en vez de un *diente*,
 de este funesto accidente
 en verdad no me doliera;

por un diente, sin ser loca,
 yo, con inmensa alegría,
 todas las muelas daría
 que se encuentran en mi boca;

que en perpetua oscuridad
 las muelas por siempre viven,
 mientras los dientes se exhiben
 que es una calamidad.

¡Oh disyuntiva crüel,
 la que tengo frente á frente:
 ó me hago calzar el diente,
 ó me quedaré sin él!

Cuanto pudiera escoger,
 es de mi rostro en desdoro.
 ¿Qué hago? ¿Me lo incrusto de oro,
 ó me lo dejo extraer?

¿Qué elijo? ¿el gatillo horrendo,
 ó las *cuñas* espantosas?
 Que son *peores* las dos cosas,
 mis nervios me están diciendo.

¿Y he de tener que ocupar
 aquel sillón giratorio

que ideas del purgatorio
me sugiere á mi pesar?

Sillón que juzgo, en verdad,
ser aquel sillón patíbulo,
que halla el reo en el vestíbulo
de la obscura eternidad...

Con un hábil cirujano
extraer un diente es juego;
¡zis, zas! un tirón, y luego...
luego el diente está en la mano.

Pero aquel *¡zis, zas!* señores,
significa un dolor tal,
que no le encuentro rival
entre todos los dolores.

¡Y luego,—yo me horrorizo!—
Será la única manera
de cubrir esa tronera,
el ponérmelo postizo!

Pues sin él no me acomodo;
aunque no falte una amiga
que al saludarme me diga:
—Estás mejor de este modo.—

Y por sandez ó falacia
su boca la mía sella;
y prosigue: — Estás muy bella.
¡Te hace ese hueco una gracia!...

¡No, no! abrenuncio del hueco,
aunque muy mucho me siente,
y tampoco quiero diente
extraño, ni otro embeleco.

¡Apreste, doctor, apreste,
caucho, cuña y algodón,
que á otra dura operación
fuerza será que me preste!

Sienta el *riu, riu*, espeluznante
de la infernal maquinita,
aunque los nervios me excita
sólo el tenerla delante;

venga, venga el *vil metal*,
por mí siempre despreciado,
y en mis dientes incrustado
sirva de alivio á mi mal.

Y yo, que nunca guardé
una partícula de oro,
dentro del diente un tesoro
en adelante tendré;

mas temo que, al verlo un día,
diga un mal intencionado:
— En el bolsillo guardado
mejor ese oro estaría.

Mis penas, con ser tan largas,
aún no concluyen, lector.
La siguiente es la peor...
ó una de las más amargas:

Que es fuerza, para encubrir
de hoy más mi desdicha fiera,
ría de especial manera,
ó que no vuelva á reir.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, 1893.

EN UN ABANICO

Bajó el candor de los cielos
con el pensamiento sólo,
de buscar sobre la tierra
dónde colocar su trono.
Visitó mares, vergeles,
montañas, florestas, sotos,
campos bordados de rosas,
ciudades de jaspe y oro,
y desmayaba en su empresa
no encontrando lugar propio
para reemplazar del cielo
su resplandeciente solio.
Cuando al cielo se volvía,
vió tu peregrino rostro,
su anhelo juzgó cumplido
y le colocó en tus ojos.

C. OSSORIO Y GALLARDO.



CRISTIANOS É INDIOS

PROFECÍA DE UN CONQUISTADOR

El indio salvaje aborreció de muerte al hombre civilizado. Hubo generaciones indomables: el araucano en Chile, el pampa en la costa austral del río de la Plata, el charrúa en el Uruguay lo fueron más que ninguna. Para el indio indómito, el hombre civilizado fué siempre un extranjero, un usurpador de sus tierras, y llamóle *cristiano* (que esta palabra envolvió en América la idea de civilización). Del propio modo el argentino y el chileno, hasta nuestros días, se titularon *cristianos* con respecto al *indio*, como en los primeros tiempos de la conquista. Así el indio aborreció de muerte al cristiano, ya fuese blanco ó mestizo, nacido en Europa ó en América, y el mestizo maltrató al indio lo más que pudo.

Las leyes de Indias prohibieron dar protectorías de indios á los mestizos, ni que bajo pretexto alguno viviese mestizo en pueblo de indios; porque el mestizo era y fué en todo tiempo el opresor cierto del indio, á quien vejaba y perseguía siempre que estuvo en su mano hacerlo á su salvo.

Lorenzo Bernal de Mercado, á quien los araucanos llama-

ron *Martín Campo*, entendiendo así el título de *Maestre de Campo* que le daban los españoles, guerreó en la conquista de Chile, bajo don García Hurtado de Mendoza, con gran denuedo. Con decir que se distinguía entre

aquellos españoles esforzados
que á la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada,

dicho está cuánta sería la intrepidez y pujanza de este soldado. Estaba dotado de una fuerza extraordinaria, verdaderamente hercúlea, que sabía utilizar largamente con destreza suma, á pie ó á caballo, cualidades que, unidas á aquel temple feroz tan común en sus compañeros, llegaron á hacerle verdaderamente espantable á los ojos de los indios.

En sabiendo los araucanos que Bernal se acercaba á su campamento, echaban á huir desafortadamente, como si ya cayese sobre ellos y los acuchillase y tajase de arriba abajo por la espalda. Temblaban al oír pronunciar su nombre. Las madres, para asustar á sus hijuelos, les decían: *¡ Ahí viene Martín Campo!* anunciándoles con ello una especie de monstruo espantoso que fuera á tragarlos vivos, á la manera del cuco de nuestras gentes.

Bernal, con todo, se vió en cierta ocasión expuesto á perecer asediado en una casa fuerte del valle de Arauco, que defendía con noventa españoles contra innumerable ejército. La fortuna había favorecido á los araucanos, que causaran grande estrago y desolación en los españoles de la comarca.

Sabido es que los conquistadores acostumbraban abarcar con su audacia y esfuerzo incontrastable todo el ámbito de las tierras que tomaran á cargo reducir al dominio de la corona de Castilla, fundando ciudades y estableciendo casas fuertes, guarnecidas unas y otras con escaso número de hombres, y tan distantes entre sí, que en caso de apuro era de todo punto imposible que se prestasen socorro alguno. Mas, en aquellos españoles, á medida del peligro crecía la arrogancia.

Un día presentóse delante de la fortaleza el cacique Colocolo acompañado de tres mil combatientes, manifestando

intención de hablar con el jefe de los sitiados. Ostentaban dos cabezas de cristianos en sendas lanzas.

Asomóse Bernal á lo alto del fuerte, y preguntó á Colocolo cuyas eran aquéllas.

Respondióle el indio (que empuñaba una de las lanzas), que aquellas cabezas eran de los jefes principales de los españoles, á los que habían desbaratado y muerto, sin dejar uno solo con vida.

Replicó Bernal que él ya lo sabía; pero que los que allí



estaban con él eran bastantes para conservar sujeta la tierra y propagar en ella la generación española.

—¿Con qué mujeres, preguntó Colocolo, pues ninguna tenéis con vosotros en ese fuerte?

—Con las vuestras, repuso Bernal, en las cuales tendremos hijos que serán vuestros amos.

Enmudeció el indio. Arrimó al muro del fuerte su lanza con la cabeza del español, y bajando la suya, fué retirando confuso y pensativo.

Hasta los postreros años del siglo XIX, el mestizo arre-

metió implacable contra el indio, hundiendo en su pecho con furia la enrojecida lanza, al rabioso grito de *¡ muere, perro!*

Terriblemente profética, en verdad, fué la respuesta que dió Bernal á Colocolo en el valle de Arauco.

DANIEL GRANADA.

Salto Oriental, Febrero de 1894.

FILIGRANAS

I

Limpias perlas y vívidos corales
han robado de un rey á la corona:
si en tu boca se fijan los curiales
te llevan á la cárcel por ladrona.

II

Tu boca es una rosa abierta sobre nieve:
la nieve tus mejillas que besa el aura leve.

III

Déte Dios, niña hechicera,
de la vida en las borrascas
mucho luz en el cerebro,
mucho virtud en el alma.

IV

Condesa, en tu Granada, morisca y hechicera,
no pude hallar palmera
que iguale tu esbeltez;
ni del Generalife los mágicos jardines
mostráronme jazmines
más blancos que tu tez.

V

De kásida nazarita
tu voz tiene el embeleso:
hay en ella algo de un beso
que dentro el alma palpita.

VI

De tu boca de rubí
por merecer esperanzas
rompieran ¡oh niña! lanzas,
abencerraje y zegrí.

RICARDO PALMA.



Sr. D. Juan José Soto

DISTINGUIDO LITERATO URUGUAYO

Á MISS ANA X.

(DE ALFREDO DE MUSSET)

El primer día que os ví
cuando declamaba así,
mi alma estaba desolada
y era la noche callada
un tormento para mí.

Pero un destello fulgente,
un rayo resplandeciente
que de tí partió ese día,
reavivó la llama ardiente
de amor que en mí se extinguía.

Hoy que he podido encontrarte,
en tí veo el libro, el arte
que hace dulce el existir:
ahora no pienso en morir,
quiero vivir para amarte.

JUAN JOSÉ SOTO.

EL COCUYO

Voladora esmeralda que no fía
su secreto de luz á la mañana;
luciérnaga gentil, Mayo engalana
con tu verde esplendor la noche umbría.

Cuando su carta la infeliz María
desde el alto balcón lanzóme ufana,
pude, al fulgor que de tu lumbre emana,
leer su amor y la ventura mía.

Bello insecto que en marcha luminosa
esmaltas el horror de la pradera,
vuélvete libre á tu verjel amado.

Mas si en el blanco seno de la hermosa,
cárcel te da su mano lisonjera,
vive al Amor y á Venus consagrado.

M. SÁNCHEZ PESQUERA.

NYDIA



ABIERTA con su túnica de lino,
soñadora gentil, enamorada,
resplandece en su faz algo divino,
y, la noche en sus ojos, el camino
sigue como una reina destronada.

Agitaban de paso sus cabellos
las brisas rumorosas de los mares,
y la tarde, al partir, dejaba en ellos,
matizando de bronce sus destellos,
ígneos lampos de luz crepusculares.

Si el sol de Grecia iluminó su cuna,
abrióse su cariño al sol de Italia,
y á su pasión el sufrimiento aduna...
por eso brilla con fulgor de luna
aquel pálido lirio de Tesalia.

Traidora flecha el corazón le hiere:
ama á Glauco en silencio y por él llora;
amor gigante que en la sombra muere
le dice al corazón que nada espere,
y sus secretas lágrimas devora.

Ya no esplende la obscura cabellera
en rizos sobre el mármol de su espalda,
ni entona su canción, ni en primavera
las rosas cortará de la pradera
para tejer á Glauco su guirnalda.

No irá, como antes, al morir el día,
dulces querellas entregando al viento,
su lánguida amorosa fantasía,
que al ronco oleaje de la mar bravía
puede sólo confiar su pensamiento...

Y allá va con su túnica de lino,
su cabeza de diosa reclinada
sobre el mórbido cuello alabastrino,
la noche en sus pupilas, el camino
siguiendo como reina destronada...

LEOPOLDO DÍAZ.



AVENTURA CABALLERESCA

La mano en el pomo de la espada y el embozo de la capa sobre el hombro, don Manuel, joven caballero, llegado á Madrid para presenciar las fiestas reales del bautismo del infante don Baltasar, paseaba una noche por las calles, con el continente de un hidalgo que busca una aventura de armas ó de amor, cuando una dama, cubierta con negro manto, saliendo precipitadamente de una casa, corrió hacia don Manuel, exclamando:

—¡Si sois, como parece, un caballero de noble y leal raza, salvaréis á una dama amenazada de perder el honor y la vida! Mi marido ha estado á punto de sorprenderme en casa de uno de

sus amigos, de quien está celoso sin motivo. Apenas he tenido tiempo de tomar mi manto y huir por la escalera; pero me persigue. Detenedle á toda costa, porque si me alcanza me mata.

Don Manuel contestó:

—Huid tranquila, señora.

Y mientras que la dama se alejaba corriendo, se situó delante de la puerta, por la que no tardó en precipitarse un hombre fuerte y bastante malhumorado, á juzgar por su actitud y los juramentos que profería.

—Caballero, dijo don Manuel después de saludarle con tranquila y perfecta cortesía, llegado apenas hace algunos días á Madrid, nada de extraordinario tiene que me haya extraviado en esta ciudad, tan grande como bella. ¿Os dignaréis, como espero, indicarme la calle de San Bernardino, en la que tengo el placer de que me aguarde alguien que bien me quiere, y que esta tarde, en la Florida, me ha prometido salir á la ventana tan pronto como su dueña se haya dormido?

—¡Dejadme pasar! gritó el otro. Ya veis que llevo prisa.

—¡No la llevo yo menos que vos, pues la que me aguarda tiene los más bellos ojos del mundo! Pero ¿acaso os contraría prestarme ayuda en una empresa de amor? No puedo elogiar la delicadeza de vuestros sentimientos y heme aquí, no obstante, dispuesto á ser amigo de un gentilhomme de tan acrisolada virtud. ¡No hablemos más de la calle de San Bernardino! A lo menos querréis encaminarme hacia cualquier iglesia notable por las reliquias que en ella se conserven. Pasaré con gusto en oración la noche que había tenido la mala idea de dedicar á ocupaciones menos austeras.

—¡Idos al diablo, y dejadme pasar!

—Pues qué, ¿no podré dedicarme ni á mis devociones ni al amor?

—¡Por Santiago! dijo el marido exasperado, creo que os burláis de mí.

—En vuestro lugar, hace tiempo que hubiera caído en ello. Entonces desenvainaron las espadas.

¡Qué duelo tan admirable, en medio de la noche, con el chocar de los aceros y los destellos de luz que se producían!

Un duelo muy largo; los dos combatientes con la misma fuerza y con igual valor.

—Ciertamente, pensó don Manuel, ya habrá tenido tiempo la dama encubierta de ponerse en salvo.

Al mismo tiempo que esto pensaba, la hoja de su adversario le penetraba profundamente bajo la tetilla izquierda, y cayó de cabeza, dando un grito, sobre el pavimento.

—¡Dios tenga piedad de vuestra alma! dijo el vencedor, disponiéndose á continuar su camino.

—¡Una palabra más! dijo don Manuel jadeante. ¿Era joven y bella la dama que perseguíais?

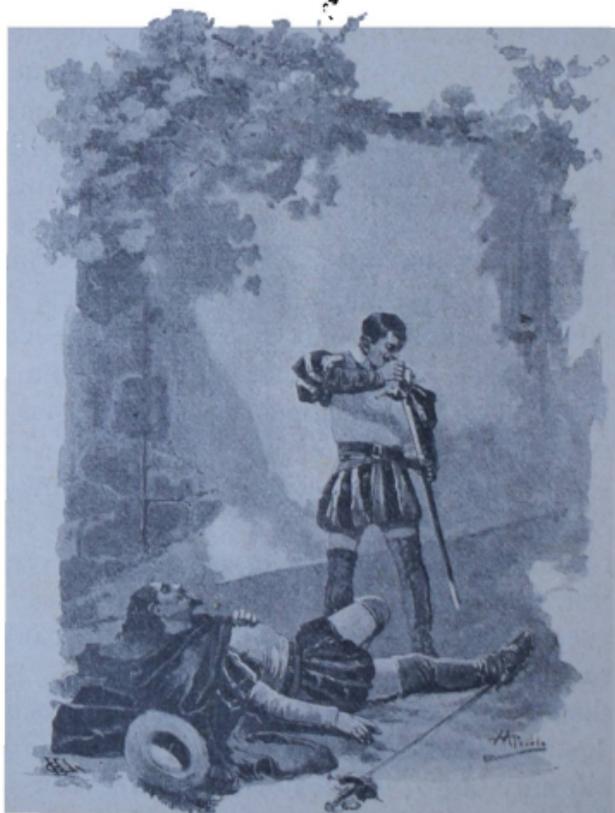
—¿Qué os importa?

—¡Me importa mucho! Me desconsolaría morir por alguna vieja bigotuda y lacrimosa.

—Sabed que doña Ana, que apenas cuenta veinte años, es la mujer más bella de Madrid.

—Enhorabuena, dijo don Manuel al espirar.

CÁTULO MENDES.





VIAJE Á GRECIA

Á JOSÉ RIVAS GROOT

Hacia la playa helena,
que se dibuja en la extensión lejana,
bogando voy sobre la mar serena,
á la primera luz de la mañana,

en mis brazos llevando
de mi existencia al soberano dueño,
que los hermosos párpados cerrando
cede al influjo seductor del sueño.

Y es mi barquilla leve
la concha azul de la deidad de Gnido,
que esbeltos cisnes de color de nieve,
arrastran sobre el piélagos dormido.

Coro alado de amores
en torno nuestro presuroso vuela;
uno rige los cisnes voladores,
otro coge los rizos de la vela;

otro, á la marcha atento,
explora el Ponto con mirada viva,
observa el curso del errátil viento,
y de las olas el empuje esquivo.

La soñolienta luna
en la región occidental vacila;
el fulgor matutino la importuna
y va cerrando la glacial pupila.

La neblina incolora
se rasga y huye con ligero paso,
y al fin descuella la radiante aurora
sobre la erguida cumbre del Parnaso.

Detiéndose un instante
plegando allí las alas luminosas,
y luego, remontándose triunfante,
cubre los cielos de purpúreas rosas.

La tierra taciturna
su blando halago estremecida siente;
torna á bullir, tras la quietud nocturna,
de la inexhausta vida la corriente,

y se abren á mi vista
amplios paisajes, ricos de primores,
que va esmaltando, como sabio artista,
la helena luz, de vívidos colores.

Yo, con semblante ledo,
vuelto á la hermosa de quien soy cautivo,
pongo en su labio de coral mi dedo
y el dios del sueño se recata esquivo.

Abre los ojos ella,
húmedos, soñadores y profundos,
y ágil irguiendo la cintura bella,
mira surgir desconocidos mundos.

Con hondo anhelo ciño
mi amante brazo en torno de su cuello;
al aire flota, suelto y sin aliño,
en encrespadas ondas su cabello.

Su purpurina boca
se abre al influjo de gentil sonrisa,
y entre los pliegues de la griega toca
luce su frente, como el mármol, lisa.

« Contempla, Ninfa mía,
— clamo entonces — el vasto panorama:
allá la costa, al resplandor del día,
alza la frente y con amor nos llama;

» contempla á opuesta mano
cómo, rasgando de la bruma el velo,

asoman sobre el plácido oceano,
graciosas islas de encantado suelo;

» ve las azules ondas
que entre las conchas de la playa juegan,
cómo, á compás, alzándose redondas,
cual voluptuoso manto se despliegan,

» y los vivos reflejos
que recogidos en vistosos haces
brillan un punto y huyen á lo lejos,
cual la ilusión hermosos y fugaces.

» Mira: su nido agreste
ya dejan, revolando, los alciones,
y del espacio entre el azul celeste
tornasolan sus fúlgidos plumones.

» La parda golondrina
pasa rasando con presteza suma
las aguas, donde flota cristalina,
cual flor del mar, la tremulenta espuma.

» De Nereidas el coro
sale veloz de su recinto umbrío:
vélas peinar la cabellera de oro,
que con sus perlas esmaltó el rocío:

» y los sueltos Tritones,
que inquietos nadan sobre concha breve,
las persiguen con saltos juguetones,
las celan cautos con mirada aleve.

» Mira aquel que tomando
la dulce flauta en que sus celos llora,
le arranca tono tan doliente y blando
que aun á los mudos vientos enamora.

» Los peces su hondo asiento
dejan al eco de las notas suaves,
y en raudó giro llega por el viento
ruidosa banda de marinas aves.»

Así prorrumpo, en tanto
que ya mi barca al puerto se abandona:
ya cerca escucho resonar el canto
que la cigarra en el sembrado entona;

Ya veo alzarse el humo
en espiral de los lejanos techos,
y los olivos en espeso grumo
miro que esmaltan la campiña á trechos.

Y mi pecho palpita
al tocar la región enamorada,
de Dioses y de Genios favorita,
donde vibran al par lira y espada.

.

Cuando suena de pronto
de solemne reloj el toque lento,
y playa y Ninfas y barquilla y Ponto
huyen en confusión del pensamiento.

Y despierto en mi estancia,
donde la sombra á la quietud se aduna:
extraños ruidos se oyen á distancia,
de mi reja al través entra la luna,

y de mi lecho enfrente
en mudos libros levantarse veo
los genios de la Grecia prepotente:
Homero y Safo, Píndaro y Tirteo.

A. GÓMEZ RESTREPO.

Bogotá.

CREPÚSCULO

Ya del día los gárrulos rumores
cesando van; ya en torno, opaco velo
cife río, ciudad, campiña y cielo
que pierden líneas, formas y colores.

Arde el ocaso en vívidos fulgores
y con la sombra que obscurece el suelo,
bajan en mustio silencioso vuelo
amargas, recuerdos y dolores...

Sumida en triste insoportable calma
el de sus sueños oriental palacio
contempla aquí desmoronarse el alma.

¡Y allá, á través de la tiniebla oscura,
y en el azul profundo del espacio,
la viva luz del Véspero fulgura!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, Junio de 1894.

LAS DISTRACCIONES
DE
DON ARQUÍMEDES



DÓNDE iba yo?—se dijo de pronto don Arquímedes, deteniendo el paso y colocando el dedo índice de la mano derecha sobre el labio inferior, con aire caviloso. —Porque el caso es, agregó, que yo salí á la calle con algún objeto determinado, y por más que me devano los sesos no acierto á recordar el motivo de esa salida tan urgente... como inexplicable.

Y después de dos minutos de nuevas é infructuosas cavilaciones, y de contemplar, lleno de admiración el frac que llevaba puesto, se dijo alarmado:

—¿Me habré vuelto loco?

Y sin tratar ya de averiguar la causa que le había obligado á salir á la calle, se volvió á su casa con visibles señales de mal humor y se encerró en su gabinete, donde se entregó de nuevo al estudio de su problema favorito,—la cuadratura del círculo,—hasta que, rendido por el cansancio y el sueño, se acostó de rigurosa etiqueta.

Dos horas habría dormido escasamente, cuando vino á despertarle la voz atiplada de doña Celestina, que en la estancia inmediata daba grandes chillidos, como si le sucediese algo grave.

—Es necesario que vea ahora mismo á don Arquímedes, gritaba la buena señora con voz acalorada.

—Es imposible, contestaba el sirviente de nuestro sabio; el señor se acostó al amanecer y no me atrevo á despertarle.

—Pues bien, le despertaré yo, objetaba doña Celestina, cada vez más furiosa; déjeme usted pasar.

—Dispense usted, señora...

—¡Le digo á usted que entraré!

—¡Eso nunca! Para llegar al dormitorio de don Arquímedes tendrá usted que pasar por encima de mi cadáver.

—¡No sea usted animal!

—¿Quién habla aquí de cadáveres? dijo entonces don Arquímedes, apareciendo ante los asombrados ojos de doña Celestina medio dormido aún y vestido de frac.

—Caballero, exclamó la buena señora después de una



breve pausa y con aire imponente; lo que está usted haciendo es una infamia.

— ¿Una infamia? repitió don Arquímedes, estupefacto.

—Sí, señor, ¡una infamia!

—Puede ser, acabó por decir don Arquímedes, todo caribacontecido y consternado; hace días que no sé dónde tengo la cabeza y no sería extraño que hubiese cometido alguna barbaridad... ¿Qué más? Aquí me tiene usted, doña Celestina, sin saber todavía por qué me vestí anoche de rigurosa etiqueta. Me he vuelto lo más distraído y desmemoriado...

—¿Conque no lo sabe usted?

—¡Palabra de honor!

—¿Conque no lo sabe usted? insistió doña Celestina, echando fuego por los ojos y subrayando las palabras con un enérgico ademán.

—Vamos, le digo á usted que no, señora.

—¿Conque no sabe usted que en el fondo de un gabinete azul le esperaba, vestida de blanco y ceñida la sien de azahares, la más hermosa de las doncellas?

Don Arquímedes se dió una palmada en la frente y murmuró:

—¡Bárbaro de mí! ¡pues es claro! ¡á eso iba anoche! ¡á casarme! ¡Ya decía yo que por algo me había puesto el frac!

Y volviéndose á doña Celestina, añadió todo colorado y confuso:

—Es verdad, señora; he cometido una falta, pero una falta que no creo imperdonable, puesto que la confieso arrepentido. Usted no sabe lo que es la ciencia, doña Celestina, ni el desorden que reina en el cerebro de los sabios, cuando se trata de esos asuntos... caseros. Estoy á punto de resolver la cuadratura del círculo, uno de los problemas más arduos que preocupan á la humanidad... desde que apareció el primer loco, y me olvido fácilmente de todo aquello que no se relaciona con la anhelada solución de mi problema. Vivo en perpetua abstracción científica, y no es extraño que la figura gentil de esa niña fuese sustituida anoche en mi mente por otras figuras... geométricas, en cuyas líneas quedó preso, como en traidora red, mi pensamiento. Pero si yo no fuí á buscar á mi novia, mi novia, en cambio, pudo haber venido á buscarme á mí.

—¿Y le parece á usted decoroso? gritó escandalizada doña Celestina. ¡Usted no sabe lo que se dice!

—Puede ser, murmuró don Arquímedes, con modestia.

—¡Bonito es el padre de Julia para permitir semejante cosa! ¡él, que es el orgullo personificado!

—No obstante, yo creo...

—Pues cree usted mal; en cuanto alguien insinuó la idea de que era preciso buscar al novio, el buen señor se puso

lívido de cólera y juró levantar la tapa de los sesos al primero que se moviese de su sitio.—No es el amor herido el que ha de enviar sus emisarios, exclamó con aspecto lúgubre; ¡es la honra ofendida la que debe mandar sus padrinos!

—¡Qué escuchol ¿Quiere batirse conmigo mi suegro?

—Sí, señor; está furioso y de un momento á otro recibirá usted la visita de dos amigos de don Lisardo. Dice que la ofensa que le ha inferido usted no puede lavarse más que con sangre.

—¿La ofensa? Pues yo no veo tal ofensa ni mucho menos la necesidad de enmendar distracciones de sabio con estocadas de espadachín.

—¡Vaya unas distracciones las suyas!

—Muy naturales en quien busca como yo la cuadratura del círculo. Desde la excelsa altura de las ciencias exactas se pierde á menudo de vista el pequeño mundo del corazón, átomo de luz apenas perceptible á los ojos del matemático. De ahí que ante los resplandores de la ciencia se oscureciera en mi mente la imagen encantadora de esa mujer, como ante el brillo del sol se funden en el azul del cielo las estrellas.

—Entonces, ¿por qué quiere casarse usted?

—Porque usted se ha empeñado en ello, y, además, porque el matrimonio no es del todo incompatible con las *matemáticas*; ¡como que gracias á él puede *multiplicarse* la humanidad! ¡Ah, señora! ¿cree usted que si no fuese por el deseo de tener quién herede mi nombre y mi fama, se me habría ocurrido siquiera la idea de perder el tiempo en esas cosas? Quien roba á la ciencia el oro del tiempo para derrocharlo alegremente con el amor, más que un sabio, es un insigne majadero.

—Pues nadie creará en sus distracciones de usted, don Arquímedes. Sólo conozco un individuo que, por distracción también, hizo lo mismo que ha hecho usted, pues cuando el suegro, menos quisquilloso que don Lisardo, fué en su busca, le encontró...

—¿Absorto en la resolución de algún problema matemático?

—No, señor; le encontró *distráido*... con otra.

—Señor, dijo en aquel momento el sirviente de don Arquímedes; ahí hay dos caballeros que preguntan por usted.

—Serán los padrinos de don Lisardo, observó doña Celestina.

—Que pasen, contestó don Arquímedes, sin inmutarse en lo más mínimo.

Doña Celestina se retiró á una habitación contigua y poco



después penetraron en la estancia dos caballeros de aspecto grave, los cuales saludaron ceremoniosamente á don Arquímedes.

—Caballero, dijo uno de ellos con voz pausada y majestuosa; un padre ofendido en lo que más ama, que es el decoro de su hija, ha exigido de nuestra amistad que pidamos á usted, autor del agravio que enrojece su frente, una reparación completa por las armas, reparación que no creemos cluda usted, después de lo sucedido, y al efecto venimos para que se sirva indicarnos las personas con quienes debemos entendernos para arreglar el lance en cuestión.

—Caballero, contestó don Arquímedes; lamento viva-

mente que don Lisardo, á quien estimo y respeto, haya interpretado de una manera tan torcida mi conducta, que en nada menoscaba su decoro. Distracciones y olvidos que se explicará cualquier... matemático, fueron la causa de que ancche faltara á mis deberes de novio, pues absorto en el estudio de problemas científicos que absorben mi atención por completo, olvidé á lo mejor que una niña angelical me esperaba ruborosa y amante al pie de los altares. Cuando una ofensa es involuntaria deja de ser ofensa y sólo un espíritu obcecado puede sentir su herida.

—Sin embargo, caballero, objetó el padrino de don Lisardo, nadie creerá que esos problemas hayan podido absorber su pensamiento hasta el extremo inconcebible de hacerle olvidar la augusta ceremonia que tan imperiosamente reclamaba la presencia de usted.

Don Arquímedes miró con indignación científica á su interlocutor y exclamó exaltándose por grados:

—La ciencia es antes que todo, caballero, y sólo el vulgo indocto podrá no comprender que se olvide por ella hasta la imagen de la mujer adorada en la hora psicológica del amor. ¿Qué vale éste ni qué vale la vida misma ante los intereses de la ciencia? Recuerde usted á mi tocayo el de Siracusa, que amenazado de muerte por un soldado, le rogó, si bien inútilmente, que le dejara terminar una operación matemática que absorbía por entero su atención, hecho lo cual, nada le importaba morir. ¿Cree usted que el filósofo siracusano no habría sido capaz de olvidarse de su boda, él, que en el momento de resolver el problema propuesto por Hierón, abandonó precipitadamente el baño y recorrió la población entera, sin cambiar *de traje*, lanzando su famoso *eureka*? ¿No es, acaso, más inconcebible que la mía, la *distracción* del inmortal geómetra, al presentarse de tal modo en público? Confiese usted, caballero, que mi conducta se explica perfectamente; pero si don Lisardo se obstina en ver en ella una ofensa á su decoro, no tengo inconveniente en batirme con él... en cuanto haya resuelto la cuadratura del círculo.

Los interlocutores de don Arquímedes cambiaron entre sí

una mirada de inteligencia, y el que hasta entonces había llevado la voz, dijo con amable sonrisa:

—Daremos cuenta á don Lisardo del resultado de nuestra entrevista, y aun procuraremos, caballero, que nuestro ahijado renuncie á llevar la cuestión á extremos tan lamentables, en vista de las leales explicaciones dadas por usted.

Y saludando cortésmente, abandonaron la casa de don Arquímedes, íntimamente persuadidos de que á aquel novio



original le faltaba un tornillo, y que, por lo tanto, no era del todo difícil que se casara, á pesar de triplicarle la edad, con la bella hija de don Lisardo.

—Vamos á ver, dijo doña Celestina saliendo de su escondite, si otra vez se distrae usted hasta el deplorable extremo de olvidar la ceremonia...

—¿Qué ceremonia? preguntó don Arquímedes sorprendido.

—¡Vaya una pregunta! ¡La ceremonia nupcial!

—¡Ah! es verdad, murmuró nuestro sabio; ¡ya se me había olvidado otra vez!

Doña Celestina echó una mirada terrible á don Arquímedes y se fué sin despedirse de él.

Don Lisardo perdonó por fin, lo que no costó poco trabajo, las extrañas distracciones de su yerno, y fijó la boda para la noche siguiente.

Gracias á doña Celestina, don Arquímedes acudió esta vez con exactitud matemática á la cita y se casó sin que se distrajera del todo su atención del objeto de la ceremonia, aun cuando al decirle el cura si quería por esposa á la hija de don Lisardo, no dejase de extrañarle un poco la pregunta. Pero afortunadamente no tardó en recordar que estaba casándose.

Una vez unidos con los lazos de rosas de Himeneo, empezaron los abrazos y lágrimas de rigor en tales casos, y poco después una nutrida orquesta invitaba á la multitud á bailar, transcurriendo entre las delicias de la danza y los placeres de la mesa, cinco horas que á don Arquímedes le parecieron cinco siglos.

La novia, encendida como una cereza, se colgó de su brazo y no le abandonó durante la fiesta, obedeciendo los mandatos de su papá, el cual temía á cada momento una nueva distracción de su yerno, que comprometiera la seriedad del acto y pusiera en ridículo á la familia hasta la cuarta ó quinta generación.

Don Arquímedes miraba embelesado á su mujer y sus ojos se iluminaban á veces con el resplandor de no sabemos qué secretas alegrías.

Por fin concluyó la fiesta y nuestro sabio se apresuró á irse á su casa, sin olvidarse, afortunadamente, de su mujer.

Y al verse en el hogar, libre ya de importunos testigos y de amigos majaderos, dijo suspirando á su hechicera esposa, que, toda turbada y trémula, no acertaba á levantar la mirada del suelo:

—¡Al fin solos!

Y en tanto que Himeneo se disponía á encender su antorcha de reflejos de oro... nuestro sabio se dirigió maquinalmente á su gabinete de estudio, donde permaneció encerrado hasta que la rosada aurora, sonriendo en Oriente, vino á sacarle de la más imperdonable de todas sus distracciones.



UNA CHULA

Copia de un cuadro del distinguido pintor español don Vicente Nicolau Cutanda
(De fotografía de los señores Freitas y Castillo)

HIMNO DE VERANO



—Me has dejado casi ciego
con el polvo que levantas.

—No hay agua...

—¡Y qué! no lo niego;
mas, dime: al barrer, ¿no cantas?
¡pues canta el himno *de Riego!*

SONETO

En cristalina copa aljofarada
el embriagante vino centellea
y parece la espuma que chispea
como una perla líquida irisada.

Brilla en su linfa inspiración sagrada,
y reverbera en él la augusta idea.
Cuando el cerebro su vapor caldea
mata el dolor la alegre carcajada.

A veces él nos lleva hasta la altura,
y á veces busca en su raudal el vate
el calor palpitante de su estrofa...

¿Y en el fondo del cáliz?... La locura,
cuanto humilla y sonroja, cuanto abate:
desprecio y crimen y sangrienta mofa!

ERNESTO O. PALAJO.

MÁRMOL GRIEGO

Brilla en su rostro de Hebe
la juventud eterna de las diosas,
y matiza su carne como nieve
la sangre de las venas de las rosas.

Ajenos á la queja,
en sus labios de adelfas en capullo,
la voz mundana solamente deja
ternuras semejantes al arrullo.

Su imagen, que fulgura,
no inspira al alma tentador empeño,
pues recorre su cándida hermosura
la placidez radiosa del ensueño.

En sus dulces pupilas,
asilo de las sombras encantadas,
reposan inocentes y tranquilas,
como negras palomas, las miradas.

Es negra su corona,
y en relucientes ondas el cabello
con oscuros anillos aprisiona,
como serpiente de ébano, su cuello.

Su aliento adormecido
hinche su seno en curvaturas suaves,
como esponjan ocultas en el nido
el dorso blando voluptuosas aves.

El beso, que convida
con ardiente placer al alma loca,
en ignorada languidez anida,
como inerte crisálida, en su boca.

Bajo puro destello
su noble encanto de mujer encierra
la fría pesadumbre de lo bello
que no fecunda el soplo de la tierra.

Mas tiene delicada
 el ímpetu de fuerza contenida,
 que al conjuro tenaz de la mirada
 hace en el mármol palpitar la vida.

Es para el alma ansiosa,
 al amor avezada y al desvelo,
 hermosura que sueña y que reposa
 con los sagrados éxtasis del cielo.

Así por modos raros
 llevar parece entre sencillas galas
 sobre su torso helénico de Paros
 el estímulo incierto de las alas.

Pero aún así perdida
 deja en las almas que sujeta el suelo,
 como una vaga sensación de vida
 con ternuras y ráfagas de anhelo.

JUSTO A. FACIO.

Guatemala.

* * *

Si contemplo tu frente ancha y serena,
 si miro los luceros de tu cara,
 siento en el alma la existencia mía
 unida á la existencia de tu alma.
 Sólo ambiciono tronos de diamantes
 para rendirlos á tus breves plantas;
 todas las flores de Valencia y Niza
 quisiera colocar sobre tu falda,
 y del agua del mar hacer cristales
 y formarte un palacio de esmeraldas.
 Eres á mis sentidos embriagados
 el dulce son de cadenciosas arpas,
 el ensueño de ardiente fantasía,
 el arco esbelto y la marmórea estatua,
 los brufidos espejos de Venecia,
 la luna envuelta en transparentes gasas,
 el paisaje británico de Otoño,
 ¡los ojos de mi alma!

C. OSSORIO Y GALLARDO.

EL PEQUEÑO DEPARTAMENTO

La una...

¡Qué noche, Dios mío, qué noche tan triste!

Sentada junto á la cuna de encajes en que descansa el niño dormido, Carolina tiritaba bajo su abrigo de felpa azul.

Un medroso resplandor alumbraba apenas el dormitorio: al través de la bomba sonrosada se ve á la pálida llamita estremecerse como si tuviera miedo. Es que allá fuera el viento rugía y hace crujir los balcones.

Las dos... las dos y media...

Cuando sopla una racha más fuerte que las demás, la madre tapa la cuna con su cuerpecito gentil, todo tembloroso.

¡Que entre, que se anime á entrar el huracán! No ha de llevarse, no, podéis estar seguros, al pequeño durmiente; pero aunque no se lo lleve ¡qué noche, Dios mío, qué noche tan triste!

Las tres... las tres y media... y ¡nada! el traidor no viene!... ¿A dónde habrá ido con una noche semejante? ¿quién será la engañadora que se lo roba del hogar caliente, de su pequeño departamento de la calle Victoria, en donde es tan mimado, tan querido, tan sinceramente idolatrado? ¿Cómo harán esas malas mujeres para arrancar á los hombres al amor de los suyos? ¿Pero hay acaso alguna más bonita que le quiera más que la rubia de negros ojos que vela junto á la cuna del niño dormido?

¿Y la sonrisa de ese niño, el pedazo de cielo que tiene en los ojos? ¡Ah, Mauricio, Mauricio, eres un mal hombre!

Las cuatro... las cinco... y el traidor no viene todavía... Resuenan pasos en la escalera. ¡Es él! ¡Es él! Es Mauricio.

Carolina corre al espejo, se alisa el pelo, vuelve á

sentarse junto á la cuna. Pero los pasos se alejan, se alejan, hasta que se pierden. Será algún vecino retardado...

Las seis... Las seis y media...

Un lívido resplandor azulea en las cortinas de los balcones. Vuelven á oirse pasos y Carolina escucha ansiosa. ¡Oh! lo que es ahora, su corazón le dice que no se engaña.

Suena el picaporte: un joven se precipita en la habitación. Lleva las solapas del sobretodo de pieles levantadas hasta los ojos y las manos en los bolsillos. Se descubre. Su cara es igual á la del poeta Byron.

— ¡Carolina, Carolina, esta es la última calaverada, te lo juro! ¡Me han engañado, me han engañado miserablemente! ¡Acabo de descubrir una carta de otro amante sobre el mismo corazón de la infiel!... ¡Dios, Dios me ha castigado! pero tú eres más buena y me perdonarás.

Dos brazos le ahogan; y el libertino regenerado siente en la cara las tibias palpitaciones de un seno á cuyo calor dormirá ya siempre, porque al fin ha comprendido que todo es engaño y perdición fuera de su pequeño departamento de la calle Victoria, en donde es tan mimado, tan querido, tan sinceramente idolatrado...

JULIÁN MARTEL.

Buenos Aires.



MARÍA

NOVELA AMERICANA

POR

JORGE ISAACS

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas, en 1.º prolongado.

Se suscribe en la librería de *El Siglo Ilustrado*, calle Cerrito, 174.—Buenos Aires.

AMALIA

NOVELA HISTÓRICA AMERICANA

POR

José Mármol

OBRA ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS

Se reparte por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas en 1.º prolongado.

Se suscribe en la librería de *El Siglo Ilustrado*, calle Cerrito, 174.—Buenos Aires.

TRATADO

DE

ARITMÉTICA

POR

Francisco Latzina

DICCIONARIO
GEOGRÁFICO ARGENTINO

POR

Francisco Latzina

SEGUNDA EDICIÓN

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADA CON MÁS DE 80 VISTAS DE LA REPÚBLICA
ARGENTINA

Contiene más de 22,000 descripciones y cinco apéndices estadísticos

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La importante obra **DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO** se publica por cuadernos de ocho entregas de cuatro páginas en folio, magníficamente impresas en papel glaseado, tipos nuevos y elegantes, y va adornada con preciosos grabados intercalados en el texto, y un magnífico mapa de la República Argentina.

Cada semana se reparte un cuaderno de ocho entregas con toda puntualidad.

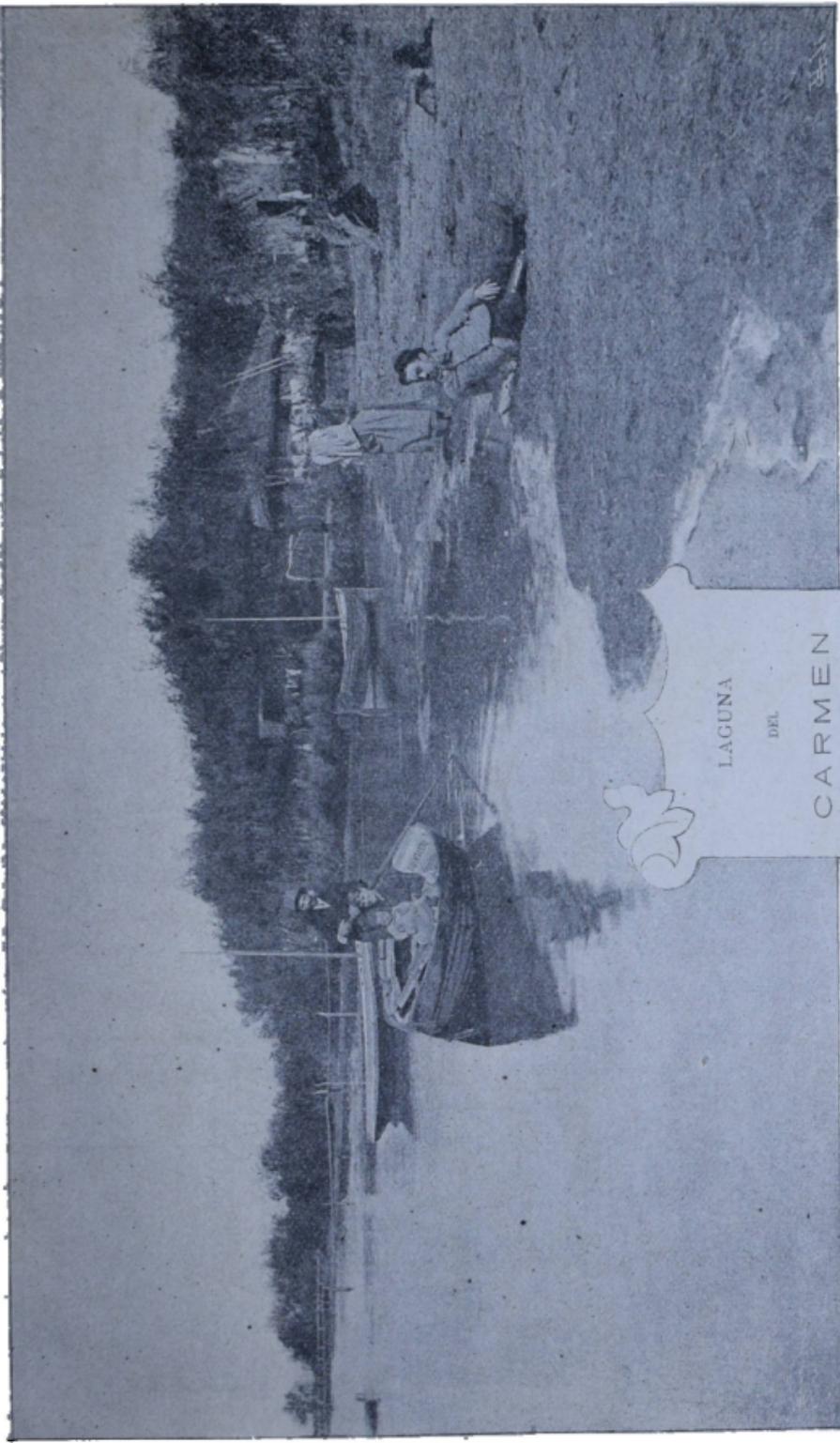
Toda la obra consta de unos 25 cuadernos.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

BUENOS AIRES

Librería de **EL SIGLO ILUSTRADO**

CERRITO, 170 y 174



LAGUNA

DEL

CARMEN

DE LAS FLORES

Muestra de los grabados que adornan el

DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO

BUENOS AIRES

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DR

N.º 7 m.

EL SIGLO ILUSTRADO

DR

RAMÓN ESPASA

Cerrito, 170 y 174, n.º/n

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.



FOTOGRAFÍA Freitas Castillo

FLORIDA, 356

La primera casa de Buenos Aires
por su instalación *ad-hoc*, numerosa clientela,
por la perfección
y gran variedad de sus trabajos

Retratos de todos los sistemas y tamaños

RETRATOS POR DOCENAS

Según varios procedimientos. En esta sección, *especialidad* de la casa son los retratos al **Photo-crayon**, sistema hoy día el más perfecto del arte fotográfico: *por belleza, intensidad, nitidez mate y perfecta inalterabilidad superan en mucho al bromuro ó el platinotipo*. Es la única casa en Buenos Aires que los hace.

RETRATOS GRANDES

Gran variedad de tamaños y procedimientos: *al óleo, lápiz, acuarela, pastel, tinta china, etc., etc.*, sobre papel, tela, seda, madera, marfil. Última novedad en esta sección son las preciosas *Miniaturas sobre hojas de marfil* y los *Grandes Retratos Salón, al óleo sobre tela fotográfica de 3 metros de largo, tamaño suficiente para decorar regiamente una habitación*.

GRAN SURTIDO DE MARCOS PARA CUADROS
Y CABALLETES

EXPOSICIÓN PERMANENTE

Se reciben órdenes de cualquier punto de la República.

La casa está abierta todos los días hasta las 11 de la noche.

ESPASA Y GULLIVERT

BUENOS AIRES.—CORRIENTES, 1615

GRAN DEPÓSITO

DE

VINOS Puros

DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

SERVICIO ESMERADO DE LOS MÁS RICOS VINOS DE LAS INDICADAS COMARCAS

COMPLETO SURTIDO DE VINOS DE MESA

Y ESPECIALES, LO MISMO EN LAS CLASES USUALES QUE EN LOS RANCIOS MÁS EXQUISITOS

DE LOS PRINCIPALES COSECHEROS

SE SIRVE A DOMICILIO